



**Jose Dalisay**  
Pasando el rato  
en un país cálido

Traducción de Marta Alcaraz



Lectulandia

Tras unos años en Estados Unidos preparando su doctorado, Noel Bulaong regresa a Filipinas para el entierro de su padre. La vuelta a su país desata recuerdos que creía olvidados: una infancia entre cocoteros en los campos de Kangleong, su juventud en los arrabales de Manila mientras Marcos gobernaba el país con mano de hierro, la célula comunista de la que formó parte en sus años universitarios... Pero no todos son amables, Noel rememora también su encarcelamiento y su posterior liberación y connivencia con el régimen. Amistades rotas, amores frustrados, ideales de juventud traicionados... los incómodos recuerdos de Noel ayudan a entender el pasado de toda una generación marcada por la dictadura.

Publicada por primera vez en 1992, *Pasando el rato en un país cálido* está considerada una de las novelas más importantes de la literatura filipina reciente. Su peculiar acercamiento al país, a su gente y a los acontecimientos políticos de la segunda mitad de siglo XX hacen de ella un excelente retrato de la Filipinas contemporánea.

**Lectulandia**

Jose Dalisay

# **Pasando el rato en un país cálido**

ePub r1.0

Castroponce 25.06.2017

Título original: *Killing time in a warm place*

Jose Dalisay, 1992

Traducción: Marta Alcaraz Burgueño

Diseño de cubierta: Editorial

Fotografía de cubierta: Peter Grünholz

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Tony; Jack, Joey y Henry;  
militantes y juerguistas.

## Prefacio del autor

En 1973, después de que Ferdinand Marcos declarase la ley marcial en Filipinas, me encerraron en la cárcel durante siete meses como sospechoso de subversión. El día que cumplí los diecinueve años lo pasé en prisión pensando que quizá ese sería mi último cumpleaños. Al final resultó que viviría muchos años más —en una escena que parecía sacada de Kafka, los carceleros me soltaron casi por capricho tras admitir que no tenían nada contra mí—, y cuando me pareció que había llegado el momento oportuno, eché la vista atrás y escribí mi primera novela, *Pasando el rato en un país cálido*, inspirada libremente en mis recuerdos. La ley marcial les resulta a los filipinos de hoy en día tan lejana como la segunda guerra mundial a los de mi generación, pero aun así sigue siendo —tanto en Filipinas como en cualquier lugar del mundo— una pesadilla recurrente.

JOSE DALISAY, *diciembre del 2010*

## 1. El sueño de los lagartos

Soy de un país sin nieve y sin frambuesas. Lo que tenemos, en cambio, son lluvias torrenciales y cocos que, cuando llegan los tifones, caen en chaparrón. Sé lo que me digo. De niño solía pasar los veranos en un pueblo, Kangleong, que está en las Bisayas, y me acuerdo de que una mañana muy temprano me despertó el gemido del viento y lo que me pareció una estampida en el bosque: era el sonido de un montón de cocos precipitándose sobre la maleza que almohadillaba el fango, cocos bien maduros que el viento afilado arrancaba de la copa de los árboles. Al alba, corrí hacia la arboleda con los otros niños y recogimos los cocos y, arrastrándolos y moviéndolos a patadas, los llevamos a la choza de la mujer de los *bucayos*<sup>[1]</sup>, que nos daba cinco *centavos*<sup>[2]</sup> por cada coco de las plantaciones vecinas que lográramos recoger. Nosotros nos quedábamos mirando mientras ella rallaba la pulpa blanca y la sumergía en un caldero de hierro muy hondo donde iba cociéndose a fuego lento la melaza. Eso lo recuerdo bien: las exhalaciones de la tierra mojada y el empalagoso dulzor del coco azucarado. Esa misma mañana, ya más tarde, me acerqué a la costa para ver cuánto habían crecido las aguas; estaban muy crecidas, sí, y feas: su espuma pardusca y sucia rozaba las orillas de Kangleong, y en la playa, al lado de la carretera de la costa, vomitaban troncos ennegrecidos, hojas de palma, pedazos de cuerda y extraños triángulos de plástico.

Era uno de esos días sin sombras de finales de nuestro verano, que empieza en marzo y termina en junio. Daba la impresión de que la lluvia hubiera venido a limpiarlo todo, a exponer todos los objetos en su estado más vivido, con unos colores que, contra el gris del cielo, se volvían todavía más ampulosos. De camino a casa pasé por delante de esa ceiba altísima cuyas ramas más bajas rebasaban la verja de su dueño y llegaban hasta la calle. El suelo estaba lleno de frutos duros; yo sabía que, al abrirlos, dejarían al descubierto una lana algodonosa que sirve para que los chalecos salvavidas floten en el mar. Había descubierto que pelar dos cocos, atarlos y metérselos bajo la axila era mucho más sencillo: los cocos tenían una capacidad de flotación increíble. Los frutos de ceiba eran demasiado aburridos como para interesarme, pero entre ellos había un bulto brillante que resultó ser una cría de murciélago. Era más gris que el cielo, y cuando le plegué las alas me cupo a la perfección en la palma de la mano. La llevé a casa y la metí en un tarro de café, sumergida en alcohol, con la esperanza de poder conservar el cuerpo y el brillo de sus finísimos pelitos. Todo en vano, descubriría a la semana siguiente, una semana de mañanas todavía más grises y remojadas, durante la cual el murciélago fue volviéndose más oscuro hasta que empezó a desintegrarse. Quise quedarme con los

delgados huesecillos, pero mi abuela tiró el tarro; no recuerdo si me entristeció o si, en realidad, no supuso más que un alivio. Ese verano se perdió en mortajas de lluvia todavía más largas y tupidas. No cayeron más cocos. A mediados de junio mi tío consiguió que embarcara en un Air Force C-47 que había parado en la isla de camino a Manila. El avión se movía mucho, y los oídos me dolían tanto que pensar que viajaba con soldados fue lo único que me salvó de ponerme a llorar. Para entretenerme, miraba por la ventana en busca del horizonte. No se veían más que nubes hechas jirones y un mar color de plomo, y entonces apareció la masa color verde intenso de Luzón, con sus llanuras inundadas. Dando bandazos, nos dirigimos a una ciudad azotada por la lluvia.

\*

Ahora, a treinta y seis mil pies sobre el negro Pacífico, pido un café sin azúcar y me rindo al insomnio. Tal vez los ojos se me cierren mientras sobrevolemos Hawái y pase las próximas diez horas sin ver nada hasta despertar en una Manila inundada de un recuerdo que se remonta a hace veinticinco años. Y yo volvería a ser un niño, y mi padre, contando con que yo no llegaría hasta al cabo de una semana, vendría a buscarme al aeropuerto en un *jeep* que habría pedido prestado a toda prisa. Fue Mandoy Imoy, le diría yo: me subió al avión para ahorrarse el pasaje de barco. Qué tontería mandarte en avión con el tiempo que estaba haciendo, pero en fin, con eso liquidado la camisa que iba a mandarle por Navidad, diría tatay. Me lo he pasado bien, le contestaría yo, quería quedarme.

Pero no hace ni dos horas que despegamos de San Francisco. Viajo en un 747, y en las apacibles alturas apenas si se aprecia movimiento alguno. Tengo a un hombre a la derecha, un estadounidense que rondará los cincuenta. Con unas manos que parecen cangrejos rosados, persigue por la bandeja los cacahuets que se han escapado de su bolsita de papel de plata.

—Es una guerra completamente nueva —me dice con la cerveza en la mano. Se referirá a la guerra comercial contra los japoneses, pienso yo, pero despliega el folleto de una empresa de aviónica que hace publicidad de su sistema de control de misiles—. El piloto puede estar bien muerto, que los pequeñines seguirán volando. Y todo gracias a un componente del tamaño de una uña. ¿Trabaja con ordenadores?

—Procesadores de texto. —La auxiliar de vuelo me trae el café—. *Salamat*.

—¿Qué ha dicho? —me pregunta el hombre.

—*Salamat*. «Gracias» en nuestro idioma. Soy filipino.

—Oh. ¿Y en las islas todo el mundo habla inglés como usted?

—Casi todo el mundo —contesto, aunque no es del todo cierto—. Yo recibí una educación especial —le digo, y parece satisfecho.

—Orientales... Con ustedes cuesta acertar. Japoneses, chinos, vietnamitas. Que me aspen si puedo distinguirlos a simple vista. A mí usted me parece chino chino.

—Mi abuelo tenía sangre china.

—Lo sabía. Algo tenía que haber ahí. Yo tengo algo de alemán, con un apellido como Weiskopf, W-E-I-S-K-O-P-F. Larry Weiskopf, por cierto. —Me tiende la mano y noto el vigor de su sangre.

—Noel Bulaong. Bu-la-ong.

Noel Ilustre Bulaong: ese es mi nombre, un nombre con las vocales tan separadas que hasta queda espacio para que la gente pase y las lea, las oiga y las pronuncie tan mal como le parezca. Que se entretengan, que a nadie le pesará, a mí, no, desde luego, porque no se trata más que de un nombre, de un sonido de amplitudes mercuriales.

—No-el —continúo—. I-lus-tre-Bu-la-ong.

—Bu-la-ong.

—Sí.

—Y, esto... ¿Vuelve a su país para quedarse o está de vacaciones?

—Todavía no lo sé. Mi padre ha muerto.

—Lo siento.

—Gracias. —Revuelve los papeles, el silencio lo ha puesto nervioso—. Ya era hora de volver a casa, de todos modos. ¿Y usted? —le pregunto.

—Negocios. Estoy colaborando en la puesta en marcha de una fábrica de chips de silicio en... Mactán. ¿Se dice así?

Pienso en islas y en una playa cristalina. Todo lo que cambiaría, todo habría cambiado, como mi padre; incluso mientras vuelo.

\*

En algún momento de ese verano de mi niñez en Kang-leong, no recuerdo cuándo, aprendí que al tiempo se lo podía engañar. Había peinado el pueblo en busca de frutas, sobre todo mangos y papayas verdes abortados por la planta madre, y las había metido en una lata que había contenido galletitas saladas. Eran una preciosidad, miniaturas perfectas de sus hermanos más robustos; tenían una fragancia delicadísima pero muy intensa, característica de su edad y su tamaño. Cuando las mordías, sin embargo, eran amargas: pulpa blanca y dura, nada más, sin rastro de semilla ni de hueso. Sudaban en la lata hasta que empezaban a amarillear, pero seguían sabiendo igual de mal. Mi abuela me enseñó un método de maduración más eficaz. Llevó mis frutas verdes a la cocina, donde bajo los hornillos de barro la ceniza se había acumulado formando una capa que podía cubrir una mano entera, de la punta de los dedos a la muñeca. Abrió un hueco en el polvo compacto y allí enterró las frutitas cubriéndolas con ceniza. Así podrían aprovecharse, me dijo. No crecerían, pero al menos adquirirían cierto dulzor con el tiempo.

Cuando pienso en agua me acuerdo de la letrina y de los peces de Kangleong. Si el baño de la casa en la que me alojaba estaba ocupado, a mí me tocaba andar unos

cien metros: cruzaba la calle, atravesaba el bosquecillo de buríes y bambús y seguía hasta un estuario donde, apoyada en pilotes sobre el agua salobre, se alzaba una letrina. Era una estructura extremadamente sencilla: una caja de madera con un agujero en el suelo. Me ponía en cuclillas sobre el agujero y empezaba a soltar. Y entonces sucedía algo asombroso: tres o cuatro peces acudían raudos a ese círculo de visión, vibrando en el agua verdosa como finos puritos azules en cuya punta se viera un resplandor amarillo. Se quedaban rondando por ahí a la espera de la siguiente miguita, de la siguiente viruta, con ojos y boca completamente absortos, con hambre de mí. Eran más extraños que los *bayawak*, esos lagartos que comían pollos. Los había visto tierra adentro, a la orilla del río, donde no había retretes y ni siquiera letrinas. Los *bayawak* se habían quedado mirándome mientras yo me limpiaba con fibras de coco. Cuando pienso en lo que debí de parecerles a esos animales, me entra la risa.

La última vez que estuve en Kangleong acababa de regresar de mi primer viaje a Estados Unidos. Durante aquella visita —una visita muy agradable en la que me dediqué a disfrutar de cervezas con tíos lejanos y a ofrecer fantasiosas descripciones de la calle 42 y de Atlantic City— llegó a mis manos una fotografía de mi padre de joven. Iba a la moda, con un polo de flores y pantalones anchos de color gris. Parecía un oficinista escalando puestos en la función pública... y debía de serlo. Mi padre tuvo muchos trabajos: agente de policía, inspector de vehículos a motor, administrativo jefe, responsable de distrito electoral. Como mi madre nos dedicaba un álbum de fotos a cada uno teníamos historiales gráficos distintos que se parecían en una cosa: posábamos en el zoo delante de las mismas jirafas y los mismos pavos reales, uno detrás del otro. Mi álbum lo abría una fotografía de tonos chocolate: era mi padre a los pies de una escalera en posición de firmes, sable en mano y vestido con su uniforme de patrullar.

Mi padre decía que se puso a estudiar en la academia de policía de Manila cuando, por falta de dinero, tuvo que abandonar el curso de ingreso a la facultad de Derecho, y que compartió litera con otro recluta que, al cabo de cuarenta años, se convertiría en general de brigada del cuerpo nacional de policía y en confidente del presidente. Mi padre-policía salió en el periódico una vez durante un motín en la cárcel de la ciudad: un prisionero había tratado de escapar en lo más crudo de la refriega y mi padre le había pegado un tiro en la pierna. Aunque cuando mi padre me contó la historia ya no conservaba el recorte de periódico, le creí a pies juntillas. Era un hombre de gran corazón y con una facilidad para los números y las letras que excedía, en mucho, la media del distrito de Kangleong, un buen hombre que jugaba al ajedrez, leía el *Reader's Digest* y hacía crucigramas en inglés. Hijo del dueño de una granja de cocos, los maestros de la aldea lo adoraban: la intensidad de su ambición y la fuerza de su talento lo distinguieron de los demás, que pasarían el resto de sus días

cuidando carabaos y escarbando entre la arena con la marea baja. De esos tíos lejanos míos que, en días señalados, les servían combinados de cerveza, ginebra y Coca-Cola a los invitados especiales, unos invitados que empezaban a trastabillar en cuanto daban un sorbo de *tuba*, esa espuma dulzona de un naranja rosado que, con el tiempo, se convertiría en vinagre de coco.

—Tu tatay —me dijo Mandoy Imoy cuando, esa noche, en Kangleong, me tambaleaba hacia la puerta cogido de su brazo— era un chico listo. ¡Vaya cabeza tenía! Fuimos a la misma escuela, ¿eso te lo contó? Con cinco años, se aprendió de memoria todas las tablas de multiplicar y sabía palabras inglesas que nadie había oído, cosas como, a ver, «fragilístico» o «velosímido». ¿Tú has oído esas palabras alguna vez? Vaya cabeza. Pero de dinero no sabía nada. Tú estás bien, tienes un buen trabajo, viajas al extranjero y tienes la cabeza en su sitio, me parece. Pero tu padre... ay<sup>[3]</sup> él tendría que haber ganado su buen dinero. Después de todo, puede que tampoco sea tan listo, ¿eh? Puede que fuera, a ver... fragilístico. ¡Ja, ja, ja!

Tatay había querido ser un hombre de leyes, pero como no lo consiguió, se hizo agente de la ley; agente secreto, con su placa plateada y esmaltada con el escudo del Departamento de Vehículos de Motor prendida en la cartera. Mi hermano y yo nos montábamos con él en los autobuses y los *yipnis*<sup>[4]</sup>, y cuando el chófer se acercaba a darnos el billete, mi padre se limitaba a echar mano de la cartera para enseñar la placa, y se diría que, entonces, con un chasquido, esa misma placa le daba un picotazo entre los ojos al chófer, que se alejaba dando tumbos pasillo abajo para atender tareas menos elevadas. Y todo con mucho tacto, sin una sola palabra.

Al cabo de un tiempo, a mi padre lo nombraron administrativo jefe de la sede central del Ministerio de Carreteras gracias a la intercesión del representante de nuestra provincia en la cámara regional, a quien mi padre escribía los discursos. Le dieron una mesa llena de lápices —rojos por un extremo y azules por el otro— y una gran silla giratoria que chirriaba con mucho estrépito cada vez que se movía. Mi padre se compró un maletín de piel muy fina en el que marcó sus iniciales en letras doradas. El representante le regaló un enorme pedazo curvado de mármol —la principal exportación de nuestra provincia— con su nombre grabado en esa caligrafía que se ve en las Biblias antiguas y los diplomas. Todo aquello me parecía imponente, también debía de parecerse a los fieles de Kangleong que se presentaban ante mi padre, para arrancarle algún favor, con cestos de paja llenos de mangos y huevos y la inevitable petición, formulada con la misma elegancia con la que era recibida: una carta, una llamada, una cita, el apadrinamiento de una boda o un bautizo, una donación para una fiesta, un banderín para el equipo de voleibol.

Todavía se me antojaba más imponente porque, a pesar del vocabulario que empleaba, tatay no había terminado la universidad. Para su honra eterna y su desgracia perpetua, además, se había negado a recurrir a los servicios que en la calle Arlegui ofrecía un tipo que había colgado la carrera de arquitectura: concedía licenciaturas al gusto y sus honorarios incluían, de regalo, una fotografía de alumno,

con capa y birrete, retocada a mano. Como ese hombre, mi padre logró sobrevivir a base de ingenio e incluso alcanzó una prosperidad considerable según los parámetros de la aldea: un trabajo en la Administración, un apartamento (sin coche), un televisor, veraneos en Baguio, una familia con niños que en el colegio hablaban un inglés de gramática perfecta y en casa hablaban tagalo, Chesterfields importados de Estados Unidos que entraban al país de contrabando por el sur, un tarro de café instantáneo Maxwell que llevaba años sin abrir a la espera de una visita de relumbrón, un frasco de Chanel N.º 5 para el trigésimo cumpleaños de mi madre envuelto en papel de plata, un calendario de Adviento firmado regalo del diputado y su familia, que colgaba radiante de la pared de la cocina, de cara a la litografía de *La Última Cena* del comedor, y una modesta biblioteca: ejemplares del *Reader's Digest* y *UFE*, un atlas Hammond, un diccionario Webster's Collegiate, novelas de Erle Stanley Gardner, *Matar a un ruiseñor*, *El último mohicano*, la *Current Events Gazette* y un cuadernillo de ejercicios de ajedrez.

—Podrías ser nuestro alcalde y quizá, quién sabe, ¡hasta nuestro gobernador! Tú déjame la estrategia a mí, que yo te llevaré la campaña —me gritó Mandoy Imoy una de las tardes que fui a verlo, mientras se bebía un combinado de cerveza, ginebra y Coca-Cola. Mandoy Imoy, antiguo concejal y primo materno de mi padre, ejerció de alcalde interino de Kangleong durante cinco meses, mientras el alcalde titular estaba en el hospital de Quezón recuperándose de las complicaciones de una perforación de apéndice. Cuando el paciente regresó a la aldea, las pruebas de sus tejemanejes que Mandoy Imoy había logrado reunir le bastaron para convencerlo de que prolongara su convalecencia y se planteara la jubilación en su cómoda casita de mármol y estuco. El alcalde solicitó una prórroga de la excedencia y sopesó sus alternativas. Mandoy Imoy se arrebujó en brazos del cariño del pueblo y coqueteó con la idea de presentar su candidatura en las siguientes elecciones; lo hizo a pesar de su lamentable falta de liquidez y de su caída en desgracia con el PNR, el Partido de la Nueva Rebelión, cuyos miembros, incluso los más oportunistas, observaban un pragmático decoro que, en este caso, deslegitimaba las aspiraciones al poder de Emigdio Bulaong: todavía le quedaban deudas por saldar. Hasta aquel momento, las posesiones de Mandoy Imoy se habían limitado a dos carabaos y una cabaña a la sombra de un árbol del pan, pero en las colinas en las que Mandoy Imoy hacía las veces de patriarca vivían más de doscientos Bulaong, y eran sus votos los que habían empujado al alcalde a incluir a un Bulaong en su candidatura. Y así fue como, según los cálculos de mi tío Imoy, me convertí en el heredero natural de su baronía. Nos unía, decía, tanto la sangre como lo privilegiado de nuestras experiencias: ambos habíamos viajado, algo que ni siquiera mi padre había hecho.

Esa era una de las leyendas más imperecederas de Kangleong: el relato de cómo, en los años treinta, el bachiller Emigdio embarcó de polizón en un vapor transoceánico que había atracado en el puerto de Tigbauan para guarecerse de un tifón terrible.

—Les vendía cocos y pollos vivos —decía—, remaba en plena tormenta para hacer fortuna. Pensaba que serían americanos o españoles. Aunque vi algunos negros, casi todos los marineros eran blancos, algunos con una mata de pelo pelirrojo como la de ese protestante McDonnell, el que daba clase de matemáticas en el instituto del distrito y que una vez me pegó un porrazo en la cabeza. Creyó que estaba copiando, puede que sí; pero no soportaba que nadie se riera de mí, así que esperé a que terminaran las clases y extendí una fina capa de melaza en su sillín, quedó todo marrón y él, sin ver nada, y mientras se alejaba pedaleando todos se pusieron a gritar «¡Mierda, mierda, mierda!»...

»En fin. En el barco había un sacerdote, pero no entendía ni una palabra de lo que decía, ni siquiera sabía de qué religión sería, lo único que sé es que llevaba un alzacuellos y un crucifijo de plata colgado de una cadena y que hablaba con voz muy débil, como si llevara una semana sin comer, ¡y vete tú a saber si no sería verdad! No eran americanos y tampoco españoles, y ofrecían dinero por las cosas, pero se trataba de un dinero que no había visto hasta entonces, un dinero muy bonito, con galeones y jinetes en rojo y púrpura grabados en los billetes, y las cantidades estaban escritas en un idioma extraño, uno con muchas uves y haches, pero los números podía leerlos, diantres, que tonto no era. Se trataba de cantidades altísimas, seguro que en algún lado, en Santa Prisca, tal vez, y en Manila sin duda, habría un banco importante cuyos empleados conocerían todas las divisas del mundo y seguro que tendrían muestras o fotografías en algún archivo, al menos, para poder cotejar mi alijo.

»Me di cuenta entonces de que podía asegurarme el futuro. Decidí vender la barca, la cabaña, todo, para comprar un billete a Manila, donde cambiaría aquellas divisas y me dedicaría al negocio de la alimentación en los bulevares, donde a mi hermanastro (tu tío<sup>[5]</sup> Torio) le iba muy bien con su puesto de fruta. Pero entonces, mientras abría cocos para los forasteros, pensé “A la mierda el billete, valiente hijo de tu madre, si estás aquí mismo, no dejes que zarpen sin ti”, y no lo hice. Me reservé un pollo y, con la excusa de poder enseñar mis artículos por el barco, me perdí por la sala de máquinas, en un rincón oscuro pero muy calentito, y me quedé escondido hasta que, a los dos días, el barco empezó a moverse.

»No me habrían descubierto nunca, pero con los motores en marcha el calor se hizo insoportable, tanto que mi pollo, que para entonces ya estaba muerto, claro, empezó a chisporrotear cuando lo pegué a la pared de chapa. Casi me ahogo con el humo que soltaban las plumas. Traté de apartar la humareda con los billetes que tenía, pero con el sudor del pecho y las manos estaban todos blandos y no servían. El caso, además, es que el hollín que se desprendía de las tuberías y del pollo achicharrado los estaba ennegreciendo. Y en esas estaba, eh, vaya olor, vaya festín, vaya pollo... cuando me descubrieron por culpa del pollo, los estaba volviendo a todos locos bajo cubierta, pero para entonces, ya me había comido toda la carne y mordisqueaba las garritas. Se pusieron furiosos, pero a esas alturas ya nos habíamos alejado de este estúpido país. Yo estaba convencido de que pronto llegaríamos a América o a Francia

o allí de donde hubieran venido, del otro lado del Pacífico.

—Eres un mentiroso, Mandoy —dije mientras le llenaba el vaso y mis otros tíos sonreían, burlones, con la mirada puesta en las nubes y en caracolas vacías y en el barro seco que tenían entre los dedos de los pies.

—Como decía —continuó Mandoy Imoy—, como estaba diciendo, iba para América. Eso era lo que yo quería, pensaba yo, pero no, eso no pasaría y, ay, el chasco todavía me duele, sobre todo ahora que te veo a ti, que eres motivo de orgullo y de envidia. Vaya dedos más afortunados los tuyos, cuántos pellizcos les habrán dado a unos pezones rosados. Y, con franqueza, dime, ¿de qué color tenían el pelo de...?

Rojo. Rojo, habría dicho, eso es lo que debería haber dicho, pero por cómo me lo contaban, nunca era rojo. Decían «Rojo, Jenny tiene el pelo rojo», pero luego yo miraba y veía tonalidades de caramelo y paja, hasta de mermelada, pero nunca el auténtico rojo globular que invadía los corales y las calas, nunca el rojo chino, impermeable y vital de ciertas arcillas. El pelo de Jenny era rojo en la acepción estadounidense de la palabra, pero ella se negaba a que la llamaran pelirroja, decía que en la jerga de las novelas, significaba prostituta o adúltera. Yo le decía que el rojo me gustaba, que, según mis amigos, ese color iba bien con el de mi piel, pero nos referíamos a colores completamente distintos.

—Azul —le dije a Mandoy Imoy para no robarle esa feliz ensoñación—. Azul.

—Ese no existe, ahora no me tomes por tonto, que yo he visto fotos de las chicas en América...

—América no existe, estaba tomándote el pelo, en mis viajes nunca he pasado de Mandaluyong. Te he mentado, lo siento. —Me eché a reír, pero Mandoy Imoy frunció el ceño y escupió.

—Entonces no puedes ser alcalde —me dijo—. Necesitas más experiencia.

Cinco meses después de hacerse con la alcaldía, Mandoy Imoy restituyó el cargo al alcalde titular. Se celebró una pequeña ceremonia en la escalinata del ayuntamiento y luego Mandoy Imoy se retiró al paseo marítimo, a su nuevo *bungalow* de bloques de hormigón huecos. Y fue allí, en el patio trasero, donde bebimos y conversamos.

—Atracamos en Japón. Yokohama. Allí desembarqué. Conocí a una chica. Al principio teníamos problemas con el idioma, pero nos llevábamos bien. Viví con ella un año entero, casi, hasta que apareció un barco de camino a Filipinas.

—¿Y por qué te fuiste de Japón?

—Tenía ambiciones. Quería ser alguien. En Yokohama pescaba caballa amarilla.

Un par de veces le pregunté a mi padre qué había hecho durante la guerra y él me lo contó. Tan solo un chico por aquel entonces, había tenido que vigilar la costa manteniéndose alerta ante las flotas camufladas de acorazados y portaaviones que pudieran avanzar por la noche; nunca apareció ninguna, nunca llegó a verlas, pero le preocupaba la posibilidad de que, a saber cuándo, quizá mientras pensaba en mi madre, que estaba estudiando en Manila y con la que todavía no se había casado, un

acorazado se le hubiera pasado por alto. Por lo que yo sé, Kangleong solo fue escenario de un accidentado encuentro con la guerra: el piloto de un Zero que había caído abatido sobre el canal de Calauit saltó en paracaídas y aterrizó en los guanábanos que crecían detrás del edificio de Economía Doméstica.

—El japonés del que me acordaba bastó para entretenerlo —me dijo Mandoy Imoy del paracaidista—. Me contó que tenía veintidós años y que era de Kasumigaseki, y yo me quedé de piedra, porque el lugar ese estaba pegado a Yokohama, pegado como un pelo de la nariz a un moco. Pero al final se lo llevaron y, tras discutir un rato, porque querían darle un poco de papaya que él rechazaba con el pretexto de que estaba lleno, lo fusilaron. Hicieron falta tres disparos para matarlo. Solo teníamos un arma, y para decidir quién lo ejecutaría se organizó una votación. Koichi, creo que se llamaba, no se enteró de nada, porque estaba demasiado ocupado hablando conmigo, y yo tampoco me enteré de nada hasta que lo condujeron a los arbustos, donde le hicieron desnudarse y se rieron de sus calzoncillos, si es que a eso se le podía llamar calzoncillos, eran de lo más raro, y entonces sí que debió de entenderlo todo, porque empezó a temblar y a pegar saltos y a cagarse y a hablar tan deprisa que no podía traducirlo de lo malo que era mi japonés. *Kami, kami...* Me pregunté por qué se preocuparía tanto por el «pelo», a no ser que fuera porque iba afeitado. A veces todavía me lo pregunto. Dime, genial sobrino y compañero de fabulaciones, ¿qué tendría el pelo de extraordinario?

—Pues bien, Mandoy, creo que es lo último que desaparece cuando morimos, huesos aparte, claro está. En realidad, se pega a los huesos, al cráneo cuando el cuero cabelludo se seca, se diría que sale de lo más profundo del cerebro. Es increíblemente resistente.

En el verano que pasé en Kangleong subí a Guinobatán a visitar la tumba de mi abuela materna. Mi abuelo había muerto un año antes de que yo naciera, y de él quedaban pocas fotografías, fotografías que no descubrí hasta al cabo de mucho tiempo, cuando ya era lo bastante alto y lo bastante decidido como para revolver entre los papeles del antiguo molino de arroz, del que siempre me habían mantenido alejado las serpientes que, según decían, anidaban sobre los tanques de arroz. Eran inofensivas, lo único que hacían era cazar ratones, me contaban, por eso las tenían ahí, pero yo ya había oído tantas historias de brujería y de monstruos que no me fiaba. Del dentista de Guinobatán, por ejemplo, se decía que venía de una estirpe de cocodrilos que vivía en la laguna, justo pasados los confines de la aldea. La laguna la habían secado para construir una estación de autobuses que tenían que cubrir el norte de la isla, pero la empresa fracasó y la estación quedó llena de hierbajos y moho, decían que se habían visto tortugas arrastrándose bajo la tarima de la sala de espera. Mis tíos también me habían dicho que, si me fijaba bien, vería la cara de mi abuelo por una ventanita de cristal que habían abierto en el lateral de una caja de hormigón

que asomaba sobre el suelo y en la que habían metido su ataúd. Yo nunca había visto una tumba con ventana, y mi abuelo llevaba once años muerto. La curiosidad se impuso a mi incredulidad y me dispuse a marchar colina arriba, hacia el cementerio, para buscar a Lolo Selmo, joyero en su juventud, según decían. De camino, me pregunté si habrían abierto un hueco en el sepulcro de Lolo Selmo para ver si se había tragado a escondidas algunas de sus gemas o de sus metales preciosos.

Me costó un buen rato dar con ella. La hierba seca me hacía cortes en la espinilla, y por las lindes del cementerio gimoteaba un perro grande y negro con orejas como de murciélago. También me distrajerón unos arbustos cargados de semillas ovoides rojas y negras, ojos de bruja, las llaman, que no sirven para nada más que para pasar un buen rato: los niños las recogían a puñados y las guardaban en casa, en cuencos de madera, y cuando no tenían nada que hacer, las miraban y las movían entre sus dedos. Yo estaba convencido de que eran venenosas, de otro modo los pájaros se las habrían comido, pero me preguntaba cómo lo sabrían, cómo podría su memoria guardar y transmitir, de generación en generación, las coordenadas exactas del peligro, las consecuencias de no poder volver a volar por falta de elemental inteligencia aviar. Tiré de unas pocas semillas y, del tallo, pasaron a mis manos; levanté los ojos hacia los cuervos que, como flechas, volaban entre los cocoteros y les arrojé las semillas. Nada importaba, nada cambiaba. Me encaramé a una tumba —una nueva, el cemento de la boca todavía conservaba la superficie rizada del paño del albañil— y me apoyé en uno de los dos ángeles de mármol que montaban guardia a lado y lado de la cruz. Me quedé ahí, con la pierna colgando y golpeteando el flanco de la tumba, saboreando la brisa y ese levísimo olor a estiércol que esparcía por la isla. Y pensé que cuando muriera me gustaría tener caballitos de mármol en la cabeza, de varios colores y en posturas diversas.

Había mármol en abundancia y era barato. Ya había visto la isla de Tigbauan, al otro lado del canal, donde estaba la capital, Santa Prisca. La isla descollaba sobre el agua como un diente cariado, con uno de sus lados completamente corroído. Todo era mármol, y durante generaciones sus habitantes habían ido socavando la roca que quedaba bajo sus pies. Los empleados de Marblex cercenaban la ladera de la colina con sierras refrigeradas con agua y, con complejísimos sistemas de rampas y poleas, trasladaban los bloques humeantes hasta los camiones que los dejaban en los barcos del puerto.

Esos bloques, me habían contado, los cortarían luego en placas. Unas, la mayoría, terminarían en el distrito financiero de Manila, pavimentando los suelos y revistiendo las paredes de los bancos; otras servirían para restaurar estatuas en alguna iglesia — en una iglesia de las grandes, con serafines recubiertos de pan de oro en los techos, columnas en espiral y puertas de maderas nobles—, y otras más les llegarían a los lapidarios que en sus talleres, pegados a las iglesias como los vendedores de flores y de candelabros, ahogaban los avemarías y los kirieleisones con sus fresas eléctricas, afanándose con estridencia para entregar a tiempo.

La cosecha de la corporación satisfacía a todos esos clientes, pero otros cachos del mármol del Tigbauan, esos más pequeños, mantenían con vida a las familias de la isla, sobre todo a aquellas que habían perdido sus granjas y animales. Esas familias habían convertido sus salas y patios traseros en talleres en los que, provistos de lijas y cinceles que se habían fabricado con amortiguadores de ballesta, hacían gansos y falos de mármol, llaveros con forma de garra de gato, taciturnas Vírgenes, fruteros, jarrones y placas como la de mi padre: «Ciriaco Díaz, Lic. Dcho., Abogado», «Mons. Woodrow Macabuhay, S. V. D.», «Juhn-Juhn Pantaleón, Responsable, sección de archivos, M. O. P.».

Fui saltando sobre las lápidas en busca del nombre de Lolo Selmo hasta que lo encontré en la esquina oriental del cementerio, sobre una placa de mármol clavada a un sarcófago castigado por la intemperie: «Anselmo R. Ilustre, 21 dic. 1877-9 oct. 1952». Ese era el nombre castellano que se había hecho suyo por razones poco claras: por negocios, tal vez, o para adecuarse a la legislación o, sencillamente, para librarse de las extravagantes desventuras reservadas a los mercaderes chinos. Su padre, que venía de Amoy, dirigía una pequeña flota de veleros que navegaban entre las islas cargados con mármol, azúcar, paños y arroz. Nunca vi ninguno de aquellos barcos, y mi madre, la pequeña de once hermanos, tampoco; se contaba que una tormenta en alta mar los hundió, pero aquello se me antojaba demasiado fantasioso como para poder creerlo. Debían de haberlos vendido a cambio de algún terreno o para saldar deudas de juego, posibilidad nada desdeñable teniendo en cuenta las horas que mis tías y mis tíos y también mi madre, cuando más sola estaba, les habrían dedicado a las fichas de *mahjong*, tantas como para poder llegar a adivinar sus dibujos en el marfil por el simple tacto, sin mirarlas —cañas de bambú y números, bolas y flores, vientos, cercados, puntos, pájaros—, mientras el molino de arroz tronaba al fondo dándole vueltas al grano.

La ventanita estaba del lado de la cabeza, cerca del suelo; la mugre había empañado las dos caras del grueso cristal verdoso, pero me arrodillé en el suelo, ajusté la postura al ángulo de la luz y confirmé la historia de mi tío: vi el cráneo de mi abuelo sobre su consumida almohada, sus dientes largos y desnudos, el hueso surcado de dibujos, paisajes lunares negros y amarillos, la Gran Muralla china recorriendo las cuencas y el matorral plateado que era su pelo: un fino cabello hirsuto que, igual que un aura, despedía luz sobre la frente y a su alrededor, rampante, resplandeciente, indestructible. Del resto de su cuerpo no pude ver nada a través del cristal, tan solo el cuello abrochado del traje de lino color crema; la *americana cerrada*<sup>[6]</sup> que ya debía de llevar veinte años pasada de moda cuando él falleció. Él nunca había visto el rayón, el tejido que yo llevaba, que era elástico y picaba pero solía presentarse en los colores y los motivos más chillones; el rayón me amarraba a los Beatles, *She loves you yeah yeah yeah...* Me acordé de los trajes azul cielo en los que los Beatles retozaban y cuya elasticidad tan solo podía deberse al rayón. De cuello para abajo, mi abuelo era puro lino ennegrecido.

Los cementerios no me asustaban, pero las historias de miedo, sí. Me crié con cómics en los que mujeres vampiro asolaban villas enteras en un incontenible frenesí, convirtiendo a todo el mundo, hasta a los recién nacidos, en seres de su raza. Cuando llegaba la hora de comer, a las *manananggal* les crecían colmillos y alas de murciélago, se escindían en dos y dejaban la parte inferior de su cuerpo al lado de la puerta trasera. Los no infectados debían hacerse con esas efímeras mitades justo cuando estaban en ese estado, antes de que la manada regresara, y echar sal sobre la carne viva: con la herida seca por la sal, a las *manananggal* les resultaría insoportablemente doloroso volver a unirse y reanudar la vida normal. Las vampiras voladoras se agitarían y despotricarían al ver las piernas que habían perdido, y era entonces, reparando agonizantes en la inminencia de su fin, cuando más virulentas se mostraban: buscaban a su torturador, lo atacaban y lo masticaban hasta que una y otro quedaban condenados para siempre.

Esas brujas también se presentaban bajo otras formas, y se decía que cuando cortejaba a mi abuela, Lolo Selmo se encontró con una. Iba de camino a casa, de regreso de un banquete y vio a una mujer a horcajadas en mitad del camino que inclinó el torso hacia delante hasta que su pelo tocó el suelo. Cuando mi padre trató de pasar a su lado, el espectro se puso a silbar y a gruñir, y se abalanzó sobre él, pero mi padre, alerta ante la extraña postura de la mujer, dio un salto atrás mientras se llevaba la mano al bolo de su cinto. Con todo, la mujer alcanzó a rozarle el cuello con sus garras antes de que él pudiera levantar el cuchillo a una altura suficiente como para poder recabar la fuerza que, sabía, iba a hacerle falta para destruirla. Y cuando le asestó el golpe en el hombro, lo hizo con el temblor de la duda, y, mientras sangraba —sangre vieja, viscosa y putrescente en la hoja—, la mujer se serenó y tuvo tiempo de dar media vuelta y salir disparada al bosquecillo de bambúes, o al platanar, o a los campos de arroz, donde, según la memoria de mi abuelo, la mujer siempre desaparecía cada vez que él contaba su historia, historia que, además, no terminaba ahí.

A la mañana siguiente, cuenta la leyenda, Lolo Selmo fue a misa para dar gracias por su salvación. Como a pesar de su posición era un discreto devoto, se arrodilló en los últimos bancos, desde donde, al levantar la vista, contempló el trasero de una dama y su elegante mantilla, aunque lo que de verdad lo conmocionó fue el empuje que cubría buena parte de su hombro. Esa mujer, cuya garganta entonaba el mismo himno que saludaba al sacerdote que los dos compartían, no era otra que Felipa, que, con el tiempo, se convertiría en mi abuela.

Pero eso mi abuelo se lo inventaba, por supuesto, quién sabe si para chincharla, siempre que los agentes de policía pasaban a tomar un refrigerio y el chocolate tardaba en llegar. Lo imagino pasándose dos o tres dedos por la nuca, muy despacio, por encima del cuello de la camisa, con ese gesto engañosamente ausente que le

confería a sus recuerdos una autenticidad todavía más nítida que la de las fotografías. Ella debió de odiarlo por aquello, pero solo lo abandonó cuando dejó este mundo embarazada de su decimosegundo hijo. La enterraron en ese mismo cementerio, a unas pocas parcelas de la tumba que Lolo Selmo ocuparía; en la de mi abuela, que comparada con la de Lolo Selmo era bajita y sencilla, no había ventanita. Yo nunca llegué a ver fotografías de mi abuela. Mi madre me contó una vez que se perdieron muchos recuerdos durante la guerra, cuando mi familia se trasladó al interior de la isla para huir de una invasión que jamás llegaría. Por aquel entonces, sin embargo, mi madre estaba interna con las monjas en Manila. Cuando le pregunté si durante aquella separación había llevado consigo fotografías de su madre, ella se echó a reír y, a su vez, dijo: «¿Tú guardas ahora alguna mía?». No, no guardaba ninguna, pero yo seguía viviendo con mi familia, y en la sala de estar teníamos una sección entera de retratos con los que, año tras año, compararnos las caras.

Me pregunto qué aspecto tendrá mi padre en este preciso instante, iluminado por las bombillas y los lirios; lo habrán vestido con el *barong*<sup>[7]</sup>, le habrán inyectado conservantes, lo habrán pintado de color rosa con ceras fragantes, lo habrán conservado, adornado como si fuera un paquete de regalo. Habrá coronas, zumo de piña, bandejas con galletas, guitarras. Los vecinos y los sobrinos andarán con sus juegos: los mayores jugarán a una especie de póquer, los más jóvenes, a «la mariposa del rey», rendidos al juego de las prendas. Nuestros velatorios son banquetes de segunda con un muerto por excusa, pero él no habría deseado otra cosa, se habría quedado contento al ver que la tradición se mantenía viva hasta en los menores detalles.

Tatay había querido que lo enterraran en Kangleong, y la última vez que hablé con Jimmy por teléfono, justo después de sacarme el billete de avión, le pedí que se encargara de todo.

—No te preocupes —me dijo Jimmy—, tengo amigos en la compañía aérea, podemos colocarlo en el vuelo del martes. —Jimmy, que dirigía una exportadora de pescado salado, iba a Tigbauan bastante a menudo.

Me sentía orgulloso de él, de mi hermano Jimmy, con esa eficacia suya recién descubierta; siempre había parecido el confundido, el desorientado, pero ahora era él quien me preguntaba a mí: «¿Te pasa algo?». Me describió la operación, la logística y su resultado con tanta tranquilidad que su despreocupación me enfureció unos instantes, hasta que me acordé de que, entre que nanay tampoco se encontraba demasiado bien y que Thea debía encargarse de su familia, era Jimmy quien había estado de guardia. Se había volcado en tatay, y que fuera capaz de contarme por teléfono, sin alterarse, que «en el último momento me confundió contigo» me pareció una señal de madurez.

Durante los próximos días, tatay sudará bajo los focos, generoso anfitrión para las bacterias, pero al cabo de unos años tendrá otra vasija por camisa, y este padre mío que ahora parece un faraón estará más seco que Ramsés.

Pero claro que tenemos frambuesas, ahora que lo pienso. En Baguio —y solo en Baguio—, en lo alto de las montañas, al norte, a cinco horas de Manila, la «capital de verano» de los gobernadores generales estadounidenses y de sus herederos nativos, la ciudad de los pinos y de las rosas aromáticas, de la niebla a media tarde y de la pausa para rezar el ángelus, de los no voltios, de la mermelada de fresa, de mora y de frambuesa. En toda Filipinas, solo Baguio se ve diferente, huele diferente; es una joya colonial, una rareza botánica. Al ascender hasta Baguio, uno escapa del polvo y del olor a agua salada del aire de las tierras bajas y se empapa de esa novedad occidental que es el frío.

Dicen que en esas tierras altas la temperatura nunca ha bajado de los cuatro grados; por lo tanto nunca ha nevado, pero ha llegado a hacer tanto frío que las gallinas que pasaban la noche encaramadas a los árboles caían al suelo congeladas. En América están a cuatro grados en primavera, les digo, y a los animales no parece importarles. Será que la primavera la sangre altera, ya te lo digo yo, tercia un bromista.

Los conductores llegan a Baguio por una carretera zigzagueante que construyó un ingeniero del Ejército, un comandante de nombre Kennon, con miles de peones que importó de Japón, los mejores para ese trabajo, decía Kennon. Cuando la carretera estuvo terminada, muchos japoneses se quedaron y se trasladaron al sur, a las granjas plataneras de Mindanao, se casaron con jóvenes lugareñas, se dedicaron a alimentar sus recuerdos y a esperar; cuando estalló la guerra, resultó que algunos espían para el viejo imperio: «¡Puedes metértelo por el culo, Kennonsan!». Y una puerta lleva a otra: de Kennon a John Hay, el de Camp John Hay<sup>[8]</sup>, el joven secretario de Lincoln que con McKingley y Roosevelt se ganó la S mayúscula de Secretario de Estado. John Hay, el hombre que afianzó el dominio de Estados Unidos en Filipinas y Hawái, fue el artífice del control estadounidense del canal de Panamá, contribuyó al desarrollo de políticas aperturistas en China y cedió su nombre a las puertas de la posada militar y campo de golf de lujo de Baguio, Camp John Hay, nemoroso refugio de todos los que se habían cansado de Asia. Tal vez fueron los soldados los que, al marchar, dejaron las frambuesas y las flores exóticas, tal vez fueron las monjas belgas, con hambre del terruño; lo más probable es que fuera Dios gastando una broma a las latitudes, burlándose de los monos con una vaharada de desinfectante y de esencia de rosas.

Si estás de excursión, de convención, de luna de miel o, simplemente, de paso (pero ¿desde dónde?, ¿hacia dónde?, ¿por qué?), Baguio puede levantarte el ánimo; y también puede matar a los suyos, exprimir el oro de sus minas con sangre aborígen, servirles exquisiteces tribales a las Nikon y a los dólares, y ajustarse a la fantasía del manilense de que, en su espíritu criollo, existe un pintoresquismo todavía más pintoresco. Baguio puede incluso matar a los muertos: momias robadas de grutas al

norte que surten el tráfico de coleccionistas y museos. Un tirón de manga, una rascadita en el muslo. «¡*Dame dinero, por favooooor, cinco centaaavos!*»<sup>[9]</sup> Cinco centavos, el dinero de los recuerdos, hoy, la seis centésima parte de un dólar, pero diez veces más valiosos la primera vez que esas palabras llegaron a mis oídos, esa primera vez, ese verano que tatay nos llevó a todos a veranear a lo grande y nosotros nos apretujábamos en el autobús. El viaje debió de costarle decenas de miles de sus preciosos *centavos*. Y si yo los tuviera, volvería a gastarlos todos en la misma tripulación, y a los chicos que esperaban colina abajo les arrojaría un cubo lleno de monedas. Pero ¿a quién estoy tratando de engañar? No le dimos los cinco *centavos* a aquella niña, nos hacíamos los sordos, como si las vistas, las alturas y, oh, lo distintos de nosotros que nos parecían nos hubieran sobrecogido hasta dejarnos sordos.

\*

—¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Tenemos que ir a verlos!

Mi madre me pasó la mano por encima del hombro para despertar a Jimmy de una sacudida y yo pasé de soñar con lagartos a regresar de sopetón a la pieza. Mi hermano y yo nos habíamos dormido en el suelo de la sala de estar y nos encogimos para huir de los saltarines rayos de la linterna que mi madre dirigía a los bordes de la estera, igual que los lagartos de mi sueño, que correteaban tejado arriba y se adentraban en la noche.

—Buscad las zapatillas. Muy bien, aquí están las tuyas. Aquí, las de Jimmy. Daos prisa, que tatay se nos escapará.

A la mención de mi padre, mi hermano pareció animarse, y luego, como si la ausencia de tatay de su confuso campo de visión lo aturciera y hubiera decidido despreocuparse por completo del asunto, se desplomó de vuelta al sueño, pero nanay le tocó la rodilla con la fría linterna y él se levantó de un salto, gimiendo, mientras nanay y yo reíamos.

—¿Qué pasa?

—Poneos el jersey y los pantalones, vamos a ir a ver a vuestro padre en la plaza.

Mis oídos ya habían empezado a centrarse en el clamor que llegaba de la calle. El retumbar melodioso de una banda irrumpió en la sala. Los cuadrados traslúcidos de nácar de las ventanas resplandecieron un instante aquí, otro allá, a continuación se oyeron misteriosos estallidos y chisporroteos, y mientras Jimmy y yo nos peleábamos con los botones de los pantaloncitos, nanay abrió las ventanas de par en par y la noche, llena de los aromas del jazmín del vecino, nos aturdió todavía más con su variedad: el frío de finales de octubre nos dio un bofetón en las mejillas, pero el aire y el cielo eran de mayo, de la estación del Carnaval, cuando la comida en cantidad y la exhibición descontrolada eran, incluso para los niños, un privilegio común y corriente.

Nanay se puso un jersey y cogió a Jimmy de la mano para llevarlo escaleras

abajo. Yo los seguí dando saltitos, molestando a Jimmy con la linterna que me habían encomendado, dirigiéndola ahí donde mi hermano hubiera pisado.

—No apartes la luz de donde estamos. Que no es un juguete —dijo nanay, severa, y a partir de aquel momento sostuve la linterna con tanta firmeza como pude.

Estábamos en octubre, a fin de cuentas; ya en la calle se me ocurrió que algo debía de estar pasando.

—Nanay, nanay, ¿por qué nos hace falta una linterna? ¿Qué ha pasado con las luces?

—Están apagadas —respondió Jimmy—. ¿No lo ves? No funciona nada.

De no haber sido por lo fantasmal de la situación, habría empezado a meterme con Jimmy. La gente había salido a la calle, casi todos eran adultos en grupos de cuatro o cinco que silbaban y gritaban, entusiasmados, mientras *jeeps* como cucarachas de los que salían brazos y piernas y altavoces pasaban retumbando al lado de los peatones. Todos iban en la misma dirección. Algunas ventanas estaban abiertas y el naranja de los quinqués se derramaba sobre las aceras formando efímeras alfombrillas. Incluso en la oscuridad, las paredes estaban llenas de caras: carteles de un único candidato sonriente con la vista levantada hacia el cielo que sus seguidores habían pegado encima de otros para que, ante tamaña falange de sonrisas, de los menos poderosos solo pudieran verse las orejas, las mandíbulas o las matas de pelo, ¡MARCOS, MARCOS, MARCOS!

En otras zonas de la ciudad habían arrancado los carteles de Marcos, cuyo rostro, allí donde la cola se había negado a ceder, estaba surcado de cicatrices blancas. Nuestra casa estaba llena de fotos de ese hombre, había más suyas que nuestras: en el nuevo calendario de 1966, que, al lado de la cuadrícula de los meses, contaba con el añadido de una franja blanca en la que estaba impresa una regla de siete centímetros y medio; sobre suaves camisetas blancas estampadas con tintas solventes; en chapas con inmensas agujas indeformables en el dorso (Junix había prendido una a un sapo); en puntos de libro; en libretas y en un paraguas azul, un artículo especial para los más devotos que, al menor indicio de lluvia, mi madre sacaba y hacía girar, ¡MARCOS, MARCOS, MARCOS, MARCOS, MARCOS!

—Espero que vuestro padre esté aquí —dijo mi madre—. Qué vergüenza, si no estuviera.

—¿Por qué estamos a oscuras, nanay? —preguntó Jimmy por fin, y yo esboqué una sonrisa franquísima.

—Un apagón. Han cortado la luz.

—¿La han cortado? ¿Quiénes?

—No sé, los de la compañía, quien sea. Deja de arrastrar las zapatillas y muévete.

Todas las casas se habían quedado sin corriente, pero de la plaza se elevaba un resplandor, un aura que rozaba los tejados de plomo de los bloques por los que debíamos pasar. La luz y el ruido de ese desventurado barrio eran eléctricos sin duda, y cuanto antes llegáramos, más podríamos ver y oír. La maraña de gente se apretujaba

cada vez más a medida que nos acercábamos a la plaza, y su atenta euforia prometía horas más felices: malabaristas, agentes de policía en moto, vendedores de camisetas y máscaras de Superman, tragafuegos... Y entre cháchara, comida y bebida, discurría el tráfico; el pavimento empezó a desaparecer debajo de pieles de mango y de piña y de farfolla de mazorcas de maíz hervidas y de un río de panfletos de Marcos y de tobillos y zapatos y traseros adultos que empujaban hacia delante, y sobre todo aquello, el tamtan del generador que retumbaba y del rumor que se deslizaba entre el gentío como la lengua de una serpiente, envolvente y escurridiza.

—Han cortado la corriente para que no se acerque.

—El alcalde sabe que después de esta noche pronto dejará de serlo, por eso la han cortado. Veremos lo que le hace Ferdie.

—¿Está aquí de verdad?

—Ese de ahí es él, es él, el de la chaqueta roja.

—Pero parece tan bajito...

—Es que estamos lejos. Empuja un poco más, así... ¡Quítame las manos de encima...! Nosotros hemos llegado muchísimo antes, eso es lo que pasa por ir abriéndole el camino a la gente... ¡Sí, es él, está saludando con la mano! No, no, ¡está levantándoles las manos!

Se elevó un rugido y la banda atacó la marcha del partido, y los fervientes devotos retomaron el cántico que habíamos oído de camino: ¡MAR-COS, MAR-COS, MAR-COS ES NUESTRO HOMBRE!

—Levántame, nanay, que quiero ver.

—Eres demasiado mayor para mí, Jimmy, prueba a subirte a caballito de tu hermano.

—Noel, Noel...

—Aquí no hay nada.

—¡Tu padre está ahí, Noel! Lo veo. ¡Estoy segura de que es él!

—¿Dónde?

—¡Tatay! ¡Levántame, Noel!

—Ahí, a la derecha, al lado de esas cajas negras...

—Son altavoces, altavoces...

—Sean lo que sean, vuestro padre está ahí. Y los tiene tan cerca, como si... Sí, ese de arriba es mi marido. No, no es uno de los candidatos, lo han contratado nada más, pero es un trabajo importante, dentro del partido. Sin él, Marcos no estaría ahí.

Varias cabezas se volvieron en dirección a nanay, y la modestia la sonrojó con cierto retraso.

—Es que él pidió prestados el generador y el *jeep* con el que trajeron a Marcos — continuó. Puso las manos en la cabeza de Jimmy y en mi hombro—. Estoy segura de que el senador lo sabe. Ya habéis oído lo que han dicho: él lo ve y lo recuerda todo.

—¡Quiero ver!

Levanté a Jimmy y los tres contemplamos a mi padre, de pie en su esquina del

escenario, con las piernas abiertas y las manos en la cadera, y en ese preciso instante vi cómo le salían unas alas y una espada, y una luz de fondo también. Marcos había tomado asiento justo en medio del fregado mientras otro político con un traje azul brillante asfixiaba el micrófono y le arrancaba pitidos y quejidos a intervalos de dos o tres palabras. Marcos mantenía su sonrisa intacta y saludaba a la muchedumbre con la mano, despreocupado, pero mi padre miraba al hombre del traje azul con una expresión que yo conocía y que solía dedicarnos siempre que hacíamos alguna estupidez evidente como caminar sobre el cemento fresco. El hombre seguía adelante con lo suyo como si tal cosa, levantando el puño izquierdo al aire:

—Nunca quise ser el seuuuuuuuung... ¡Nunca! Cuando don Mariano Marcooouiiingssh...

Mi padre cayó de rodillas y mi madre, alarmada, me dio un apretón en el hombro, pero entonces me di cuenta de que mi padre solo estaba ocupado con los botones del aparato. El orador lo miró, parecía enfadadísimo, pero siguió hablando. Sus palabras se elevaron en el cielo como una ola inmensa, altísima e inevitable, y el gentío se estremeció como un solo hombre. Yo me tapé las orejas con las manos, hasta Marcos frunció el ceño. Otro hombre con camiseta subió al escenario y se acercó a mi padre; tiró de un enchufe y el ruido cesó al instante. El señor del traje azul agarró el micro y se limpió la frente con la manga. Un grupo de políticos y de encargados de seguridad formaron un corrillo alrededor de mi padre, que le metía prisa al técnico.

—Él sabrá qué hacer —le aseguró nanay al vendedor de *siopao*<sup>[10]</sup> que había dejado a nuestro lado su carro de bolitas humeantes—. Siempre se preocupa de conseguir al especialista para cada aparato.

El vendedor ambulante se quedó mirando el escenario con los ojos entornados y se pasó la uña del dedo gordo entre los dientes.

—Quiero un *siopao*, nanay —dijo, súbitamente hambriento.

—Yo también quiero —dijo Jimmy, palabras que recibí como una licencia para dejarlo en el suelo.

El vendedor de *siopao* se encorvó y, con la mano, nos echó el humo que se elevaba de esas bolitas con tanta miga.

—Esperaremos a que llegue vuestro padre. No he cogido dinero.

—Pero se pasará la noche entera ahí arriba, ya lo sabes...

—Chsss... No te pongas pesado, está...

Un murmullo se propagó entre la muchedumbre y vi a Marcos levantándose de la silla; el resto de las figuras del escenario lo imitaron de inmediato. Volví a mirar al lugar donde estaba mi padre, pero no di con él cerca de los aparatos de sonido. La gente de seguridad lo había apartado del corrillo, y aunque seguía mirando a los protagonistas del acto, ya tenía un pie en la escalera lateral. Tras vacilar durante unos instantes, bajó los escalones a buen paso y desapareció.

—¿Dónde está? ¿Lo ves?

—Ya se oye, ya está, ya lo han arreglado, creo. —Pop, pop, crec, pop, probando,

probando, uno, dos, tres.

—¿Hablará Marcos?

—Puede, pero ¿lo oiremos?

—¿Y lo entenderíais? Ja, ja, ja... Es probable que hable en inglés, y entonces, ¿qué haréis?

—No te me pongas esnob, Juanito, si tú nunca has ido al instituto.

—Pero veo películas en inglés y leo los periódicos.

—¡Claro! ¡Las páginas de las tiras cómicas!

—Damas y caballeros...

—Y las de deportes, ¡de los deportes te cuento lo que quieras!

*«Damas y caballeros, amigos y vecinos de la provincia, partidarios, como yo, de la democracia, o mejor dicho, del inevitable retorno de la democracia a este resignado país; víctimas, como yo, de esta administración moribunda, de esta... ah... de esta dictadura liberal, tengo el gran honor de presentaros a...».*

—¿Ese quién es?

—Nanay, ¿dónde está tatay?

—No lo sé, pero creo que es el gobernador. ¿Pero el gobernador no es liberal?

—Lo era, pero se ha cambiado...

—Andará ocupado con otras cosas. Esta gente cambia de opinión todo el rato, pero si se trata de una emergencia, la que sea; tu padre ya las ha visto todas...

*«... Un hombre de genio indescriptible, de innumerables talentos, de entusiasmo desbordante. El culmen, la quintaesencia, el parangón incomparable de los logros de nuestra raza...».*

El gobernador se había puesto las gafas y leía de un papelito, muy serio. Jimmy se había zafado de la mano de mi madre y yo lo vigilaba mientras nanay oteaba entre el escenario y el gentío en busca del familiar saludo de tatay.

—No tan lejos, Jimmy...

*«... Boxeador, luchador, miembro del equipo de debate en la universidad, comandante de batallón del Cuerpo de Adiestramiento para Oficiales en la Reserva y, para que los bribones se anden alerta, ¡campeón nacional de tiro con carabina!».*

Bocas abiertas, algunos aplausos, el crujir de papeles rígidos.

*«A la tierna edad de diecinueve años, cuando la mayoría de jóvenes apenas si empiezan a comprender lo que significa la libertad, a nuestro invitado lo encerraron en la cárcel bajo la acusación, absurda pero terrible, de asesinato en primer grado. Su espectacular puntería, decían, hacía de Ferdinand un asesino despiadado. La prominencia de su familia en la política de Ilocos, decían, ya era motivo suficiente para que se tomara la venganza política por su mano pegándole un tiro en el entrecejo a un tipo llamado Nalundasan. —Los ojos del gobernador abandonaron el texto y se volvieron hacia su invitado, reverentes—. Madre mía, amigos, madre*

*mía... No conocían el auténtico calibre de Ferdinand Marcos. Lo encerraron, lo encarcelaron, pero él era un estudiante de Derecho infatigable e insaciable y, en su celda, estudió para conseguir el título de abogado, examen que pasó ¡con la mejor nota de toda la historia de la abogacía filipina!».*

—Míralo, ahí, está bien. ¡Gracias a Dios!

Miré hacia donde mi madre señalaba y vi a mi padre: estaba en el otro lado del escenario, con las manos levantadas sobre la cabeza, aplaudiendo. Se lo veía tan campante, saludando a sus amigos entre candilejas.

—Si mirara hacia aquí y nos viera...

—Cuando estás en el escenario, el público es todo negro, nanay.

Yo lo sabía porque había hecho de Patrick Henry en una representación escolar de la guerra de independencia de Estados Unidos. Nos dicen, señor, que somos débiles, incapaces de enfrentarnos a tamaño adversario; me vi obligado, señor, a buscar «adversario», pensando que sería un extraño cruce entre un adverbio y una celebración anual.

*«... Y entonces llegaron la guerra y los japoneses, y Ferdinand asumió una carga todavía mayor. Obligado por las marciales circunstancias a abandonar sus maneras de abogado, Marcos se convirtió en soldado, en guerrero, en luchador. En el servicio de inteligencia, recibió la graduación de teniente, y el ya teniente Marcos dirigió las más arriesgadas misiones por toda la isla de Luzón, misiones que lo llevaron a recorrer la autopista del norte de punta a punta en su viejo Oldsmobile. A pesar de la inminente rendición de Batán y por causa de la rendición misma, este gallardo defensor de la libertad filipina se puso a la cabeza de un comando de tres personas para dirigir un ataque contra la artillería japonesa, operación que permitió a los aliados disfrutar de un inestimable periodo de gracia de varias semanas antes de la rendición a la que los japoneses estaban condenados. Cayó en manos de los japoneses, pero con su fe en Dios y en su propio destino, Marcos sobrevivió a la funesta “marcha de la muerte” de Batán a Capas y escapó de las amarillas garras del invasor. Si tuviéramos que rendir un sincero y merecido tributo a las hazañas de guerra de este asombroso individuo, ni todas las minas de las montañas filipinas bastarían para fundir bastantes medallas para Marcos. Y sirva como vara simbólica para medir la magnitud de sus proezas que, terminada la guerra, los aliados distinguieron a Marcos, a la sazón el comandante Ferdinand E. Marcos, con el mayor número de condecoraciones jamás concedidas en este teatro de operaciones. Veintiocho medallas en total, veintiocho recordatorios de sus incontables victorias...».*

Las palabras del gobernador se disolvieron en un irreprimible rugido que se elevó del

gentío cuando Marcos saludó con la mano y que, transformado en un cántico insistente, apremiaba a Marcos a que se levantara y ocupara su lugar en el podio. Se lo veía joven, elegante y muy en forma con esa chaqueta de rayas rojas. Su cabello, tupido, engominado y peinado hacia atrás, parecía una corona reluciente. Cuando Marcos levantó los dedos de las manos para formar dos uves iguales, los tramoyistas lanzaron una descarga de fuegos artificiales y, como si ellos también estuvieran a punto de explotar, todos los políticos del escenario se pusieron de pie al lado de Marcos y levantaron las manos hacia ese cielo que se iluminaba. Y en ese preciso instante le perdí el rastro a tatay, pero me daba igual: Marcos era nuestro padre, el de todos.

## 2. La charca negra

Me encontré con un campus empapado de verde: los frescos días de junio, el frescor de las hojas mojadas y de las ramas de acacia que los rayos habían hendido hasta la médula, el olor penetrante de la hierba tronchada.

Tan fresco que no se parecía al resto de la ciudad, en cuyo extremo oriental se levantaba. Una avenida larga y amplia conducía hasta el arco de entrada; a ambos lados, vastas extensiones de césped y, a lo lejos, follaje denso. Antes de terminar el instituto ya había visitado aquel lugar y un verano vi unos caballos alazanes vagando a mano derecha de la avenida, cerca de la alambrada de lo que, como más adelante descubriría, era la Escuela de Ganadería.

Durante mi segundo año de carrera crucé ese mismo campo a todo correr, presa del pánico y azuzado por los disparos. La universidad estaba sitiada por el Ejército; cerca de donde hacía un tiempo había admirado los caballos de la escuela, levantábamos barricadas con las mesas, las sillas y los bancos que nos habíamos agenciado. Acampábamos detrás de ese muro provisional, estudiantes y profesores por igual, escuchábamos discursos y cantábamos canciones revolucionarias.

Teníamos los huesos fríos, pero nuestro aliento era cálido. La gente hablaba de Francia, de China, de Vietnam...

Al otro lado de las barricadas se congregaban las legiones de Marcos: policías antidisturbios provistos de porra, pantalón militar y casco azul cobalto, el Ejército de uniforme a bordo de *jeeps* acorazados. Los emisarios habían pasado la mañana entera cruzando de un bando al otro. Los coroneles debatían con vicerrectores mientras nosotros abucheábamos a los soldados y lanzábamos las granadas de papel en las que habíamos garabateado mensajes como «PERRO». Yo lancé algunas con la tranquila determinación de mis diecisiete años; todos sentíamos que teníamos diecisiete años.

A las cinco en punto de esa tarde, desde detrás de los *jeeps*, alguien dio la orden de dispersarnos. Entre nuestras filas explotaron botes de gas lacrimógeno y también nosotros explotamos en nubes lentas y desganadas mientras los *jeeps* avanzaban astillando los muebles y esa infantería de pega se agitaba como un insecto de muchísimas patas y antenas erizadas al que alguien hubiera despertado sin miramientos. Nos tambaleábamos, retomábamos la formación, gateábamos, nos apelotonábamos. A la primera explosión de gas lacrimógeno, le cogí la mano a Nina y no se la solté hasta que estuvimos al otro lado del prado.

Nos escondimos en un armario lleno de productos de limpieza del edificio de Administración de Empresas hasta que las sirenas se apagaron y el humo se desvaneció. Nos quedamos en silencio, sufriendo la humedad de las fregonas.

Cuando salimos ya había caído la noche. Vimos a su padre al otro lado del cordón policial, en la entrada de la universidad, enfurecido.

—¡Esa es mi hija! —le gritó al cabo que revisaba nuestros carnés de identidad—. No es posible que ande metida en eso. Esto no es más que un error absurdo.

Nina dejó que la arrastrara hasta el coche de la familia, un Mercedes-Benz color azul pastel que, cuando ya se había hecho de noche, pasaba a recogerla por la facultad.

—¿Quieres que te lleve? —me preguntó Nina cuando ya estaba al lado de la portezuela.

Su padre la empujó hacia dentro y dio un portazo.

—No, nos vamos a casa pitando, tu madre está histérica y yo llevo dos horas aquí. ¿Dónde diablos estabas? Vaya tontería, ¡enfrentarse al Ejército con mesas y sillas! No volverás a mezclarte con esa gente nunca más, ya te lo digo yo.

Y el coche aceleró y se alejó con Nina en el asiento trasero, cabizbaja. Al cabo de dos semanas, había dejado la universidad y estaba en casa de su prima, en Baguio, haciéndose a la idea de un posible destino en Boston o en Lovaina, donde fuera que su padre la creyera a salvo de la revolución. Su padre era el dueño de una fábrica de papel. Si me hubiera casado con Nina, mi prosa habría terminado bloqueando las calles en barricadas.

\*

Pero hoy Nina trabaja en la sede central de la empresa de su familia y tiene dos hijos y una hija de Sammy, de quien se ha separado. Un día me encontré con Sammy en Nueva York, cerca de Herald Square. La cabeza apenas le sobresalía del inmenso cuello de su gabardina nueva. Estaba parado en el bordillo, parecía asombrado de estar viéndome ahí y de comprobar que todavía lo reconocía.

—Hola, Sammy —le dije—. ¿*Kumusta na*, qué tal?

Raspó la acera con un zapato y masculló algo sobre los años; trató de contarlos y no fue capaz de recordar cuántos habían pasado.

No lo veía desde el día que coincidimos en un teatro de Makati, entre el público que asistía al montaje de *The Music Man*. A mí los musicales de Broadway me encantaban, pero a Sammy se lo veía aburrido. No paraba de susurrarle a la chica que lo acompañaba, una mujer menuda de ojos brillantes que parecía a punto de saltar al escenario; se dieron prisa en salir antes de que las luces se encendieran. Sammy había probado suerte trabajando en una agencia de contratación de personal, gestionando pasaportes y viajes, también de gerente en un restaurante de Singapur e incluso corría el rumor de que gracias a sus contactos en Aduanas, se había dedicado al tráfico de armas.

Se hacía difícil de imaginar que Nina hubiera llegado a quererlo, tan alta y educada como era ella. Nina, la que escribía cartas con una letra anticuada llena de sobrias volutas y florituras; Nina, la que cuando permanecía inmóvil transformaba sus vestidos en jarrones. A veces eso lo hacía en un rincón de las salas de reuniones; con las manos cogidas a la espalda y un pie delante del otro, parecía una bañista precavida en la orilla. Sammy estudiaba en la facultad de Derecho. Iba por el campus en un Dodge Torana verde que solía pedir prestado para repartir comunicados de prensa y trasladar de un lugar a otro los altavoces y los micrófonos cuando había mitin.

Debió de ser por aquel entonces cuando Sammy y Nina empezaron a salir; tal vez fue una tarde, durante uno de esos contados ratos en los que no ocurría nada. Debió de apoyar la cabeza en su hombro, cansada por sus obligaciones, y él debió de decirle cosas alegres, excéntricas y muy bonitas, cosas como «¿Sabes, Nina? Nada me gustaría tanto como coger el coche hasta Antipolo y cantarte canciones de Tony Bennett en cuanto llegáramos. Si no fuera por todas esas cosas que tienes que hacer... por una buena causa», debió de añadir él, y ella debió de asentir, desalentada, «Sí, por el pueblo». Y él debió de coger uno de los panfletos del asiento trasero y leer algún fragmento muy conmovedor sobre el sacrificio mientras ella, con la garganta seca, se estremecía como tocada por el hielo, y Nina debió de levantarse y decir con una convicción terrible: «En marcha, pongámonos en marcha».

Y sin embargo, tal vez eso no llegara a suceder jamás. Nunca le pregunté a Nina por su matrimonio con Sammy. Ni siquiera cuando hacía años que habíamos salido de la universidad, cuando él acababa de dejarla y yo coincidía con ella en el *foyer* de algún teatro, cuando sus heridas eran tan sutiles como las flores pintadas a mano de esos vestidos suyos tan característicos. De haber sabido lo que Sammy le había dicho o le había ofrecido o le había hecho, tal vez me habría dejado envalentonar por mi sabiduría y por mi desdicha cuando se me presentó la ocasión, y se me presentaron varias. Quién sabe si la mejor fue la de esa tarde en la que los *jeeps* acorazados nos perseguían por University Avenue rociando el aire y la hierba con sus ametralladoras, cuando le cogí la mano como nunca había hecho y nunca volvería a hacer.

—¿Cómo está Nina? —preguntó Sammy. Nos sentamos a una mesita redonda en un restaurante que parecía caro, lleno de lino blanco y de etéreas flores de lis plateadas grabadas en la cristalería.

Le había preguntado a Sammy si tenía tiempo para una cerveza o un café, y recorrimos tres manzanas en silencio casi absoluto hasta que encontramos un lugar que le satisfacía. Era la clase de sitio que le habría gustado a Nina, pensé al notar que los ojos de Sammy me perforaban mientras yo echaba un montón de azúcar en una tacita escandalosamente pequeña llena de un brebaje africano.

—Está bien —respondí—. Ya sabes en qué cosas se mete, qué cosas se le dan bien, que siempre... —Y entonces me encogí de hombros porque ni a Sammy ni a mí nos interesaba de verdad lo que estaba contando—. Diría que tiene amantes —añadí

por fin, y Sammy sonrió como si se sintiera aliviado, como si se sintiera perdonado. Pero era pura formalidad. Yo estaba seguro de que si a Sammy le hubiera hecho falta averiguar qué había desayunado Nina ese martes, la información habría podido recabarla de doce fuentes distintas sin salir siquiera de Nueva York. Sammy quería que yo, que llevaba dieciocho años detrás de Nina en silencio, sufriera en su presencia.

Dieciocho años. Crees que has logrado que todo encaje: una puntada aquí, un parche allá y enormes sábanas negras bien extendidas sobre trincheras atestadas de cosas odiosas. Adoptas una pose de recogimiento distraído —la cabeza ladeada hacia tu costado preferido, las manos descansando en bolsillos profundos o sintiendo el roce de las telas— y en los labios, la disculpa del superviviente con un pico de oro, vacilante y estudiada como los pavoneos de un conductor fanfarrón. Y, en un instante letal, lo pierdes todo.

En una ocasión, cuando aterrizaba en Chicago en un vuelo procedente de Tokio, me asaltó la idea de que mientras yo recorría el pasillo hacia la salida, el avión iba moviéndose hacia atrás muy lentamente.

\*

Pocos días después de que las clases se reanudaran gracias a una tregua entre los burócratas y la policía, me marché. Desde un apartamento que quedaba más o menos a una hora de autobús de casa de mi padre, le escribí para decirle que había perdido el interés en la universidad, en el matrimonio y en la burguesía y que, por lo tanto, iba a consagrarme a La Lucha.

«Sé lo difícil que esta situación debe de resultar para ti», empecé, y al instante taché el «ti» y lo replacé por un «nosotros», aunque lo cierto era que, por lo que a mí respectaba, nada más sencillo que despertarme un buen día y decidir que iba a saltarme la clase de Matemáticas 17 para siempre porque las secantes y las tangentes no iban a proporcionarles a los trabajadores un salario justo, porque, de todos modos, los números se me daban tan mal que ni siquiera podía soñar con calcular las trayectorias de los misiles que lanzaríamos contra el enemigo, porque el cielo atronador y el aire cargado de ozono auguraban cambios.

—¿Qué estás escribiendo? —me preguntó Estoy.

Pertenecía a un órgano superior, pero había pasado la noche en el cuartel general de nuestra sección para dirigir un grupo de debate con nuestros camaradas Benny y Laurie sobre la ley de la contradicción y la unidad de los contrarios. Estoy era un «DE» y Benny, un «DO», mientras que Laurie era «DF»: delegados de educación, organización y finanzas, las tareas fundamentales de nuestra vida revolucionaria. Yo llevaba a cabo servicios auxiliares en propaganda.

—Una carta a mi padre. Dejo la universidad. —Blandí el papel para enseñárselo. Había arrancado tres hojas de mi cuaderno de apuntes de Civilización Asiática, pero hasta el momento solo había usado una.

—¿Ah, sí?

En su boca se agitaba un cigarrillo sin encender. Estaba poniéndose los zapatos, unas deportivas de lona negra que había cogido del montón que había a los pies de la escalera. Benny y Laurie todavía dormían, igual que otros cuatro o cinco camaradas de la habitación grande. Eran miembros de una *troupe* de teatro cultural, y su atrezo estaba diseminado por toda la cocina: alas de águila de papel maché, una bandera de Estados Unidos, fusiles de madera, un arado, un rollo de alambre de púas, un ataúd de conglomerado, antorchas de bambú de las que caía hollín. Jong tenía la guitarra a su lado, reposando sobre la estera.

Estoy cogió una bota del montón, una bota con tacones de plataforma de casi ocho centímetros y la cremallera jalonada de lentejuelas plateadas.

—Unos zapatos geniales para ir a bailar. Llévalas a una manifestación, y en cuanto empiecen a disparar, tardarás dos minutos en estar muerto.

—Son de Romy —dije yo—. Hace de Tío Sam. Creo que el papel le gusta. Ahora las lleva siempre.

Estoy repuso la bota junto a su par y se dio unos golpecitos en los bolsillos en busca de una caja de cerillas. Yo tenía una justo a mi lado, en la mesa de la cocina, y se la lancé, pero lo cogí desprevenido y la caja cayó al suelo con un ligero chasquido. Con cara de sorpresa, Estoy la recogió y se encendió el cigarrillo con un ademán estudiado, trazando un garabato en el aire con la cerilla. Entonces reparé en la causa de su sobresalto: bien podía haberle arrojado uno de esos explosivos caseros minúsculos que armábamos con restos de pólvora, cascos de botella, clavos y papel de plata. Hacíamos paquetitos bien apretados que cabían en la palma de la mano pero cuyo peso les permitía rebasar la línea del frente y sobrevolar los escudos de los antidisturbios tras los que agentes de paisano cargaban con sus propias granadas caseras para lanzarlas hacia nuestras filas. Cuando se trataba de granadas caseras, las cajas de cerillas eran nuestros recipientes favoritos; no habría sido la primera vez que alguna de esas asesinas tan manejables estallaba en un cuartel general.

—¿Por qué? Que por qué dejas la universidad, quiero decir.

—No sé a qué viene lo que nos enseñan. Como ese ensayo en inglés sobre la vaca *Bessie*, ¿a ti te tocó? *Bessie* es una vaca concreta, una vaca singular, en contraposición con los conceptos universales de «criatura» o «ser», y entre ambos media una escala entera de categorías. —Pensé que lo impresionaría. Estoy no venía mucho por nuestro cuartel general.

—Parece interesante. Hasta podría resultar útil. —Buscó su chaqueta entre las que estaban debajo de la escalera, colgadas de unos clavos.

Casi todos llevábamos chaqueta, prácticamente íbamos de uniforme. Las más apreciadas eran las Mao («¡Pero si es una chaqueta de traje Sun Yatsen!», me dirían

al cabo de mucho tiempo), de cuello cerrado con un automático y bolsillos grandes en los que llevar libros y esas pequeñas granadas caseras. Iban muy buscadas, solo los que habían estado en China tenían una, indefectiblemente acompañada de la gorra y la insignia a juego: una estrella roja en el frontal de la gorra o, prendida sobre el bolsillo de la pechera, una chapa de una estrella roja o de Mao en heroico relieve.

Las seguían en popularidad las enormes chaquetas del uniforme de faena del Ejército americano, con bolsillos todavía más grandes y unas solapas en el hombro para sujetar cámaras y bolsas. Costaban una auténtica fortuna y las vendían en los puestos del mercado de Quiapo, entre cuchillos de supervivencia, cantimploras de camuflaje, monos de color naranja fluorescente, manómetros industriales y cajas de munición vacías: pecios de una guerra contra los vietnamitas que se había librado a miles de kilómetros al suroeste, resistentes artilugios que los mayoristas habían podido gorronear de las bases estadounidenses de Clark y Olongapo. Yo tenía una y me la ponía para ir a las manifestaciones. Es curioso, pero me reconfortaba pensar que, en caso de alboroto, aquella ambigüedad me salvaría: los del otro bando también iban de uniforme de faena. De todos modos, llevaba mi ejemplar de las citas del presidente Mao metido en el bolsillo de la pechera, donde, dado el grosor de la edición en tagalo, detendría balas cual amuleto.

Los demás llevaban abrigos reversibles y parkas de poliéster, ropa práctica y barata que podías ponerte para ir a cualquier sitio, del piquete al aula, donde su omnipresencia alertaría al profesor de la inexorable caída de la universidad a manos del ideario marxista, leninista y maoísta. Estoy llevaba una chaqueta vaquera negra inmensa con una hebilla en la cintura; era una chaqueta singular, como la vaca *Bessie*, y cuando se la ponía, la cara se le veía todavía más delgada, aunque también lo hacía parecer más duro, dispuesto a poner su cabeza al servicio de la revolución.

—Piensa en los análisis de clase y en las contradicciones de clase. Es ahí donde la capacidad de establecer categorías resulta fundamental, justo cuando te toca clasificar a la gente como amigos o como enemigos: los aliados estratégicos, los indecisos, los elementos de vanguardia.

Al oír sus últimas palabras sentí un cosquilleo en los brazos. Nosotros éramos la vanguardia, *Vanguardias*, era así como nos hacíamos llamar. Veíamos el futuro, y ahí estábamos nosotros, camaradas de chaqueta azul al mando de cualquier iniciativa pública digna de encomio, desde cavar hoyos para compost hasta recibir a delegaciones comerciales de países socialistas hermanos. Alegres, audaces, decididos. «¡Sed valientes, no temáis el sacrificio, sobreponed a todas las dificultades para alcanzar la victoria!» «¡En tiempos difíciles, debemos tener nuestros logros siempre presentes, debemos ver el futuro brillante y armarnos de valor!» «¡Atrevedos a luchar, atrevedos a vencer!».

—Entonces en clase tendríamos que hablar de esas cosas, y no de una vaca estúpida.

—Hasta la vaca *Bessie* es una abstracción, eso tendrías que verlo. —Estoy

encontró su chaqueta y se la puso—. Deberías seguir en la universidad. Quédate con las cosas útiles, aplícalas a la lucha. Me duele decirlo, pero ya se desentienden de la educación bastantes camaradas...

—Algunos son muy pobres.

—No me refiero ni a los traperos ni a los soldadores, esa gente tiene un trabajo y una especie de genio innato, instintivo, que se anticipa a la teoría y la comprende con una falta de rodeos extraordinaria. Yo me refiero a los que van a la universidad y, movidos por la culpa burguesa, adquieren una pátina progresista, pero no aprenden nada porque son vagos y extienden su desinterés por las estadísticas a los pormenores de *Sociedad filipina y revolución* o, y esto es todavía más trágico, porque son camaradas Bessie que solo saben mugir. —Mientras yo daba vueltas a sus palabras, Estoy se echó a reír.

—No podría quedarme en la universidad más de tres años ni aunque quisiera. Hay demasiado por hacer. Y leo cuando puedo, no soy idiota. ¿Quieres café?

Quedaba un tercio de la cafetera que habíamos hecho la víspera. Como yo trabajaba en la cocina y dormía en el sofá, me habían hecho responsable de tener siempre la cafetera a punto, tanto para mí como para todos los de arriba. La carta la había empezado pasada la medianoche, cuando Jong dejó de tocar la guitarra al oír los golpes que Estoy daba en el otro cuarto.

—Claro, qué demonios, total... ¿Qué hora es?

Miré el Ricoh que mi madre me había regalado al cumplir los dieciséis.

—Son casi las nueve.

Encendí el hornillo y esperé a que la placa emitiera su resplandor. El botón estaba suelto; una mañana, de eso hacía algunas semanas, el pescado de un cazo había quedado carbonizado porque aunque la flecha marcaba el off, el botón estaba, en realidad, en MED. Otras veces, claro, habíamos pasado una hora sentados sin hacer nada esperando mientras el agua no terminaba de romper a hervir.

—Los de arriba se despertarán pronto.

—Lo dudo, todavía les queda una hora. Actúan en la Faith Academy de Camarines a las dos. Dormirán todo lo que puedan.

—En esta casa se duerme mucho.

Habría replicado, pero tenía a Estoy al lado. Alargó el brazo, abrió el armario y, a tientas, buscó algo que, evidentemente, no estaba ahí.

—¿Qué quieres?

—Azúcar.

—Se nos ha terminado. ¿Tienes dinero?

Cuando sacó los dedos del armario, los tenía cubiertos de polvo y de caquitas de cucaracha. Hacía mucho que no guardábamos la comida en el armario, lo usábamos para almacenar botes de pintura para tejidos, tinta de ciclostil, plantillas usadas, clichés y escobillas de goma. El arroz, las sardinas y el café estaban en un rincón de la cocina, dentro de un cubo enorme que usábamos de silla extra. Eso podría

habérselo advertido a Estoy si me hubiera preguntado, pero terminó ensuciándose las manos. Se las lavó en el fregadero y se las secó con un pañuelo. Yo lo miraba mientras esperaba a que la cafetera hirviera. Estoy sacó un billete de dos pesos de la cartera y lo metió en la caja de zapatos para las aportaciones que teníamos en la encimera.

—Cerca del puesto de triciclos hay una tienda —le dije—. Por si quieres el azúcar ahora.

—No pasa nada. Tendría que ir acostumbrándome a estas cosas.

Benny me había contado que el padre de Estoy era coronel de policía y que por eso algunos camaradas, incluso algunos del más alto rango, desconfiaban de él. El coronel era jefe provincial de Tagalog del Sur, y se decía que el dinero del contrabando le permitía ocupar apartamentos de lujo y disfrutar a temporadas de la compañía de una cantante pop de Taiwán. Eso sin contar con su participación en una discoteca de Pasay Road que tenía nombre de mono tropical raro. Su familia oficial vivía en Bel-Air Village, me dijo Benny, y al instante imaginé un fuerte mexicano de imitación donde unas doncellas con delantal se pasaban la mañana fregando arcones coreanos lacados mientras la señora de la casa jugaba al *mahjong* contra el turquesa de la cabeza de playa pintada en una marina de Juvenal Sansó; entretanto, en la mejor universidad del país, en el otro extremo de la ciudad, Estoy, el buen hijo, nos deleitaba con su meliflua dialéctica; entretanto, bien trajeado, el padre coronel aplastaba la grupa de la morena con la que reemplazaba a su rruiseñor del norte.

—¿Sigues viviendo con tu familia? —le pregunté.

—Sí —dijo llevando el índice al humo que se elevaba de la cafetera—. No veo por qué no debería hacerlo.

—¿Y tu padre qué dice?

—Nada. Casi no lo veo, lo han destinado al sur. Pero ya sé a lo que te refieres. Discrepa de mis opiniones políticas, claro, y tenemos las discusiones de rigor, él, Zeus, yo, Prometeo. Puede que yo sea un inútil, de acuerdo, pero no voy a ser como él, eso sí que no... La historia te sonará, seguro, dime si me dejo algo. —Sirvió café en las tazas que había dejado al lado del hornillo y me pasó una—. Por cómo van las cosas, ni creo que me haya tomado en serio en la vida, ni confío en que llegue a hacerlo algún día. Podría licenciarme con magna cum laude, que a él le daría igual, ¿para qué sirve un cerebro, de todos modos? Pero sigo en la universidad, ¿sabes? Solo dos semestres más.

—Sí. Ahí es donde yo te veo.

Se apoyó en la encimera; parecía hundirse cada vez más en su chaqueta.

—Según mis cálculos, con mi media me licenciaré con magna cum laude, pero nadie se inmutará. Y los camaradas los que menos, de eso puedes estar seguro. Es posible que, por lo menos, mi padre se pavonee un poco. «Mi chico es comunista, pero ¿no lo son todos, últimamente? Esperad a que lo envíe a Wharton o a Londres o donde pueda aprender algo sobre cómo llevar una discoteca, ¡el futuro está ahí!» Y

nuestros amigos del piso de arriba dirán: «¿Magna cum laude? ¿Y eso qué es? ¿De una universidad extranjera?» —dirigió una risita a su taza y luego la apoyó en la encimera con un gesto brusco—. Tenemos que ser capaces de hacer algo más que cantar *La Internacional* hasta que consigamos echar abajo los muros del palacio de Malacañang. O los de este apartamento. Al parecer eso era lo que ese guitarrista amigo tuyo se proponía anoche.

—¿Te refieres a Jong...?

—¿Se llama así? El nombre parece coreano.

—Es lumpen. De Tambakan.

Estoy levantó la vista hacia las escaleras.

—Se le da bien la guitarra, aunque se pasa un poco con el volumen.

—Ya estamos acostumbrados. Llevamos mensajes importantes a multitudes. — Era una afirmación osada, de eso me di cuenta por el modo en que Estoy se volvió hacia mí. Sus ojos se dirigieron al instante a la carta que había dejado sobre la mesa de la cocina.

—¿Llevamos? ¿Has dicho «llevamos»? ¿Tú participas? ¿Tú cantas o actúas o qué?

Doblé la carta y la metí de vuelta en el cuaderno.

—Escribo cosas. Manifiestos y comunicados de prensa, sobre todo, aunque a veces colaboro en los guiones. Estudio comunicación de masas. Estudiaba...

—¿Por qué no hablas con tu padre y ya está? Deberías ir practicando ese tipo de enfrentamientos. A saber con quién vas a debatir el año que viene. El embajador americano, el señor Burbage, o Blueridge, ese, como se llame. ¿Y qué me dices del senador Tolentino, un afable constitucionalista que se parece a nuestros padres, que hasta habla como ellos y todo, como todos menos como el mío, y que ni siquiera tiene pinta de soldado? Le encanta llevar esas camisas de golf francesas que brillan como las escamas de un pez...

—El problema no es mi padre. Y yo prefiero escribir. Me aclara las cosas, hace que me comprometa con ellas. Imagino que las cosas no son ciertas hasta que quedan escritas.

—Saludos cordiales: A todos los que la presente vieran o entendieran. O eso, o pipipí-pi-pi... No, esto es por escrito, es verdad, nada de sintonías de las noticias de última hora. Un estudiante universitario de veintidós años, presunto teórico del Partido Comunista de Filipinas, fue detenido ayer durante una redada del servicio de inteligencia del Ejército... O tal vez recibió un disparo mientras trataba de huir, ¿no es eso lo que suelen decir? Estimado señor Evaristo Litonjua: El Departamento de Loterías de Filipinas tiene el placer de informarle de que ha ganado los cinco millones de pesos del primer premio del gran sorteo de Navidad, cantidad gracias a la cual, vía Checoslovaquia, Camboya o incluso Estados Unidos, podrá adquirir diez mil fusiles de asalto AK-47 que le serán enviados y entregados de inmediato, según usted disponga. Dicha adquisición le dará derecho a 5346 indulgencias que podrá

presentar en el Purgatorio, que, por cierto, *señorito*<sup>[11]</sup>, existe. Eso sí que sería para morirse de risa, para mondar, que dicen los americanos. Disculpe, ¿decía usted?

—Tú nunca irás a la cárcel. Tu padre te salvará.

—Sí, ¿verdad? Si se lo permito, lo hará, así que no se lo permitiré. Pero para poder rechazarlo primero tengo que conseguir que me detengan, lo que sería una estupidez, porque esta no es una revolución contra mi padre, por muy atractiva que la idea me parezca. Es tan molesto, tan frustrante. No quiero que se lo tome como algo personal, lo que quiero es que repare en las ideas, pero a la vez, yo... es importante que él entienda que... Da igual, es un lío que tengo que resolver.

Para tratarse de un ideólogo, la primera vez que lo escuché Estoy me pareció un poco pedante; él hablaba de brumarios y de Blanqui y de algún oscuro economista soviético mientras los demás retozábamos en el rústico fango del ideario de Mao Zedong. Eso, sin embargo, no me impidió admirarlo desde la distancia que media entre el novato y el exitoso estudiante de último año que adereza con otrosíes, noobstantes y porasidécirlos hasta las discusiones más sencillas. Y cuando la situación se lo dictaba, Estoy iba al grano rápida y bruscamente; pergeñaba eslóganes de tres palabras para las campañas de la universidad y desconcertaba a sus profesores —hasta a los que había encandilado con su espléndido garbo— enfurruñándose en mitad de complejísimos debates y limitándose a responder con un «sí», con un «no» o, lo que los descolocaba todavía más, con un exasperante «tal vez». Tan bueno era para dominar un tema como para cuestionarlo.

Estoy miró el cigarrillo que se le había apagado y con el hornillo encendido volvió a prenderlo en la resistencia; cuando aspiró, la punta emitió un destello. Con sus caladas profundas, llenó la cocina de humo y se terminó el café mientras yo me las veía con la tapa del cubo que nos servía de despensa. Quería cocer un poco de arroz y abrir una lata de sardinas para el desayuno antes de que por la escalera empezaran a bajar unos cuerpos tambaleantes. Para ganar tiempo, más que nada. Como no teníamos platos suficientes, comíamos por turnos: los que cocinaban eran los primeros en comer, y los últimos lavaban los platos. Alguien había apretado la tapa al sentarse y ahora no quería abrirse. Estoy vio lo que estaba haciendo y me pasó una cuchara del fregadero. Entremetí el mango por la tapa y ejercí presión en el otro extremo, pero se me escurrió la mano: la cuchara salió volando y se estampó contra el suelo. A pesar de lo gruesa que era, la había doblado, de eso estaba seguro. Era un artículo militar de liquidación, como mi chaqueta —propiedad del Ejército de Filipinas, decían las letras que tenía grabadas—, un artículo de supervivencia apropiado para alimentar unas fauces acostumbradas a arbustos selváticos y ligamentos masticables. Estoy cogió la cuchara y arremetió contra el cubo. Sin que tuviera que darme más instrucciones, yo lo cogí por el canto y empujé contra la pared. Estoy metió la cuchara justo donde la había insertado yo, y gracias a la abolladura que yo había abierto, quedó más sujeta. Como pude, traté de mantener el cubo bien derecho sobre el suelo mientras Estoy hacía palanca con la cuchara, que

empezó a moverse con fuerza en su mano mientras yo iba perdiendo el control del cubo. La sangre que manaba enfurecida de los nudillos nos alcanzó las mejillas. Estoy dejó de hacer fuerza con la cuchara, hincó una rodilla en el suelo y, mirando el cubo que se me había escapado y que ahora él sujetaba contra la pared con el pie que le quedaba libre, tomó aire antes de descargar todo su peso sobre el extremo de la cuchara. Para sorpresa tanto del uno como del otro, la tapa se abrió y salió disparada. Mientras él reculaba tambaleándose y yo saltaba para coger la tapa, Estoy soltó una carcajada feroz y estuvimos dándonos palmaditas en la espalda y lanzando hurras hasta que Laurie bajó corriendo por las escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó, y Estoy y yo nos encogimos de hombros. Con aire ausente, volví a tapar el cubo y Estoy compuso el semblante.

—Nada —le dijo Estoy a Laurie, muy serio—, estábamos examinando distintas vías de escape por si alguna vez caíamos en una redada y pensé en lo fantástico que sería que con vuestros disfraces y vuestro talento para la interpretación os hicierais pasar por agentes de una redada previa y fingierais que todo había sido un malentendido estúpido. Como en las películas de Chiquito<sup>[12]</sup>, ya sabes, con pieles de plátano, porrazos y toda la historia...

Lo pillé enseguida, pero fui incapaz de contener mi entusiasmo.

—Y propongo que en nuestro próximo mural para el Frente Unido, al lado del obrero con el martillo y del campesino con la hoz y del guerrillero del Nuevo Ejército Popular con el AK-47, incluyamos al típico estudiante de ojos saltones. Pero en vez de un libro, blandiría un plátano.

—Que no sea el típico estudiante, que sea un licenciado, con la toga y el birrete...

Laurie se apoyó en la barandilla y recogió las sábanas que llevaba arrastrando.

—No tiene gracia. No tiene ninguna gracia cuando la gente tiene que dormir.

Laurie volvió a subir las escaleras con paso lento y yo, sin perder el buen humor, le hice una mueca. La expresión de Estoy había vuelto a apagarse, pensé que iba a gastarme una broma pesada de las suyas, una broma que, dado lo extraño de aquella mañana, yo habría recibido de buen grado. Afuera el cielo estaba nublado, pero la superficie del hornillo seguía desprendiendo calor y estábamos colorados del esfuerzo que habíamos hecho, aunque una cabezadita habría bastado para devolverme a lo que estaba haciendo antes de empezar a pensar en la comida.

Estoy pasó el pulgar por una falsa alambrada de espino mientras yo volvía a abrir el cubo; esa vez no me costó porque me había olvidado de encajar la tapa. El rollo lo usábamos de atrezo para nuestras obras antifascistas y estaba hecho de cuerda entreverada de alambre. En la penúltima escena, cuando arrojaban a Chato contra los rollos, el público siempre dejaba escapar un grito ahogado.

—Van a declarar la ley marcial —dijo Estoy—. Muy pronto.

Me habían llegado rumores.

—Eso dicen —respondí mientras sacaba un saco de arroz del cubo.

—Me lo contó mi padre ayer, por teléfono. No paró de llamar hasta que me

encontró en casa. No suelo creer lo que me dice... Sería otra falsa alarma para asustarme, seguro, para ponerme a prueba, tal vez estaba usándome y todo... Pero le habían ordenado que movilizara a un batallón especial de las patrullas de vigilancia, me dijo. Puede que vuelvan a desplegarse por Manila.

Eché el arroz en el cazo lentamente. Me gustaba el modo en que los granos repicaban contra el aluminio, igual que la lluvia sobre un tejado, consumiéndose rápidamente.

—¿Y a los otros se lo has contado?

—Sí. Tampoco estoy seguro de que me crean. Y puedo entenderlo. Debería entenderlo. Alarmarnos no nos vendría bien, ¿no?

—No, pero ¿cuál es el plan?

—*¡Guerra, guerra, la guerra popular!* ¿No lo sabías? —La canción se había hecho muy popular en las últimas manifestaciones. Un camarada que encabezaba la columna gritaba a voz en cuello: «¿Cuál es nuestra respuesta a la ley marcial?».

Guerra, guerra, la guerra popular.

Una docena, cien, luego mil voces repetían el estribillo y, como confeti, lanzaban esas palabras al aire para celebrar el desafío al régimen de Ferdinand E. Marcos.

Guerra, guerra, la guerra popular.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté a Estoy.

Se encogió de hombros y encendió el hornillo mientras yo lavaba el arroz en el fregadero.

—No lo sé. Seguir hasta el final, supongo. Mi padre quiere que me vaya a Estados Unidos, tengo un tío en Long Beach y un primo en Minnesota, no sé dónde, pero eso queda fuera de discusión. Me conformaré con lo que venga, como todo el mundo.

—¿Pasarás a la clandestinidad?

Estoy me miró con cara extrañada y se echó a reír.

—Y si fuera a hacerlo, ¿te lo diría? Quiero decir... no te ofendas, pero ¿no tendríamos que adoptar algunas medidas de seguridad aquí?

—Sí, por supuesto. —Dejé el cazo sobre la cocina. Por el borde se derramó un poco de agua que al caer sobre la placa se vaporizó al instante.

\*

Sandbar, Sandfar, Sanford, Sanford Wood. Bajo los efectos del otoño, el primero de mi vida, salí a dar un paseo por Sanford Wood con Estoy, que había llegado a Estados Unidos hacía exactamente un año con una beca para hacer el doctorado en Economía del Desarrollo. En cuanto logré escapar del congreso que se celebraba en Nueva York, cogí el primer tren a Michigan. Hasta entonces nunca había caminado por un bosque de rojos y dorados, y durante los primeros minutos fui avanzando con cuidado sobre ese suelo de tantas capas, como si al desordenarlas fuera yo a salir volando

entre un remolino de bellísimas hojas directo al campo de internamiento. Dejamos que la nueva estación nos apresara y nos encañonara: contemplamos las ardillas bailotear tronco arriba, y cuando llegamos a un claro de un amarillo puro y delirante, convencí a Estoy de que posara para una instantánea que luego podría enviarle a Marie, su mujer. Se quedó bien quieto con el color al fondo, las manos en los bolsillos de la chaqueta, mascullando una maldición contra el frío, pero la sonrisa era auténtica. En el camino de vuelta nos fijamos en lo gordas que estaban las ardillas. Si en Manila llegaran a alcanzar ese tamaño, dijo Estoy, ya estarían asándose en el espetón. Yo dije que en Estados Unidos habría leyes que prohibieran esas cosas.

Lo que más le gustaba de Michigan a Estoy eran las ardillas. Pasaba el rato en Sanford Wood solo para verlas y darles las sobras del almuerzo de la residencia, pero lo primero que hacía por la mañana, cuando en Manila era de noche, era llamar a su mujer. De eso me enteré por Greg, otro filipino con el que Estoy compartía habitación. Estoy llamaba a Marie tan a menudo, decía Greg, que no entendía por qué no se la traía con el niño, con el dinero que se gastaba. Greg no veía esa relación demasiado clara. Estoy no se fiaba de él en absoluto, decía Greg. Era un tipo lleno de secretos, y Greg no trataba de desentrañarlos, sino de desentrañarlo a él, a aquel tipo que ni siquiera yo conocía.

Volvería a ver a Estoy en Manila; él, con un traje de banquero de tres piezas, se bajaría de su coche y entraría muy elegante en el vestíbulo del hotel Península y les sonreiría a los botones como si el tiempo le perteneciera.

\*

Tres semanas después de que Estoy nos visitara, entre amenazas de bomba en los periódicos, andanadas en el Congreso y alarma en los mercados por el precio del arroz y el pescado, nosotros seguíamos en el apartamento esperando la llegada de la ley marcial y escuchando a Jong.

*There's a lady who's sure all that glitters is gold  
And she's buying a stairway to heaven.  
When she gets there she knows  
If the stores are all closed,  
With a word she can get what she came for.  
Ooooh, ooooh, and she's buying...<sup>[13]</sup>*

—Basta —dije desde lo alto de las escaleras. Estás pensando como pensaría Estoy, me dije. Eso está bien, Noel, muy bien.

Jong dejó de cantar, soltó el mástil de la guitarra, la cogió por el talle y se levantó; el cancionero lo llevaba en la otra mano. Había estado cantando en el rellano, de cara

a la cocina y la puerta trasera. Esa puerta se abría a un patio pequeño y a una pared perfecta —la medianera de una fábrica de zapatos—, cuya altura bastaba para ocultar el cielo. Entre la puerta y la pared había un tendedero de un alambre finísimo que no alcanzaba a distinguirse en la oscuridad. De un falso horizonte combado colgaban vaqueros, una falda, una camiseta y una manta doblada.

—¿Adónde vas? —le pregunté cuando bajé a buscar un vaso de agua.

—Al otro lado de la puerta —respondió Jong.

Cruzó la puerta negra y la dejó entornada. Contra la pared del patio se apoyaba una escalera improvisada por la que un hombre podía encaramarse hasta el vertedero del otro lado. Jong solía sentarse en un peldaño de la escalera a tocar bajo la colada. Era un sitio estrecho, frío y húmedo, pero Jong se había acostumbrado a que lo confinaran allí donde menos molestara y aceptó aquel lugar sin una queja. Puede que durante unos instantes lo asaltara el temor de que la ropa goteara sobre la guitarra y terminara hinchando fatalmente la madera; se agachó con cuidado al pasar, pero rozó la manta con la mejilla y entonces pareció satisfecho al comprobar que la ropa se había secado. Como con esa oscuridad no podía leer la letra de las canciones, se puso a practicar los acordes que había aprendido de memoria haciendo hincapié en el ruido sordo y ahogado de los graves. *Oooh, oooh, and ske's buying a stairway to heaven*. El estribillo era fácil de recordar y de repetir.

Bebí agua del grifo de la cocina y sentí la paralizante vacuidad del lugar. Laurie había salido a buscar dinero y estábamos esperando a que regresara con un saco de arroz y pilas para la radio. De esas dos cosas, no sabía muy bien cuál nos haría más falta; la comida, por supuesto, claro, pero también habría agradecido las noticias —de Alemania, de las Barbados, de la Luna, de donde fuera— y el alivio de la música, una urgencia, esta, furtiva. El grupo de teatro estaba en Nueva Écija y teníamos muchísimas ganas de acompañarlos, pero como nuestro presupuesto era muy ajustado, Benny decidió que solo viajarían los actores. Reemplazado por un magnetófono, Jong se quedó en casa para entretenernos.

Tendríamos que habernos quedado nosotros con el magnetófono, así habría podido grabar la noche: el tintineo del vidrio, el susurro del viento, el crujir de las bisagras de la puerta trasera, el golpe seco de la manivela del ciclostil sin papel. De Jong, nada. Y luego habríamos tratado de dormir: yo, en el sofá, Benny y Laurie en la habitación grande de arriba, y cogería a Nina de la mano y la guiaría por la oscuridad.

—Es una buena canción —me dijo Benny cuando me reuní con él arriba.

No despegué los ojos de la calle de enfrente del apartamento. Nada se movía. No era más que un camino sin asfaltar que algún promotor indeciso había abierto en los campos de arroz de las afueras de la ciudad con una excavadora y una aplanadora, y del que luego se había olvidado. Ahora esa calle estaba llena de baches y boquetes, y

por ella solo circulaban las furgonetas de la fábrica de zapatos y los infrecuentes triciclos a los que les pagábamos una fortuna para que nos llevaran hasta ahí.

Quedaba lejos de la carretera principal y de la parada de *yipni* más cercana. Ese trecho lo había recorrido varias veces desde el día en que me había ido de casa para instalarme de forma medio permanente en el cuartel general. La primera vez me dolieron los pies, notaba el terreno abrupto bajo las suelas de cuero. De eso haría casi un mes. Aquel día iba al banco a sacar el saldo de la cuenta de ahorros y me asaltó la urgencia de vestirme de ciudadano responsable. No había vuelto a ponerme esos zapatos desde entonces, aunque los guardaba, limpios, en un armario del otro cuarto, para vete a saber qué cita que pudiera tener en el futuro.

Cuando cumplí los dieciocho, mi padre se empeñó en regalarme un par de zapatos de cordones. Al principio me resistí aduciendo que con la vida que yo había escogido no iban a servirme de nada, pero ahora el olor de la piel llenaba el armario y, con cierta sorpresa, me di cuenta de cuánto cariño les había cogido, de cuánto me alegraba de verlos, solamente de verlos, porque eran incomodísimos, de tan nuevos.

—Es una buena canción —asentí—, pero no se puede bailar.

—Hummm...

Benny había terminado con el revólver y lo había dejado en el suelo, a sus pies, sobre una toalla extendida. Había empezado por las balas, las cuatro, sacándoles brillo con un pañuelo en turnos exactos, una a una, y disponiéndolas en fila al lado del arma. A la menor sacudida, quedaban tumbadas sobre la toalla y Benny volvía a enderezarlas.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté.

—Son como cohetes pequeñitos. Los dejo a punto para el despegue.

—Sacarles brillo, digo. ¿De qué sirve?

Llegó un destello de la carretera. Al volverme hacia Benny quedé fuera del haz de luz y algo allí abajo, una lata o tal vez una moneda nueva y reluciente, recibía el pobre resplandor naranja de la bombilla y nos lo devolvía en guiños blancos. No podía ser una moneda, pensé. En la tierra descuidada que se extendía delante de nosotros no podía haber nada de valor. No había más que la calle y luego un trecho lleno de basura y de hierbajos. Y, más lejos, una charca enorme de aguas negras y fétidas que la lluvia y un riachuelo —vendría de la fábrica, deduje— se encargaban de ir renovando periódicamente. Hacía tan solo unos días que me había acercado al borde de la charca atraído por el rumor de que, en su retirada, los japoneses habían ido escondiendo tesoros en fosas como esa, pero todo lo que vi flotando en esa sopa de sangre de cerdo fueron bolsas de plástico blancas y arrugadas igual que lirios marchitos. Más allá de la charca, campos de arroz de un verde brillante e intenso se extendían hasta una barrera de montañas de crestas azules y vaporosas.

Y luego lo recordé: hacía unas horas, antes de encender la última cerilla que nos

quedaba, había hecho una bola con el papel de plata del paquete de Marlboro y la había tirado por la ventana.

—No lo sé —contestó Benny—. Porque hará que la bala atraviese la piel más deprisa, supongo.

—En mi opinión, cuanto más sucia y rugosa esté la bala, mejor, para que te desgarré a base de bien. Y si así no te mueres, te matan los microbios.

—Menos mal que las balas no tienen ninguna opinión, ¿verdad? No se paran a pensar que si esto, que si lo otro, se limitan a hacer lo que tienen que hacer.

—La gente y no las cosas...

—Eso. —Benny se quedó callado un momento—. Lo que me gustaría sería poder disparar el chisme este antes de que alguien lo use, aunque fuera solo una vez. Tiene buena pinta, pero no sé si funcionará.

Se trataba de un viejo revólver del calibre 38, sería un vestigio de la guerra o una imitación barata fabricada en algún patio trasero de Danao. Jong apareció un buen día con el revólver metido en una bolsa de papel, decía que lo había encontrado en el barrio de chabolas en el que vivía, a la orilla de un camino. A Benny y a mí la historia nos pareció un disparate, y al instante ya acusábamos a Jong de estar atrayendo la desgracia hasta nuestra puerta. Él se encogió de hombros y se ofreció a arrojarla a la charca de atrás, y lo habría hecho de no haber sido por Laurie, quien, convencida de que el arma era un regalo caído del cielo, se la llevó arriba y la dejó en la librería. Nos pasamos días enteros mirando el cachivache, embobados, hasta que una mañana Jong llegó con otro «descubrimiento»: las cuatro balas que teníamos, regalo, decía Jong, de un expolicía amigo suyo al que había visto en el muelle. Benny había cargado las balas y, a partir de aquel momento, se aferró al revólver con la misma delicadeza que mostraba con sus pinceles. En el cuerpo de adiestramiento para oficiales de la reserva ya había desmontado un revólver del calibre 38, nos dijo, pero eso era distinto. Yo nunca había tenido un arma en las manos: había conseguido librarme del servicio militar alegando tener los pies planos.

Benny cargó el tambor y apuntó a la bombilla.

—O funciona o no funciona, no hay más.

—No juegues con eso.

Pensé que iba a decir algo, pero se contuvo y dejó la pistola entre los pliegues de la toalla.

*Oooh, makes me wonder, oooh, makes me wonder!* Jong seguía a lo suyo en voz baja.

—La puerta de entrada...

—Está cerrada —dijo Benny. Se tumbó en la estera con la toalla al lado de la cabeza—. Tendrías que dejar de ser tan duro con Jong. Él hace lo que tú le dices. Y cuando no lo hace, tampoco es siempre culpa suya. Como camarada, quiero decir.

—Dudo que se tome nuestras críticas muy en serio. Es irresponsable, carece de iniciativa, hay que estar vigilándolo todo el rato. Ponerse a hablar de *Contra el*

*liberalismo* con él no tiene ningún sentido.

—A ver, Noel, el chico tendrá ¿cuántos? ¿Quince años? ¿Dieciséis? Nunca ha ido al instituto, ha estado dos veces en la cárcel. Que lea ya es un milagro...

—No entiende lo que lee. Escucha, escúchalo y dime si está entendiendo de qué va la canción.

—¿Y quién la entiende? Yo, no. —Benny se incorporó apoyándose en un codo y se puso a revolver entre los libros, los periódicos y la chaqueta que tenía en el suelo en busca de un cigarrillo sin dar con ninguno.

—Ya, ¿quién la entiende? Entre tú y yo y el grupo entero, este año ya debemos de haber estudiado la fábula del viejo tonto que movió las montañas una docena de veces, y a día de hoy todavía no entiendo ni por qué los ángeles tendrían que ahorrarle todas las fatigas, ni cómo iban a hacerlo. ¿Por qué los ángeles? ¿Tenemos que creer en ángeles, en milagros? Sé que no es más que una metáfora, por supuesto, pero me parece muy poco apropiada. Eso ya lo comenté en una ocasión, ¿verdad?

—Lo recuerdo —dijo Benny—. Después Jong me preguntó si éramos ángeles.

—¿Y qué le dijiste?

—Me eché a reír y le dije que no, que estábamos tratando de mover la montaña.

—Muy hábil, pero poco claro. Todavía te falta explicar la solución metafísica.

—Y eso te molesta, ¿no?

—Tenemos que estar seguros, Benny. Tenemos que pensar en todo.

—Yo estoy pensando en la puerta de entrada.

—Pensaba que habías dicho...

—No pasa nada, está cerrada con llave. Me preguntaba por qué tenemos que tener la llave echada, eso es todo. De todos modos, tendremos que abrirla cuando Laurie llegue. Y si no es Laurie, ¿qué crees que podremos hacer cuando vengan por nosotros? Si es que vienen.

—Tenemos la puerta trasera y la escalera. Podemos tratar de saltar la tapia. Al menos deberíamos intentarlo.

—Lo que de verdad me pregunto es si crees que deberíamos usarla.

—¿Y qué quieres que te diga? Es tuya. Haz lo que tengas que hacer.

—No me estás ayudando, Noel. Tú sabes lo que pasará. En cuanto empiecen a disparar, responderé, y ellos tendrán más de cuatro balas con las que zanjar el asunto.

No dije nada. Apoyé la cabeza contra el enrejado.

—Tener algo y no usarlo me parece un desperdicio —dijo Benny finalmente—. Pero confiaba en que... aquí, no... ahora, no... Vaya desperdicio...

—Liquidarás a un par con esos misiles tuyos pequeños y relucientes.

—... de tiempo. Me refiero al tiempo que podríamos pasar haciendo otras cosas, cosas que fueran útiles para nosotros, y no solamente útiles, y ni tan siquiera útiles... ya me entiendes.

Me aparté de la ventana y me senté en el suelo de cara a la puerta, delante de Benny, que había recuperado una colilla de la lata de sardinas-cenicero. Le quedaba

menos de un centímetro de futuro antes de llegar al filtro empapado de saliva, y Benny trataba desesperadamente de conseguir que el carbón endurecido de la punta prendiera. Benny tenía unas manos pequeñas de dedos finos que se agarraban a los objetos pequeños con precisión y autoridad. A base de práctica, lo que mejor había terminado agarrando eran los lápices de grafito y los cúteres.

Benny no había pasado del primer curso de la facultad de Bellas Artes, había dejado los estudios por la educación práctica de la revolución cultural. Diseñaba carteles, hacía serigrafías, pintaba banderines, tomaba fotografías y, con un martillo, una chapa y un clavito de centímetro y medio, fabricaba pequeñas insignias de Mao. De trazo fluido y firme, cuando la titubeante víspera de alguna acción de masas pintaba los giros y los picos de las emes y las aes y las kas y las íes de amarillo chillón sobre la tela de algodón roja, dejaba a todos los camaradas admirados. Las letras, cual llamas panzudas, se alzaban en ángulos beligerantes. «¡Atreveos a luchar, atreveos a vencer! ¡Arte y cultura para las masas!».

Benny se sentía muy orgulloso de su arte: además de tener un propósito, resultaba estético. Solo había tratado de oponer resistencia a sus dotes en una ocasión, me contó, la vez que tuvo que encargarse del asunto de Delfín Lavares. A Delfín lo habían reclutado para el partido en el instituto y haría cosa de un año y medio le volaron los sesos en una marcha. Benny, que ilustró los carteles de «Recordemos a Delfín», temblaba mientras iba trazando los pliegues tubulares del cerebro con un pincel chino: se sentía uno más de los que habían lanzado la bomba, uno que hubiera regresado oculto bajo un astuto disfraz.

A partir de entonces se dedicó cada vez menos al arte y cada vez más a tareas de organización poniendo en marcha grupos de discusión sobre «la cultura nacional, científica y de masas» en los institutos de la zona. Antes de unirse al movimiento, había trabajado a media jornada con un grupo de teatro de aficionados que representaba obras en inglés. Andaba entre bambalinas, actividad que lo había convertido en un experto en producción al que se le podía confiar las programaciones, los viajes y el atrezo. Reclutar a nuevos afiliados también se le daba muy bien: siempre lograba llevar al redil a los chicos más brillantes y comprometidos. «Espíritus de vanguardia» nos hacíamos llamar, la punta de lanza de la nueva cultura.

Benny era de la edad de Estoy; ellos no habrían dicho nunca algo así, pero los demás estábamos convencidos de que su «nivel de conciencia» —el alcance en apariencia inconmensurable de nuestra sofisticación política— era lo bastante elevado como para valerles puestos de responsabilidad en la jerarquía encubierta de la revolución. Benny no se expresaba tan bien como Estoy y sus modales eran mucho más relajados. No había aprendido a conducir, y cuando las cosas se torcían, nunca parecía enfadarse. La revolución, decía, era un proyecto de un par de décadas, por lo menos, y cada día era valioso, sí, pero ni perder un banderín ni una pifia en un acto de una función nocturna eran una tragedia. La revolución tenía una capacidad de

autorregeneración increíble. Aprenderíamos y seguiríamos adelante.

Habíamos alquilado el apartamento con la excusa de que éramos primos, aunque yo tenía la piel clara, Benny, tostada y Jong era más negro que un duendecillo moro. Aquella artimaña resultaba innecesaria. El apartamento —el último de una finca de cuatro puertas— estaba tan mal construido y su emplazamiento era tan desafortunado que el casero se sorprendió de ver que tres chicos y una chica se interesaban por él. Nuestra pensión, le dijimos, había ardido en uno de esos incendios que de vez en cuando cauterizaban los distritos mal desarrollados de la ciudad, y entre todos habíamos llegado a la conclusión de que el apartamento era la solución más agradable. Por este precio es una ganga, en efecto, repetía el casero sin añadir que solo tendríamos dos horas de agua ni que por la noche la fábrica usaba el vertedero del patio contiguo, ni que en época de tifones el tejado se llenaba de goteras ni que para llegar a la carretera principal hacían falta quince minutos, como poco, a menos que hicieras el viaje en coche, en cuyo caso el apartamento no tenía garaje. Todo aquello tendríamos que descubrirlo nosotros, gotera incluida. El apartamento lo alquilamos antes de que hubieran empezado las lluvias, pero el enlucido del techo del cuartito en el que dormía estaba pandeado y lleno de manchas; en el suelo, justo debajo, había una enorme mancha blanca que permanecía inmune a cuanto encerado y lampaseado se la sometiera.

En Filipinas todavía lampaseamos los suelos, tarea para la que se requiere un coco: un coco maduro, marrón y grueso, cortado limpiamente en dos por su mitad. Se le extrae la pulpa, se pone a secar la cáscara y la fibra, y se corta la punta para poder apoyar el pie. El resultado: un cuenco bigotudo vuelto boca abajo sobre un suelo con cera. El limpiador apoya el pie sobre la cáscara, empuja y luego retrocede dando saltitos con el otro pie, adelante y atrás, adelante y atrás, hasta que a través de la cera se pueda adivinar la tarima. Luego se coge una escoba para barrer el polvo, así no queda atrapado entre los tablones. Se procede así por toda la habitación, avanzando desde el rincón del fondo hasta la puerta, y al volver la vista atrás —si tiene la suerte de que la luz incida sobre la madera formando un ángulo determinado—, verá el rastro de relucientes medias lunas que la cáscara ha dejado en el suelo.

A pesar de su decrepitud, en aquellos tiempos en los que los militares se infiltraban a su antojo en muchos otros cuarteles generales, el apartamento era un auténtico santuario. La fachada de la fábrica de zapatos daba a la otra calle, y por la nuestra, solo pasaban las furgonetas de reparto. Era un lugar tranquilo, nada indicaba lo contrario: aquel lugar solo bullía de actividad con el grupo de teatro. Que todos nos conociéramos y estuviéramos comprometidos con la destrucción del imperialismo estadounidense, el feudalismo y el capitalismo burocrático —la tríada de nuestras

aflicciones personales, ese era el nombre que les dábamos— hacía que ahí nos sintiéramos bastante seguros. De vez en cuando llegaba alguna visita inesperada. Quién sabe cuántas habrían sido de espías de gobierno dispuestos a registrar el lugar —los armarios, por ejemplo— en busca de un alijo de armas o de esos carnés del Partido Comunista que, de creer a los periódicos, debíamos de llevar encima pero que ninguno había llegado a ver jamás, que yo supiera. Los camaradas mayores como Estoy, de quienes el Departamento de Seguridad tendría expedientes de un dedo de grosor (del informe de Estoy habría, además, una copia en el cajón de su padre), también se pasaban por ahí para ver cómo nos iban las cosas, qué teníamos en la cabeza y cuánta fe y energía, más allá de la mera perspicacia ideológica, podíamos poner al servicio del pueblo.

Y estaba Jong, a quien yo secretamente temía por lo mucho que nos parecíamos en algunas cosas y lo distintos que éramos en otras. Su dureza nunca me preocupó — cosas de llevar una vida perra en los suburbios de Tambakan—, pero su franqueza me alarmaba: su ingenuidad, eso era, me recordaba a la de Laurie, pero al menos ella era consciente de los riesgos que corría. Yo creía que lo que a Jong le hacía falta eran estudios que pusieran remedio a su falta de criterio.

La hermana del casero, la señora Bernos, una viuda de unos cincuenta años, vivía sola en la primera puerta. Una pareja de recién casados ocupaba la segunda cuando nos mudamos, pero se marcharon al cabo de poco tiempo cuando el hombre encontró trabajo en Guam. Jong no tardó en trabar amistad con la señora Bernos, de la que tan solo sabíamos lo poco que Jong nos contaba. Su marido, decía Jong, había sido maestro de escuela y había hecho un viaje a Australia, y la casa de la anciana estaba llena de curiosidades del país: peluches de canguros y koalas, un par de bumeranes idénticos, una máscara aborigen, banderines de ciudades como Perth y Adelaida. Yo mismo los vi la vez que acompañé a Laurie al apartamento para pagar el alquiler. La señora Bernos quiso que nos quedáramos a tomar café y yo quise probar el bumerán, pero luego cambié de idea: cuanto menos supiera de nosotros, pensé, mejor.

Al cabo de poco tiempo, de vuelta de una expedición a la oficina de correos, me quedé de piedra al ver a la señora Bernos en nuestra salita, sentada en el único mueble de la pieza, el sofá en el que yo dormía hasta que Jong se hizo con la planta baja. Bebía nuestro café de una tacita que Jong le había servido y miraba los pósters que Jong había arrancado de sus cancioneros y había pegado a la pared: Led Zeppelin, Creedence Clearwater Revival, los Carpenters. Al principio, dada la naturaleza política de nuestra misión, yo les puse algunas objeciones, pero Benny terminó transigiendo; con ese camuflaje, argüyo, el apartamento no tendría tanta pinta de cuartel general.

Y, en efecto, no tardamos en despojar la planta baja de cualquier cosa que pudiera resultar remotamente política. Los artículos revolucionarios —libros, decoración, boletines, atrezo— los subimos y los escondimos tras la puerta trasera, fuera de la vista, y para sustituirlos trajimos objetos de nuestra otra vida: números atrasados de

*Time*, *Good Housekeeping*, *Liwayway*, *Dama Komiks* y el *Philippines Herald*, un juego de Scrabble al que le faltaba la W, una raqueta Dunlop Fort Maxply abombada, y un calendario con una imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno tambaleándose en su trono sobre un mar de penitentes. Laurie había hecho unas cortinas con unos sacos de pienso con margaritas amarillas sobre un campo de algodón azul, y Jong tenía sus pósters. Parecía una casa que anduviera escasa de sillas y de comida en la cocina. Yo seguía guardando las provisiones en el cubo de latón. Arriba todos nos dedicábamos a la causa, dormíamos entre la causa, rodeados de la bandera roja y el ciclostil, las colecciones de obras completas, la radio marrón y la Olivetti portátil.

—Es asombroso cómo se las apaña uno —le decía la señora Bernos a Jong taza de café en mano—. Supongo que vuestra asignación no será generosa, pero los cuatro juntos podéis ahorrar en muchísimas cosas. Cuando Max estaba en Australia, compartía alojamiento con otros dos filipinos. Se las apañaba con su estipendio y hasta conseguía ahorrar para mandarme algún regalo. Eso es todo lo que necesitas: auténtica ambición. Ambición de aprender, de sacarte un título, de conseguir un buen trabajo y luego, quién sabe, si el destino así lo dispone, de viajar al extranjero.

—Ya he viajado al extranjero —dijo Jong de repente agarrando la guitarra.

—¿Ah, sí? No me lo habías contado. ¿Adónde? —La señora Bernos dejó la taza sobre la mesa. Yo iba hacia la cocina, pero al pasar por su lado me entretuve para oír lo que Jong iba a contestar.

—A Venezuela. —Jong tocó un *riff* de florituras exageradas.

—¿Venezuela?

—Venezuela, ¡Bulacán! —Jong se rio de su chiste y la señora Bernos le dio un ligerísimo manotazo en la cabeza. Valenzuela, pensé: un alto en el camino para desayunar si salías para Baguio antes del amanecer. Me intrigaba cómo habría podido saber de la existencia de un país llamado Venezuela. *Matilda, Matilda, sbe take me money and run Venezuela...* ¿no iba así la canción? Matilda huye a Venezuela y baila el vals en Australia<sup>[14]</sup>. Qué mundo tan pequeño, si nos paramos a pensarlo.

Me quedé al lado de la ventana y examiné la calle. El motor del triciclo ronroneaba, tosía y volvía a ronronear mientras se afanaba por los boquetes del camino de tierra.

—Creo que Laurie ya ha llegado —dije.

Benny se levantó y guardó el revólver en el armario. Me entraron ganas de tomarle el pelo.

—Yo no guardaría el revólver tan deprisa. ¿Y si es una redada?

—No seas ridículo. No van a venir de redada en triciclo.

—¿Y si les han recortado el presupuesto?

—Vuelve a intentarlo —respondió Benny—. Salgo a recibirla. Vendrá de hacer la compra.

Benny salió de la habitación y me puse a mirar a la calle para ver llegar el triciclo. El ronroneo se convirtió en un rugido. Por la puerta se derramó luz sobre la calle y la

sombra de Benny se adentró en ese haz como si fuera un fantasma. El triciclo aceleró. Lo único que podía ver era el techo de plástico, pero podía imaginar a Laurie gritándole al conductor que parara o dándole furiosos golpecitos en el hombro.

El triciclo pasó de largo a toda velocidad. Benny salió por la puerta y se quedó en la calle hasta que el triciclo dobló la esquina y desapareció tras la fábrica de zapatos. Benny me miró unos instantes, entró de nuevo en casa y cerró la puerta. Cuando subió corriendo las escaleras, Jong lo siguió alarmado por sus prisas.

—No ha llegado —me dijo Benny.

—Puede que llegue más tarde —respondí—. Todavía no es medianoche. Hay triciclos hasta la una.

Benny le dio un palmetazo a la puerta abierta y se apoyó en la hoja; pasó unos instantes pensando en silencio. Jong entró en la otra habitación y colgó la guitarra del gancho de la pared.

—Voy a echar la llave —nos dijo Jong. Y luego, ya en el rellano, añadió—: Cuando Laurie llegue iré a abrir.

Benny me miró.

—¿Te acuerdas de a quién dijo que iba a ver hoy Laurie?

—No. —Con la excepción de algunos nombres sueltos (viejos amigos, simpatizantes bien conocidos por todos), Laurie solo compartía la lista de nuestros financiadores con sus superiores de la sección de finanzas. Desde el punto de vista de la seguridad, aquello tenía su lógica, pero nos dejaba totalmente a ciegas—. Habrá pasado por su casa a coger un par de cosas.

Laurie tenía una tía que trabajaba de costurera en San Mateo, vivía con ella hasta que conseguimos el cuartel general. Cuando Laurie se mudó con nosotros, su tía se quedó muy tranquila: a diferencia de todos nosotros, Laurie tenía una licenciatura y su tía siempre había contado con que cuando su sobrina empezara a trabajar la ayudaría.

—No es muy probable. Hace años que no va por ahí.

—Razón de más, entonces. Todos volvemos a casa tarde o temprano.

Yo trataba de pasar por mi casa una vez a la semana para estar al corriente de las novedades y para enredar un poco en la cocina.

—Yo habría dicho que ahora nuestra casa es esta —dijo Benny. Sus padres estaban en Bicol, en Catanduanes o Sorsogón, me parece. Tenían una pequeña granja y un taller casero en el que hacían bolsas, esteras y posavasos de cáñamo.

Nos retiramos cada uno a nuestro rincón a esperar. Benny se quedó en la habitación grande mientras Jong montaba guardia abajo. Yo extendí mi estera al lado del ciclostil del cuarto pequeño y apagué la luz pensando que así podría dormir. Me tumbé boca arriba y cerré los ojos. Me di la vuelta para quedar boca abajo y los abrí. Me desperecé y bostecé para relajar los músculos. Cuando miré hacia arriba, el ciclostil parecía grande como una montaña en cuya sombra estuviera ocultándome. Mientras nada se moviera, me sentiría seguro. Volví a cerrar los párpados e imaginé

la ciudad a esa hora: mi familia durmiendo, los grupos de discusión en plena actividad, partidas que empapelaban las paredes con los eslóganes revolucionarios de los *perydikit*<sup>[15]</sup>, los clubes nocturnos del bulevar Roxas calentando motores, los robos, las violaciones, Marcos en su palacio, jumbos que se perdían a lo lejos rumbo a Roma o a Los Ángeles, agentes del servicio de inteligencia subiéndose al coche con papelitos llenos de nombres y de alias y de la última dirección conocida, golpes, resbalones, la densa charca negra, las suaves orillas de la charca, y me quedé dormido mordisqueando las raíces de los lirios.

Y de haber alzado el vuelo con mis sueños, tal vez habría llegado a ver Nueva York, imponente y deslumbrante, los arcos cargados de hojas, la inmensidad de la tierra en su lenta rotación, nuestras trayectorias dispares y los coches negros cargando en nuestra dirección a través de la ciudad encogida.

### 3. Temeridad

El débil alarido de las sirenas y los golpes que daba Jong en el marco de la puerta me despertaron. Encendió la luz y yo me debatí en una inundación naranja.

—Levántate, Noel. Aquí pasa algo.

Me apoyé sobre el codo para incorporarme y miré el reloj. Eran casi las tres de la madrugada. Oía a Benny hablando con la señora Bernos en el piso de abajo.

—¿Qué pasa? —pregunté, pero Jong ya había bajado con ellos.

—Todo saldrá bien, estoy seguro de que todo saldrá bien —le decía Benny a la anciana.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté directamente a la señora Bernos.

—Bueno, pensé que era un incendio, yo ya había vivido otros, y me levanté a mirar afuera, pero no se veía nada, solo se oía un ruido demencial, así que puse la radio y me encontré con que las emisoras se habían quedado mudas y en la única que transmitía el presidente daba un discurso. Y mi hermano me llamó para ver si estaba bien. Y dijo que el presidente había declarado la ley marcial.

Benny miraba afuera, más allá de la puerta y de la señora Bernos y del vacío, con los ojos clavados en las ventanas de la ciudad que despertaba.

—¿Dónde está Laurie? ¿Ha vuelto? —le pregunté.

Benny no me contestó. Se volvió hacia la señora Bernos.

—Nos gustaría oír su radio... Nos hemos quedado sin pilas... Quizá podría prestárnosla.

—Pero si es siempre lo mismo, dale que dale, creo que es una grabación. Son las tres de la madrugada y, francamente, no me parece que...

—Estábamos durmiendo hasta que usted nos despertó —dijo Jong.

—Es que yo pensaba que...

—Y si Marcos declara la ley marcial, es porque en las calles hay disturbios y habrá más. Yo puedo seguir durmiendo porque no le tengo miedo a nada, pero usted, señora, no sé yo qué va a hacer cuando vengan por usted.

—¿Por qué? No tengo nada que...

—Bueno, podrían pensar que es muy rica, con todos esos *souvenirs* tan bonitos que tiene por toda la casa, y quién sabe si llegarían a imaginar que esconde el dinero debajo de la almohada, porque ahí es donde lo guarda, ¿verdad?

—No seas ridículo. Llévate ya la maldita radio, si quieres, que yo me voy a dormir. Pero si te aviso, ¡vienes!

Jong siguió a la señora Bernos, que salía por la puerta. Durante el intercambio, Benny ni se había movido.

—Deben de estar entrando en todas las casas de las que están informados. Encerrando a gente a carretadas —dijo—. Es probable que en este preciso instante estén tomando la universidad.

—A estas horas estará vacía —le recordé a Benny.

—Pues claro. Se asegurarán de que por la mañana no haya nadie, de que no nos reagrupemos para organizar la resistencia, de que no podamos reagruparnos.

—Pero la resistencia somos nosotros, Benny.

—¿Resistencia a qué? Quién sabe cómo serán las cosas a partir de ahora. Llevamos meses y meses contemplando la situación sobre el papel, la teoría; hasta llegamos a decir que la ley marcial sería positiva, que así la gente se daría cuenta de la naturaleza del régimen. Hemos estudiado todas las opciones, sabíamos que esto estaba al caer. Y ahora que lo tenemos aquí, ni siquiera sé dónde está Laurie. Lo siento, pero estoy... miro a la calle y no puedo dejar de preguntarme qué diablos sabemos. —Se sentó en el sofá y no fui capaz de decir nada para consolarlo. Benny metió la mano entre las fichas de Scrabble y lo que le salió fue algo así como OPDEEIUOH. Luego me miró y dijo—: Tengo que averiguar qué está pasando, recibir instrucciones de algún órgano superior. Mientras tanto, creo que deberíamos separarnos.

—¿Separarnos? ¿Por qué?

—Por si pasa algo, para que, por lo menos, uno sobreviva.

—¿Crees que harán una redada en nuestro apartamento, Benny? ¿Nos conocen? ¿Crees que nos lo merecemos?

Siempre habíamos dado por sentado —con un miedo teñido de orgullo— que nos vigilaban; en el cuartel general no había palabra que circulara más rápida y caprichosamente que *ahente*, el artífice secreto de nuestra destrucción. Nunca llegamos a saber a ciencia cierta quiénes eran esos agentes (a eso llegaríamos más adelante, por supuesto: a uno de esos tipos que coreaba eslóganes en la universidad de Dilimán lo volveríamos a ver, tranquilo y muy estirado, con uniforme de teniente). A varios camaradas que terminaron atrapados en una espiral de rumores se les dio la oportunidad de confesar y de arrepentirse, pues nadie escapaba del poder curativo de la revolución: véase, si no, al cadete de la Academia Militar de Filipinas que, en plena noche, saqueó la armería y se unió al ejército rebelde dejando tras de sí un manifiesto de sus nuevos principios y un reguero de suspiros (al cabo de varios años, tras volver a cambiar de bando, calificaría el episodio de elaboradísima operación de infiltración). Durante las manifestaciones callejeras, los agentes saltaban de entre nuestras filas y eran los primeros en lanzarles bombas caseras a los policías provocando unas respuestas que ya tenían preparadas de antemano; también vigilaban desde lo alto, ocultos tras unas cortinas, mirando por un teleobjetivo; demasiada plata para caras tan comunes y corrientes. ¿Merecería yo que me dedicaran un informe?, me preguntaba. ¿Qué descubriría en él? ¿Quiénes serían los informantes? ¿Dónde y cuándo los habría convencido de mis virtudes revolucionarias?

—Estarán al tanto de nuestra existencia seguro, eso deberíamos darlo por sentado. Lo que tampoco nos deja en una situación demasiado segura —dijo Benny—. Jong y tú os marcharéis juntos, buscaréis un lugar donde pueda localizaros y os quedaréis allí hasta que se nos ocurra cómo volver a agruparnos. Salid por la mañana en cuanto podáis. Ya veremos si los autobuses circulan. Dispondrán puestos de control en las rutas principales. Y tendréis que pasarlos o esquivarlos, una de dos. Estoy seguro de que todo irá bien. Vosotros solo procurad que no os encuentren un libro de Mao en el bolsillo.

—Y tú, ¿qué?

Cogió una de las oes de la no-palabra que había formado y, con la uña, calibró la profundidad de la incisión que la letra abría en la ficha.

—Yo esperaré a Laurie aquí. De todos modos, le daré un tiempo mientras limpio, para asegurarme. —Arrojó la o de vuelta al bote—. Es lo mínimo que puedo hacer por ella. No te preocupes. Estoy armado, ¿recuerdas? No me atraparán con vida.

—No estás hablando en serio. No uses el revólver, Benny, tíralo. Fue una tontería, desde el principio.

—Está aquí.

Jong apareció en la puerta con la radio de la señora Bernos, un equipo de plástico de color rosa y tamaño considerable que no funcionaba a pilas y cuyo dial circular brillaba cuando estaba encendida. Benny trató de sintonizarla tan bien como pudo, pero hasta dar con la emisora del gobierno solo se oyeron silencio e interferencias. Al instante, la voz de barítono de Marcos llenó la habitación: «... ¡salvar la República y construir una Nueva Sociedad!».

\*

—Iba de camino al cuartel general —me contaría Laurie al cabo de muchos años ante su segunda taza de café—. Iba de camino, pero no había conseguido nada. Ese día no pude localizar a nadie. Estaba desesperada. Cogí otro triciclo hasta la casa de mi tía. Pensé que, al menos, podría llevarme un poco de comida. Mi tía había salido y tuve que esperar a que llegara a casa. Parecía contenta de verme, me rendí a su cariño y, no sé muy bien cómo, terminé contándole cosas que no eran ciertas...

—¿Como cuáles?

—Oh, que estaba buscando trabajo, que había escrito a algunas empresas y que tenía muchas ganas de hacer alguna entrevista. Y al instante empezó a tomarme las medidas para un vestido mientras hacía comentarios sobre el mal aspecto que tenía. La dejé hacer, dejé que me preparara una cena especial y estuvimos charlando hasta bien entrada la noche, como si no hubiéramos discutido en la vida. No mencionamos la política ni una sola vez. Pensé en replicar si ella sacaba el tema, pero no lo hizo, yo ya contaba con eso, por supuesto. Así daba gusto... Ni reparé en lo cansada que estaba. Tan cansada que cuando me preguntó si quería pasar la noche allí pensé que a

ella le gustaría, que nos gustaría, y no me negué. Me levanté por la mañana temprano, igual que tú. Pensé en mí y en el lugar en el que me encontraba y en por dónde andaríais Benny, Jong y tú y... A Benny no volví a verlo nunca más. Volví al cuartel general a toda prisa en el primer triciclo que pude encontrar. Os habíais marchado todos.

\*

En aquellos momentos, Jong y yo habíamos salido de la carretera y atravesábamos la ciudad; habíamos planeado una cita con Benny en una tienda de comestibles de Mandaluyong que conocíamos. El encuentro tenía un doble objetivo: si íbamos a escondernos bien hondo mientras la tormenta arreciaba, necesitaríamos provisiones. Esa era nuestra única certeza: la urgencia animal de resguardarnos y de alimentarnos para sobrevivir, de momento, mientras otros con más criterio discutían y tomaban decisiones sobre nuestro futuro, las instrucciones definitivas.

Estábamos preparándonos para irnos del apartamento y, entretanto, me puse mis mejores ropas y mis zapatos de cordones, lo que arrancó un gruñido de Benny y una risita de Jong, que, como siempre, iba en vaqueros y camiseta.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó Benny.

—A casa —respondí atándome los zapatos—. Me reuniré con Jong más tarde, pero primero tengo que ir a casa. Necesitaremos dinero. Voy a ver si puedo conseguir algo.

Hacía más de dos semanas que no había pasado por casa, y durante mi última visita tuve la impresión, como nunca hasta entonces, de que esa sería la última: mi padre se zafó de la discusión incluso antes que yo y dejó a mi madre la tarea de inventarse nuevas enfermedades que me retuvieran en casa («A veces deja de respirar mientras duerme», diría probablemente); recuerdo la mirada de fracaso absoluto de mi padre cuando, ya en la calle, pasé por su lado de camino a la parada de autobús. Con nanay sí mantenía el contacto, no pasaba muchos días sin llamarla a su trabajo; parecía resignada y, por tanto, serena, y hablábamos de cosas más alegres como el cumpleaños de mi hermana, que estaba al caer («Claro que me gustaría que vinieras», me dijo nanay... pero lo dejó ahí).

—Asegúrate de que sabes dónde encontrar a Jong.

—Nos encontraremos delante del teatro Ideal esta noche, a las ocho. Si uno de los dos no se presenta, repetiremos la cita durante tres días. —Eso lo había leído en un libro sobre el KGB.

—Deja esos zapatos tan raros en casa —me dijo Jong—. Parecerás un vendedor de electrodomésticos. Y nadie vende electrodomésticos en Tambakan.

—¿Ah, no?

—Los robamos —respondió Jong. Se estaba divirtiendo—. Y con esa pinta, además, mis primos podrían terminar atracándote.

Irritado, pensé en una réplica.

—No te pases de listo. Escondarse consiste precisamente en eso: nada mejor que parecer uno de ellos.

En el autobús, Jong se sentó por delante con la guitarra entre las piernas y yo me senté en la parte de atrás. No había mucha gente en marcha: en esa incertidumbre general que las declaraciones del gobierno no contribuían a despejar, casi todas las oficinas habían cerrado. Iban a decretar el toque de queda; todo aquel que propagara rumores quedaría detenido (y, así, la cháchara de mi esquina del autobús murió no sin que antes me hubiera enterado de la disolución del Congreso, del reciente asalto a la universidad, de las detenciones en masa, de las ejecuciones en masa, de los atentados de los rebeldes, del levantamiento de los musulmanes, de verdades, de mentiras y de sus consecuencias). Y cuando nuestro autobús se detuvo para dejar pasar a un camión cargado de soldados del Ejército, todos en uniforme de campaña, se produjo el momento más absurdo de todos: se levantó la neblina y, en la pureza del nuevo día, el sonido del portavoz del gobierno en la radio, monótono y simple en sus admoniciones, casi llegó a parecerme un bálsamo que transformara el autobús en un lugar de oración.

Aquí debería explicar que los autobuses de Manila, con su carrocería de madera, no se parecen en nada a sus homólogos occidentales de cromo pulido; atronadores, circulan por las rutas más transitadas entre los alaridos de Foghat y Black Sabbath que se elevan de un magnetófono de ocho pistas a voluntad del chófer; las cubiertas de los motores asoman cual jorobas entre los asientos delanteros exudando aceite en el talco y la brillantina de las masas que van de camino a la oficina; los techos de contrachapado moldeado anuncian una Capilla Sixtina sobre ruedas en la que atardeceres, cascadas, terrazas de campos de arroz y volcanes, todo pintado a mano, compiten por arrancarle alguna meditación al chófer de cuello terso; intrincados festones y motivos florales adornan los bordes de un tapete de croché —la mano de la esposa— clavado justo encima del parabrisas; de noche, los autobuses brillan: bombillas violetas que iluminan la cabina, bombillas rojas que custodian el pequeño altar del Sagrado Corazón atornillado al techo. En efecto, Dios va montado en los autobuses tal y como proclaman los letreros: DIOS ES MI COPILOTO.

Y sí que lo era, nosotros deseábamos que lo fuera. Me bajé antes que Jong. No le dije nada, pero intercambiamos esa fugacísima mirada con la que el pecador reconoce a su igual.

Todos estaban en casa, apiñados alrededor del televisor en el que el portavoz seguía con su cantinela sobre las «Órdenes Generales». Se trataba de un aparato Zenith muy robusto que habíamos acarreado en las tres mudanzas que habíamos hecho en el

transcurso de los seis últimos años; entre un apartamento y otro o una casa y otra, la chapa de la caja había adquirido varias muescas y abolladuras, pero su interior parecía inmune al desastre. Como muchos trasplantados de las provincias, éramos eternos inquilinos: nunca tuvimos una casa en propiedad, solo su contenido: las pocas cosas que comprábamos a plazos en Del Rosario Brothers o alguna otra tienda de electrodomésticos por el estilo. Al cabo de un tiempo, cuando ya les faltaba poco para jubilarse, mis padres consiguieron ahorrar para pagar la entrada de una parcela en Marikina, en el culo del mundo, y como un buen hijo filipino, y gracias a mi sueldo, yo compraría la parcela que quedaba justo al lado de la suya y la llenaría de todo tipo de cacharros electrónicos comprados al contado.

Pero en aquel momento estaba sin blanca. Benny, Jong y yo nos habíamos dividido los veinte pesos que nos quedaban: diez los habíamos reservado para Benny y Laurie, y a Jong y a mí nos habían correspondido cinco para cada uno. Le pediría cincuenta a nanay y me marcharía.

Mi hermana Thea fue la primera en verme:

—¡*Kuya!*

Hermano mayor, gritó, y mi madre se volvió y me abrazó sin decir una palabra. Riendo, le di un pellizco a Thea en su suave nariz, algo con lo que ella ya contaba. Al cabo de unos años, recién estrenada la adolescencia, sería abanderada de las juventudes de Marcos. Mi padre se quitó las gafas; advertí su alivio y también un gesto muy vagamente desafiante. Mi hermano Jimmy me lanzó una breve mirada escrutadora y se escabulló a su habitación; por aquel entonces apenas si nos hablábamos o apenas si habíamos empezado a volver a hablarnos.

—¿Has comido? —me preguntó mi madre, aunque ya estaba poniéndome un plato a la mesa.

—No —respondí. Serían las nueve de la mañana, y en un día de cada día como ese, mis padres llevarían despiertos desde las cinco.

—Estábamos preocupadísimos por ti —dijo nanay poniendo agua a calentar para el café—. Ha habido un tiroteo en la universidad.

—No estaba en la universidad. Estaba... con unos amigos.

—Me alegro de que estés aquí —masculló mi padre.

Se levantó a mirarme; una catarata incipiente volvía a empañarle el ojo derecho. Recuerdo que, de niño, lo acompañé al hospital para que se lo rasparan. Yo estaba fuera del quirófano presa del pánico, convencido de que habría perdido a mi padre para siempre, y cuando salió sonriendo con un parche de gasa sobre el ojo, fui dando tumbos por el vestíbulo igual que un cachorrillo. Ahora que ya había perdido toda esperanza en su ojo, yo sentía una especie de rabia contra él, contra el órgano.

—Tendrías que ir a que te miraran el ojo —le dije.

—¿Para qué me voy a molestar? Siempre vuelve a crecer. Ya me estoy acostumbrando.

—Jimmy duerme ahora en tu cama —dijo nanay—. Voy a...

—No pasa nada. No me quedo a dormir.

Mi padre hizo como que no me había oído y volvió al televisor. Mi madre se puso a revolver un huevo en una sartén de la que no tardó en elevarse un humo que inundó la habitación.

—No ha quedado bien. Te haré otro —dijo mientras tiraba el huevo al fregadero. Estaba llorando. Ya volvíamos a empezar, como siempre—. Esta vez es distinto. Están deteniendo a gente por todas partes, los meten en la cárcel, los están... los están tiroteando en las calles. —Cascó otro huevo.

Esperaba que mi padre dijera algo como «Ya era hora», pero siguió callado. Yo había llegado a soñar en llevar su viejo uniforme de policía y sus placas de agente de tráfico. Ahora solo recordaba que había disparado a un prisionero en la pierna. Ahora era el ayudante oficioso del diputado por Tigbauan, un primo lejano al que le escribía los discursos y le aconsejaba... a cambio de una miseria. Mi padre era demasiado orgulloso para pedirle más a un tipo tan agarrado, y con mantener el contacto y seguir al tanto de las novedades ya estaba contento.

—Aquí no estoy seguro. Si me buscan, vendrán aquí.

—No seas ridículo, no has hecho nada para que te detengan —me dijo nanay.

—Entonces no me pasará nada por andar por ahí.

—No, ni hablar. Quédate, Noel. Quédate unos días, hasta que veamos qué pasa.

—No puedo. Tengo que reunirme con alguien más tarde.

—¿Dónde? ¿Por qué?

—Ya sabes que no puedo contártelo.

—Si te metieras en algún lío, Noel, sabes que tu padre puede ayudarte, puede hablar con Manong Vic y Manong Vic puede interceder por ti ante las autoridades.

«Manong Vic» era nuestro diputado.

—¡Nanay! ¿Quieres hacer el favor de tomarme en serio? ¿Crees que me he unido a la lucha para que otro burócrata corrupto nos haga otro favor y me despache con unos azotes?

—No es un corrupto —dijo mi padre.

—¡Sí que lo es, todos lo son!

—La comida en la mesa nos la pone él.

—No, no, es nanay quien la pone. ¡La que trabaja de verdad en casa es ella! —Lo que mamá ganaba en la oficina de correos no rebasaba en mucho el salario mínimo, pero ya era más que las limosnas ocasionales que tatay recibía de su benefactor—. ¡Es verdad!

—¡Ya basta, Noel! —La voz de mi madre se me clavó en la mejilla—. Ya sé para qué has venido... espera, ya te lo daré yo. ¿Cuánto necesitas? Al menos todavía podemos hacer algo por ti, algo que agradezcas. —Ahora estaba en su habitación, rebuscando frenética en su bolso.

—Nanay, nanay, no quería decir eso...

—No sé qué es lo que te aleja de nosotros, Noel, pero no quiero que nadie diga

nunca que no hicimos lo suficiente.

Había tratado de explicarles nuestra política, les había pasado nuestra bibliografía, pero mi padre se aferraba a sus teorías sobre los negociantes chinos y sus simpatías maoístas mientras mi madre se dedicaba a mimar la imagen de su primogénito. Encontró el dinero y yo lo cogí sin decir nada, sin contarle: sabía que me daría todo lo que tuviera en aquel momento.

—Un día, nanay; todo habrá valido la pena.

Meneó la cabeza, incrédula. Leah nos espiaba desde detrás de la puerta y nanay, por el bien de su hija, forzó una sonrisa.

—¿Me llamarás?

—Pues claro —respondí—. Tengo que mudarme y que meter algo de ropa en una bolsa.

—No vas a marcharte, ¿verdad, Noel? No vas a subir a las colinas, quiero decir...

—No, no, es demasiado pronto.

—Sí, a mí también me lo parece.

Cuando volví a aparecer vestido con vaqueros, vi el desayuno en la mesa, al lado de mi padre, que se había vuelto a poner las gafas y trataba de mantener las moscas alejadas. ¿Qué consecuencias tendría el nuevo régimen para su jefe y para su trabajo? No había caído en preguntárselo.

—¿Tienes noticias de Manong Vic? —le dije mientras servía el café para los dos.

—No, seguro que tendrá muchas cosas en las que pensar. Van a disolver el Congreso, ¿lo sabías?

—Ya era... ¿Y tú qué harás?

—No lo sé. Ya encontraré algo. Sobreviviremos, siempre lo hacemos.

Dobló un periódico viejo por la sección de los crucigramas y se quedó mirando las pistas. Me dispuse a disfrutar de un desayuno tranquilo y hasta parsimonioso, y una calma repentina invadió la estancia.

\*

*Manila*, dicen las guías, es una deformación de *may nilad*, que significa «donde hay lirios» o, simplemente, «hay lirios». El nombre se lo debe a las plantas de *nilad*, los lirios que en tiempos prehispanicos infestaban el Pásig. Como esas plantas, buena parte de Manila asoma la cabeza sobre el agua del río apoyada en pilotes que, clavados en el fango y en suelos blandos, recorren el río y los canales que formaban la red de alcantarillado de la ciudad colonial. Hace mucho que las aguas han quedado cegadas por miles de toneladas de cieno y de basura compacta, los desechos de un siglo que se amontonan sobre los de otro, la mierda de monos y cocodrilos ya extintos mezclada con los despojos de Raha Sulayman, de Legazpi, de *hidalgos*<sup>[16]</sup> y chinos, del genio de Calamba y del idiota de Pandacan, del regimiento de Nebraska al mando del almirante Dewey, de zapateros y cuchilleros, de vulcanizadores, de

policías, de parejas de baile de pago, de fábricas de cigarros, de refinerías petroquímicas... Tan hasta arriba de porquería están estos *esteros*<sup>[17]</sup> (y tanta era la elegancia con que antaño se abrieron paso por la ciudad en su rumbo a la bahía, que al más famoso de todos se lo conocía con el nombre de *Tripa de Gallina*)<sup>[18]</sup>, tan crecidos en las peores zonas que en temporada de monzones la escorrentía se extiende desbordándolos como si nunca hubiera habido canal alguno, igual que el comentario despunta de repente sobre un razonamiento enmarañado.

Y así, en un gesto que tanto a las víctimas como a los observadores les resulta muy familiar, la ciudad que vive a ras de suelo se desborda y se desahoga con los más pobres, los que han invadido los terrenos más friables. Los que llegan de las provincias en tropel, en barcos y autobuses sofocantes, y se adjudican trechos a la orilla de los *esteros*. Con contrachapado, hierro galvanizado, maderos viejos y llantas de neumáticos (pesos con los que lastrar los tejados), erigen una vivienda en menos de lo que cuesta digerir la cena y meten sus esteras de paja, sus cajas de cartón llenas de ropa, sus lámparas de gas y sus santos; con el instinto del niño que mama, hacen suyas las tomas de agua y de corriente eléctrica más cercanas y, así conectados, se convierten en miembros de la ciudad babilónica que más nueva es donde más vieja parece.

Antes del incendio, Tambalean era una de esas barriadas. Y luego, con la porquería, ardía siempre como cabría esperar de un lugar que se llamara «el vertedero»; vivía de la porquería y la convertía en riqueza utilizable, extraía de sus raíces los nutrientes de una especie de vida en la que los hombres, las mujeres, los niños y las niñas —microbios en las montañas humeantes— rescataban metal, papel, cristal y caucho de entre los residuos para que los mayoristas los reciclaran. Aquel era el vertedero más grande de la ciudad, camiones llegados de todas partes se congregaban en Tambakan para arrojar su carga en esa herida abierta. La pura química del proceso provocaba ese humo: tanta materia orgánica, tanto calor, y los gases —que se formaban en bolsas entre los peces, las verduras, la porquería y los almuerzos a medio terminar— ascendían a la superficie, se inflamaban y, sofocados por más material, se convertían en humo. Y aun así, y por eso, en la periferia sobrevivía una aldea poblada por desechos: antiguos granjeros, antiguos convictos, jubilados, refugiados, huérfanos con seis dedos, yonquis.

Tambakan ardió en llamas una noche —completa, que no irrevocablemente— pocos años después de que Jong y yo quedáramos una temporada a su cuidado. Y al pasar por Tambakan en la limusina del viceministro de camino a alguno de los incontables proyectos que la primera dama había puesto en marcha en la bahía, me acordaría de las noches en las que había dormido en el suelo, con el abuelo de Jong a un lado y su tía o alguno de sus cinco primos, cuyas edades iban de los treinta y cinco años de la tía a los siete del niño más pequeño, al otro. Dormían por turnos: casi no había sitio

en la estera y, además, en los montículos de basura, las oleadas de recolectores eran constantes y ellos no podían quedar rezagados. Me acordaría del bidón de agua que a la hora de comer circulaba por la mesa, un bidón de plástico de litro que contenía el agua con la que todos los comensales debían mojarse las manos antes de desmenuzar el pescado en salazón. Y luego estaba el cerdo, que criaban y engordaban para una *fiesta*<sup>[19]</sup> y que vivía en el patio trasero que servía de baño y de retrete para toda la familia. Yo recordaría todo y me preguntaría dónde andaría esa gente hasta que llegó el día en que supe que ninguno seguía allí —entonces, al menos— porque las casas de Tambakan habían quedado destruidas por el fuego. Murieron seis personas. Se oyeron unas explosiones como de bomba, decían los supervivientes, que desencadenaron el incendio. Al poco, los noticiarios anunciaban que una de las primeras iniciativas del proyecto «Ciudad Hermosa» impulsado por la primera dama consistiría en una «renovación» de toda la zona, que se transformaría en un bullicioso parque industrial y residencial. Entre los cimientos del parque quedarían finas costillas de cerdo, un humo imperecedero y el dulzor amarillo de la putrefacción.

El frente de Tambakan no tardó en convertirse en un Edén lineal de palmeras trasplantadas tras el cual se alzaba un muro de tres metros de plancha metálica encalada; se diría que los árboles estuvieran creciendo en un universo prístino. Detrás del muro, el parque no pasaba de ser una voluta de burocracia mientras los ingenieros discutían sobre la calidad del terreno, que seguía viniéndose abajo a pesar de los esfuerzos de las apisonadoras por aplanar los montículos. Habían trasladado el vertedero a una cantera en Rizal, lejos del tráfico turístico, y a sus habitantes los despacharon a Sapang Palay, una ciudad de chabolas en las afueras algo más organizada.

Y mientras la tierra se resistía y los ingenieros se entregaban a sus debates, los recién llegados fueron abriendo brechas en el muro —que con las pintadas y el hollín ya no estaba tan blanco— y clavando sus pilotes en el suelo. Los árboles, por su parte, empezaron a marchitarse en cuanto sus raíces advirtieron que ese suelo era ya mortífero.

En Manila apenas si hay cocoteros, las acacias y otras variedades más resistentes dominan la vegetación de la ciudad, y los pocos que quedan son casi todos decorativos, enanos tripones de bocio dorado o esbeltos transeúntes con la piel llena de manchas. Flanquean el bulevar que, desde el aeropuerto, bordea la bahía hasta llegar a la embajada americana y el parque de Rizal. Algunos sobreviven, estériles, en pequeñas isletas que dividen el tráfico en las vías secundarias de Manila, en los vastos dominios del polvo y el lubricante. Otros, sin embargo, crecen espléndidos tras las verjas, en conjuntos residenciales, en jardines dados a barbacoas y a piscinas o en algún que otro atrio, moldeados por la luz y por unas tijeras de podar.

\*

—Siempre te gustó Nina —me decía Laurie para fastidiarme—. Siempre lo supimos. Pero no hiciste nada.

—No podía. Ya estaba cogida y, además, yo era demasiado joven. Ella iba unos cursos por delante, ¿y yo qué era? Te lo diré: virgen.

Laurie se echó a reír con aire desenfadado.

—¿Y esperas que me lo crea?

Mientras hablaba con ella, iba aplastando las zanahorias pasadas que tenía en el plato. Caí en la cuenta de lo poco que me importaba que la comida fuera mala; eso era porque no la pagaba yo. Bastaría con que firmara un vale con el nombre del viceministro. El departamento tenía un acuerdo con el restaurante y yo quería que Laurie lo viera.

—En aquella época sí.

Ahora llevaba corbata roja y camisa azul cielo de rayas blancas y anotaba esos almuerzos en un cuaderno de tapas de cuero negro. Ahora sopesaba cuidadosamente mis palabras para que la gente me escuchara, a mí o a la persona en nombre de quien yo estuviera hablando. Oh, hola, Jerry, cuánto lo siento, ya, deberían funcionar bien en clima frío, pero por algún motivo suelen romperse, será el polvo, imagino, se mete en los huecos que quedan entre los cojinetes, sí, eso es, tienes toda la razón, yo también he tenido ese problema, pero escucha una cosa antes de que me olvide, tengo que decirte lo mucho que el viceministro agradece...

—¿Noel?

—Oh.

—Tengo que marcharme pronto.

—No, por favor. ¿No tomarás café? Tomémonos un café, lo estoy pasando muy bien, hace tanto tiempo...

—Bueno, sí. Tengo una clase a las tres, pero...

—Ningún problema. Yo tendría que volver al despacho dentro de una hora, más o menos. Puedo dejarte en la facultad.

Le hice una seña al camarero y luego miré a Laurie.

Te quiero, Laurie, me dije, te quiero, pero igual que Nina, nunca lo sabrás —bueno, supongo que lo sabía, sí, después de ¿cuánto? ¿Nueve o diez años? No debería darme vergüenza—, pero no, no lo sabrás, todavía no, porque lo cierto es que acabo de empezar a amarte. Había escuchado que seguías viva, aunque no lo había visto.

Pero una vez te sentí viva, como nadie te ha sentido, salvo que tengas la costumbre de

lanzarte sangrando contra tus camaradas. No fue sexo; sí, se me pasó por la cabeza, pero no fue sexo. Sucedió durante una manifestación en la embajada, cuando éramos perros, o eso creían: otro aviador de la base de Clark había disparado a un chatarrero que rebuscaba metal en la zona de los bombardeos; lo había confundido con un perro, dijo. Lo que llegamos a hacer por dinero. Pero lo que te extrajeron con unas pinzas en el hospital era plomo; te atacaron, Laurie, y tú te salvaste. Supongo que ni sabrás que era yo el que te sostenía mientras, con manos brillantes, el doctor te rajaba el fondillo de los pantalones para llegar a ese burbujeo, al espinoso corazón de metralla en tu carne. Te dije cosas para tratar de aliviar tu dolor, pero ¿a quién estaba engañando? Sentía cómo te revolvías, éramos todo nervio, todo organismo.

Amor y muerte: ¿podrían llegar a estar más cerca que en la historia que contábamos en el campo de prisioneros para templar los nervios? Los detalles nunca eran los mismos, pero al final se reducían a esto:

*Golpeados por numerosas pérdidas, los miembros de una unidad del Nuevo Ejército Popular resolvieron que uno de los suyos, una mujer, era agente del gobierno. Lo afirmaron sin la menor sombra de duda: había pruebas materiales, etcétera. Y, así, resolvieron que, según las reglas que regían en el frente, la mujer sería ejecutada, sentencia que ella encajó estoicamente después de confesarlo todo, conocedora de la justicia guerrillera que aseguraba la supervivencia de la unidad. Pero la mujer estaba casada con uno de los camaradas al mando, y aunque entre camaradas no se toleran los privilegios, el marido hizo una petición sorprendente: «Dejad que lo haga yo», dijo. Eso quedaba fuera de discusión: tanto en la lucha como en la política se distinguía por su ejemplar responsabilidad, no le faltaría ni el temple ni la puntería para ejecutar a su mujer. Dejaron que usara un arma del calibre 45. El hombre se llevó a su mujer hasta el río, se sentaron en la orilla, lloraron, cada uno en brazos del otro, por todo lo que había sido y lo que podía haber sido —en otras palabras, por la desesperante precisión de la vida en ese mismo instante—, ella asintió en silencio y él le pegó un tiro.*

Y después de escuchar la historia, solo pude estar seguro de una cosa: nunca sería capaz de hacer algo así. Habría discutido, habría escrito novelas para dar fe de la abrumadora complejidad de las verdades, de las decisiones, de los errores, de todo. De todos los camaradas que conocía, el menos de fiar era yo.

—Dos cafés, por favor.

—¿Lo harás?

—¿Qué?

—Dejarme. En la facultad.

—Sí, por supuesto. Me va de camino.

—¿Tú llegaste a terminar...? Si no te importa que lo pregunte.

—Bueno, me diplomé en Administración de Empresas en una escuela de negocios pequeña, la PSBC, para tu información, pero no tuve ni que ir a las clases, ya sabes cómo funciona el sistema. Lo que importa es que en mi currículum hay algo para enseñar, para satisfacer a los de personal. Suena muy mal, ¿verdad?

Laurie parecía a punto de decir que sí, pero hasta el momento nuestro encuentro había discurrido con elegancia y, en cierto modo, me alivió ver que todos habíamos aprendido a andarnos con un poco de tacto: inspira, espira, estira los músculos de la boca para tensarlos pero no hagas un solo ruido. Me había encontrado con Laurie esa mañana en el centro de convenciones, durante la rueda de prensa de presentación del aserradero de cocoteros que el gobierno estaba promocionando.

Y ese era yo, reencarnado, escribiendo discursos y editando artículos para el Ministerio de Bienestar Social, asistente del viceministro, el VM en persona.

Gracias al puesto, entré en contacto con personajes de todo tipo: con el diputado Napoleón, una bola marrón y mullida embutida dentro de un traje, que irrumpía sin ceremonia en el despacho del VM para apalancarse en su silla favorita durante lo que quedara de día, bebiendo whiskys mientras recibía a las visitas —las suyas y las del VM—, agobiando a todo el mundo con anécdotas de su último viaje a Nairobi, a Bangkok o a Ginebra o allá adonde el viento llevara al presidente del subcomité de acuerdos internacionales; con el gobernador Fortuno, que aparecía por las tardes todo rosado, recién llegado de la sauna y de su masaje, envuelto en una pesada nube de agua de colonia desde cuyos márgenes sus guardaespaldas, cual atentos querubines, escudriñaban la antesala en busca de señales de vida hostil; con el general Nieves, que acababa de retirarse y ahora era asesor de la Láser Venture Corporation, una empresa con sede en Houston con intereses agropecuarios en Mindanao; y hasta con Freddie Sanz, que se servía él mismo del bar del VM y que, cuando no había nadie más, entretenía al diputado devolviéndole hábiles versiones de sus propias anécdotas, Freddie, cuyo semblante y cuyo vocabulario de patricio eran capaces de refinar los más feos intercambios de amor y dinero transformándolos en pactos entre auténticos caballeros.

Esos caballeros integraban el cuarteto de los viernes del VM; Freddie, el menos encumbrado de todos, era el encargado de calentar la silla cuando recibíamos una llamada de palacio o de cualquier autoridad más mortífera que una mala mano de póquer.

Fue durante una de esas noches, en plena parranda, con el gobernador de viaje por unos asuntos urgentes, cuando el VM tuvo la idea de crear una nueva vida para el viejo *político*<sup>[20]</sup>. Yo estaba abajo, en la sala de juegos, echando una partida de billar

con Doy, el chófer del VM, cuando Freddie me llamó por la línea interna para decirme que el jefe me necesitaba de inmediato.

Freddie era uno de esos bufones profesionales del séquito real cuyo bienestar dependía de la habilidad con la que aplicara su inteligencia a las oportunidades que le brindara el momento, en la guerra, en la paz, en una cafetería, al lado del cuadrilátero, con la mano en el codo de la primera dama, hablando de arte, citando a Frost, siempre impasible, sin que jamás le faltara un pañuelo blanco y limpio en el bolsillo, amante del vino, bromista con clase, revendedor de entradas, sepulturero ocasional y, si se le insistía adecuadamente, posiblemente indiscreto. Todo eso hacía Freddie, todo eso era Freddie, ocupaba el lugar de honor entre los trofeos del VM. Ni siquiera el ministro tenía un Freddie entre su personal; claro que el ministro, y el VM nunca se cansaba de lamentarlo, no tenía más que una diplomatura en Agronomía que había conseguido en la facultad de algún estado del sur, mientras que él había estudiado en Stanford gracias a una beca Rockefeller.

El VM coleccionaba talento como el gobernador coleccionaba mujeres: patrullaba por las universidades y los cócteles y las canchas de tenis en su busca, localizando entre los susurros el par de labios indicado que prometiera, si no fidelidad, sí el *mot juste*: el discurso para el almuerzo del club Kiwanis, el memorando para madame, la réplica para el ministro, la cultura, el ruego, el reproche, la exclamación, la pura mentira, el rumor, la miel, la información. Freddie había sido director de un semanario llamado *Fresco* —un revoltillo escabroso de política, películas, deportes y la trigésimo quinta versión de *El amante de Lady Chatterley*— antes de que la casa editorial lo echara por culpa de un dinero que se había extraviado, antes de que el VM lo rescatara del bar del Club de Prensa.

Freddie me suscitaba sentimientos encontrados. Envidiaba su calma, la precisión con la que evaluaba las necesidades de nuestro señor; al mismo tiempo, sin embargo, había visto su otra cara: limpiándose la roña de debajo de las uñas, contando el dinero, mirando a los chicos en el bulevar. Me acordaba de la primera vez que había visto a Freddie perder el control, de eso haría un año. Yo estaba corrigiendo un discurso y él se acercó a mi mesa, aturdido. Había estado hablando por teléfono con el gobernador sobre el caso de una chica de unos dieciséis años a la que yo había visto hacía unos días en el Mercedes del gobernador; iba con uniforme de colegio de monjas. Eso lo habíamos entendido todos. Y ahora, de los balbuceos de Freddie yo tenía que entender que un aborto chapucero había matado a la chica y que el gobernador lo culpaba a él de toda aquella peripecia, porque el individuo que había practicado el aborto era un íntimo de Freddie del club Copa. Freddie se quedó al lado de la puerta y dijo: «Que lo jodan, que los jodan a los dos, no puedo andar limpiando todos los culos de este puto palacio, que ya tengo el mío bastante jodido, ¿sabes, tío?».

—Freddie cree que algo se podrá hacer —dijo el VM volviéndose para mirarme, y los demás se echaron a reír.

Con la humildad de los elegidos, Freddie dirigió una sonrisa a todos los presentes y respondió:

—No, señor, el plan lo ideó usted, yo me limité a proponer un método para su ejecución.

—Muy bien, te encargas tú —me dijo el VM—, pero si a Munding no le parece buena idea, será tu culo, Freddie, el que le entregue.

—Por supuesto, señor —dijo Freddie, todo sonrisas—. Me hago enteramente responsable... pero no creo que al gobernador fuera a gustarle, ni por delante ni por detrás. Suelen gustarle más jóvenes y con más curvas por aquí. —Formó cuencas con las manos y se las llevó al pecho antes de soltar unas carcajadas. Luego levantó su copa en mi dirección y dijo—: Ah, Noel, Noel, ¿qué haríamos sin ti? Debes encargarte de esta pequeña misión. Por nuestro bien.

—¿Astrolabios? No me suenan —farfullaba el general.

—Yo los he visto en Pekín —dijo Napoleón—, unos instrumentos fascinantes, no podía creer lo que veía. Aunque los chinos tienen miles de años de experiencia a sus espaldas, claro.

—¿Y para qué? —pregunté yo.

El VM cogió un folleto y me lo lanzó.

—Una nominación para el premio al servicio público Filippo Testaverde. A saber qué será. Está todo aquí. Esta fundación cristiana con sede en Roma quiere «premiar las contribuciones más destacadas a la administración pública o a la política a manos de cargos electos de países desarrollados».

—Es divertido y no está mal —dijo Napoleón cerrando los ojos—. Conceden cien al año. No hay dinero, pero te dan un medallón, un diploma y, lo más importante, una nota biográfica en el programa conmemorativo, y todo presentado y entregado por Su Excelencia el embajador de Italia, nada más y nada menos, en una recepción... ¿Dónde estará la caja esa? En una recepción, sí, en el palacio del arzobispo, eepatando a familiares y amigos.

—Será una buena comitiva: cuatro amigos, diría yo, y seis familiares, y no nos olvidemos del batallón de seguridad —añadió el general Nieves mientras cogía las cartas.

—Nuestro chico es Munding —dijo el VM haciendo un montón con sus fichas, luego se dirigió a mí—. Creemos que deberías escribir una biografía del gobernador para acompañar su nominación. Haz que salga bien parado. No escatimes en datos. Invéntale algunos buenos. Sé creativo. Dale una niñez. Dale un cerebro. Dale tres doctorados honoris causa... ¡Pero no lo envíes a Stanford! Dale victorias aplastantes, dale don de gentes, compasión, inteligencia, valor, lo que mejor suene, lo que necesite.

—Puede escribirle poemas a... digamos que a su mujer, por su cumpleaños. —Freddie forma una pirámide con las manos—. Habrá publicado un volumen erudito sobre temas que irán, pongamos, desde la cultura y la copra o el imperativo agrario al

subsidio de los fertilizantes o la introducción de Mozart en los barrios. Tiene que ser una mezcla de lo abstracto y lo concreto, algo de teocracia y... ah... de contrainsurgencia, debe dejar entrever genialidad y benevolencia.

—Está bien, está bien —asentía el diputado—. Pero, sobre todo, dale otros premios más, eso les llamará la atención, hará que este parezca disputado.

El general Nieves soltó un bufido.

—Contrainsurgencia las narices. Munding gobierna una provincia llena de comunistas. Aunque todavía no lo sabe, es el último de los gobernadores libres.

—Entrega un borrador el lunes a más tardar, no digas una palabra a nadie. Queremos darle a Munding la sorpresa de su vida. —El VM no dijo nada más y Freddie se echó a reír—. Y ahora todos a pensar un nombre en clave para la operación.

Aburridos, sopesamos algunas ideas: Operación *Plan De Nada*<sup>[21]</sup>, Fortuna, Capricho; hasta que dije que, con nombre en clave o sin él, me iba a preparar el falso currículum del gobernador; entonces todos coincidieron en que nuestra treta se llamaría Plan CV.

Escribí la seudobiografía del gobernador Segismundo Fortuno durante el fin de semana; para mi sorpresa, descubrí que, con carta blanca y un objetivo claro, el proceso de invención resultaba de lo más agradable. Me desviví por resultar dramático, preciso, ingenioso y divertido. Sembré el camino del joven Fortuno de obstáculos y abismos, y lo hice sufrir tanto por la muerte de su padre político a manos de un asesino que al final terminó aceptando a regañadientes las responsabilidades de su dinastía. Apliqué a sus heridas el bálsamo de los honores, le concedí cargos de presidente y de director, así como contactos en la Santa Sede. Lo transformé en un campeón de los deportes, en pescador de lubinas, en maestro de las altas esferas. Coroné su actividad pública con una prolija descripción del proyecto del dique de Bayaba: el presupuesto para la remoción de tierras había ascendido a dos billones de pesos y su construcción se había completado en el tercer mandato de su protectorado. Mi historia alcanzó los cinco folios a doble espacio, y cuando entre las dos y las tres de la madrugada del lunes tecleé la última palabra —«futuro»—, me estremecí convencido de haber creado algo de una belleza superlativa, algo como una nueva clase de rosa o una figurita de filigrana.

El borrador lo entregué el lunes a mediodía y me encargué de que una fotocopia protegida con una carátula de bordes azules y el sello de CONFIDENCIAL terminara en una carpeta de papel manila marcada con el rótulo «Plan CV». Por mis antecedentes políticos, yo no debía ocuparme de cosas así, pero gracias a la intercesión del general Nieves el VM pudo arreglarlo todo con los de seguridad. Mi vida había cambiado con una nota manuscrita. A partir de entonces, nunca ha dejado de maravillarme lo que puede llegar a conseguir un documento con la firma adecuada entregado al destinatario adecuado: decretos, órdenes de arresto, emplazamientos, requerimientos fiscales, escrituras de compraventa, suspensiones de embargo. En algún lugar, unas

secretarias retomaban sus máquinas de escribir después de la pausa del almuerzo o de la misa de mediodía y escribían unas notas que le explicarían a la gente por qué debían sentirse contentos o alarmados o desconsolados, y buena parte de esa gente no tendría ni la más remota idea de qué les llegaba con el correo. En el departamento de seguridad, entregué en mano la nota del general que acompañaba la solicitud de autorización, solicitud que tuve que redactar yo mismo y que firmó el VM, mi garante. Tuve que rendir cuentas de mi vida hasta ese momento, sabedor de que iban a cotejar mi testimonio con mi expediente que estaría cargado de errores, de eso estaba seguro. Cuando más lo pensaba, más convencido estaba de que me habían detenido basándose en informaciones que dejaban mucho que desear; redacté mi solicitud como si de una defensa preventiva se tratara, como una disculpa activa, mostrándome beligerante en algunos asuntos y andándome con rodeos en otros. Al final, resultó que con la nota del general bastaba para certificar mi aptitud para el servicio público; un capitán la añadió a mi expediente con un clip y al cabo de una semana, más o menos, recibí una carta que me ponía bajo el cuidado y la responsabilidad del VM. Pero como mi segundo nombre estaba mal escrito, hicieron falta más cartas y una partida de nacimiento para poder dejar de preocuparme por si un buen día echaban mano de ese error para desdecirse de sus buenas intenciones y volver a encerrarme en la cárcel.

El VM estaba demasiado ocupado como para revisar mi borrador, y hasta la tarde del miércoles no se presentó la ocasión de tratar el tema con él en el coche, de camino a una conferencia sobre las agencias de viaje del área del Pacífico. Escuchó en silencio mi exposición de los hechos más destacados soltando una risita aquí y otra allá, pero tenía la cabeza en otras cosas, cosas nuevas, eso era evidente. Le dije al chófer que tomara un atajo y pasara por una parte de la ciudad en la que estaban construyendo unas viviendas con madera de coco tratada con unos conservantes especiales, y con el desvío se nos fue el tiempo que nos quedaba para hablar.

Ese fin de semana el gobernador Fortuno sufrió una emboscada en la carretera. Iba en su furgoneta de camino a Abong después de que, como muchos habían vaticinado, la reunión que había mantenido con el vicegobernador Lacanilao en el capitolio se saldara sin ningún acuerdo. El gobernador y dos de sus guardaespaldas fallecieron sobre la hierba abatidos por lo que, según los investigadores, solo podía ser un lanzagranadas. El vicegobernador emitió de inmediato un comunicado en el que deploraba la matanza y culpaba a los elementos del Nuevo Ejército Popular presentes en aquella zona. Los partidarios del gobernador marcharon hacia la capital esa misma tarde; hubo un incendio en un cuartel, la policía intervino, y ocho personas murieron en las refriegas que se sucedieron.

Pude ver las noticias de la noche en un bar de la avenida Timog, en un televisor flanqueado por dos pigmeos tallados en madera noble. Al cabo de unos minutos, unas coristas correteaban por el escenario vestidas con chubasqueros amarillos cortos y sombreros de bombero de cartón blandiendo un condón inflado. El público gritaba. A

pesar de lo amarga que sabía la espuma, terminé riendo y metiendo la mano en los bolsillos para rebuscar algo de suelto y tirárselo a las chicas, como hacía el público; arrojé unos pesos al escenario y, cuando vi que un tipo atravesaba el barullo a toda prisa para meter las monedas en un bote, me sentí como un tonto. Todavía me sentí peor al salir del aparcamiento después del *show*: el vigilante se acercó a la ventanilla por su propina, pero como ya no me quedaba cambio tuve que avanzar y dejarlo atrás agitando frenéticamente los brazos antes de incorporarme a toda prisa a la avenida.

Qué pérdida de tiempo, lamenté mientras agarraba con fuerza el volante y contemplaba la carretera con los ojos abiertos como platos.

La había visto en la última fila. Ella me reconoció, por supuesto, pero nos tomamos nuestro tiempo para decidir cuáles serían los ademanes y las frases más adecuadas para saludarnos. Al final, me acerqué a ella sin más y la abracé con cariño recobrado, y mientras lo hacía, tuve la impresión de haber crecido de veras. Nunca había pasado de rozar la mano... No, espera, eso no era cierto. Ella era nuestra camarada, sí, pero también la amante de Benny, y aunque sus rasgos —ella, a diferencia de Nina, era morena— me resultaban tan agradablemente familiares ahora como entonces, había sido una mujer dura y resuelta en nuestros años revolucionarios; encargada de la recaudación y la contabilidad de las finanzas comunes, nunca había dejado escapar la oportunidad de demostrar que valía más que el dinero que conseguía reunir. Yo solía quedarme pasmado ante su fe en la gente y los riesgos que asumía; iba a ver a vicepresidentes de banco y a políticos municipales, y por lo general conseguía de ellos o algo de dinero o que se dieran cuenta de su capacidad para el bien.

—La bondad, maldita sea —le había dicho entonces—. Lo único que hacen es comprarse un billete, salvar su pellejo.

—Es posible, pero así nos ayudan a salvar el nuestro. Y eso ya cuenta un poco, ¿no te parece?

—¿Cuenta? ¿Dónde? ¿Tú conoces a esa gente? Basta con que los ates a una silla y les enseñes un par de fórceps o les cojas las llaves del coche, y sin que nadie les haya tocado todavía nada estarán ya gritando tu nombre a quien se moleste en escucharlos. Eso es lo que pasará y lo sabes.

—Tienes razón, no podemos confiar en la burguesía, pero lo que quiero es que cuando eso suceda, al menos tengan remordimientos, Noel.

—Ah. Y así tomamos la culpa por bondad.

—No, pero la una permite que la otra sea posible.

Y llegó el café y nos lo bebimos en calma y, por turnos, fuimos poniéndonos al corriente sobre los siete últimos años, años durante los cuales, me dijo ella, me había visto en dos ocasiones sin decidirse a saludarme por miedo a que la rechazara, años durante los cuales, le dije yo, había preguntado por ella a los antiguos camaradas con los que me había encontrado y por los que me había enterado de que había vuelto a

casa, a Dumaguete.

—Las cosas no estaban mucho mejor por allí, pero al menos podía trabajar — dijo.

—¿De qué?

—Conseguí trabajo de cajera en un banco. —Se echó a reír—. Te olvidas de que me especialicé en comercio.

—Podrías hacer mucho más que contar el dinero de los demás. Si necesitas un trabajo aquí...

—Gracias, pero disfruto con el posgrado. Hace que me sienta... Bueno, más que idónea... superflua, en realidad, lo que es todo un alivio. Y con lo de la revista tengo trabajo, aunque solo sea en el departamento de distribución. Cuento los ejemplares y me aseguro de que lleguen por correo a la dirección correcta, veinte por paquete, hasta los ato yo misma y todo cuando nos faltan manos. Y luego me marché corriendo rumbo a Eurípides. Es muy emocionante.

—Esta mañana, por un momento, pensé que te habrías hecho reportera.

Me aflojé la corbata. El aire acondicionado estaba apagado y el calor apretaba, y me arrepentí de no haber pedido algo helado de postre. Todavía podía. Laurie parecía dispuesta a seguir hablando.

—No. En realidad, he venido a verte a ti.

—¿Y por qué no lo has hecho hasta ahora? —le pregunté.

—Necesito tu ayuda. Creo que... que Benny está vivo. No, por favor. Antes de decir nada, deja que te cuente, yo tampoco lo he visto en todos estos años, fui preguntando a todo aquel que pude hasta que me dijeron que estaba loca, puede que tú también me lo digas, y... me rendí, dejé de buscar hace mucho tiempo. En Dumaguete viví con otro hombre, pero eso se acabó. No tiene nada que ver con esto, pero bueno, aquí estoy. Y estaba contenta de estar aquí por razones que tú comprenderás, hasta que me dijeron que Benny podría estar vivo...

—¿Vivo dónde? ¿Quién te lo ha dicho?

—En un campo de prisioneros, en algún lugar, no lo sé, habrán ido trasladándolo. Pero alguien lo vio en Tarlac, allí hay un campo militar. Me fui para allá enseguida, claro, pero negaron haberlo tenido jamás. Me llamaron de todo... —Hablaba con un tono más agudo y algunas caras se habían vuelto hacia nuestra mesa.

—Laurie, Laurie. No sé cómo puedes fiarte de esos rumores, ya los has oído antes.

—De mi fuente sí que puedo fiarme. Es un camarada, sigue en activo...

—¿Y tú? ¿Sigues mezclada con esa gente? —Me limpié los labios con una servilleta.

Bajó la cabeza y estrujó su servilleta; me acordé de una manta no sé de dónde y de su rabia, y pensé algo alarmado que empezaría a insultarme, pero se levantó y, sin alterarse, preguntó:

—¿Y eso importa?

Lo pensé unos instantes, y durante ese tiempo sentí que en lugares inesperados de mi interior se avivaba un calor que no me hacía sudar; no se trataba de nada espectacularmente nuevo sino de algo que, de tan familiar, resultaba emocionante. *Sé recio, no temas al sacrificio... las personas, y no las cosas... en tiempos difíciles...* Esas eran las palabras que usábamos. Yo mismo las había pronunciado.

—Pero ¿cómo puedes confiar en mí? ¿Y si te fallo?

—Lo lamentaré, pero tú también.

\*

Cuando Jong y yo llegamos a casa de su tía, no había mucho de lo que alegrarse. Serían las nueve de la noche y todos estaban en casa por miedo al toque de queda, se quedaron mirándome fijamente como si estuviera allí para imponerles un concepto tan vago como la «ley marcial» que para ellos consistiría en la presencia de otras dos personas en la habitación. Me quedé en el umbral mientras Jong se explicaba y negociaba las condiciones de nuestra estancia. La tía de Jong me miró con desgana.

—No parece que vaya a pasarlo muy bien aquí —dijo.

—Bueno, aquí nadie lo pasa muy bien, ¿verdad? —contestó Jong alegremente, y los niños, con sus risas, nos relajaron a todos.

—Todavía no entiendo por qué tenéis que quedaros aquí los dos —dijo la tía, que se llamaba Nana Choleng.

Jong y yo nos habíamos inventado una historia: yo acababa de llegar de las provincias, de Dávao, por ejemplo, que nos parecía lo bastante alejado como para justificar nuestra desesperación; el mismo Jong había vivido en muchos sitios antes de su última temporada en la cárcel de la ciudad y había pasado un par de meses con Nana Choleng.

—Solo hasta que encuentre trabajo, Nana...

—¡Ah! Eso sí que tiene gracia. Trabajo hay, vaya que sí... Aquí mismo, haciendo lo que nosotros hacemos... y hasta para eso tenemos toda la ayuda que necesitamos. La basura también se acaba, ¿sabes?

—Colaboraré, no seré una carga. Tengo un poco de dinero... podemos aportar algo para la comida.

Jong le guiñó el ojo a Nana para confirmar lo que yo decía. Ella inspiró profundamente y se encogió de hombros.

—Pero no voy a hacerme responsable de ninguno de los dos —nos advirtió.

—¿Tenéis un cigarrillo? —Era el viejo, el padre de Nana; mientras discutíamos, él había permanecido tumbado en el suelo con la boca abierta.

—Sí —contestó Jong sacando uno de un paquete de Champions de importación que llevaba en su macuto. Encendió una cerilla para el viejo y otra para él.

—Cuidado —dijo la hija mayor—. De día parece muerto, pero de noche sus manos cobran vida como si fueran lagartos.

—¡Cállate! —gritó Nana Choleng.

—Bienvenidos... Aquí uno se divierte, a veces —dijo el abuelo mientras fumaba.

—¡Tú también te callas!

Al día siguiente, Jong me llevó a una de las montañas. Yo iba calzado con mis deportivas. Jong había pedido prestadas unas botas de goma, la única protección de los recolectores ante los relucientes cantos de un millón de cascotes de vidrio y los charcos de podredumbre que se formaban bajo los periódicos viejos. No estábamos ni a mitad de camino de la cima, y ya tenía las zapatillas negras y verdes de mugre. Nos apoyábamos en bastones con una púa en el extremo; agarrarlos nos evitaba resbalones. Dormía y comía poco —o eso me parecía a mí—, y empezaba a marearme. El desayuno había consistido en café flojo y un *pan de sal*<sup>[22]</sup> del tamaño de un huevo. Pensé en gastar parte de nuestro dinero en comida para la familia, como si fuera una especie de alquiler.

—Sardinas, tal vez, unas cuantas latas —le dije a Jong, que iba delante, dando golpes para allanar el camino.

En el cuartel general habíamos sobrevivido a base de sardinas. Lo cierto es que se trataba de caballa en salsa de tomate, pero desde Batanes hasta Tawi-Tawi siempre se habían conocido como sardinas. Aquella era nuestra versión de la comida japonesa; el mar de Filipinas estaba abarrotado de peces, pero los pesqueros japoneses vaciaban las aguas y nos devolvían las sardinas en latas de doscientos gramos con etiquetas que rezaban «Producto de Japón».

—¿Qué pasa con la comida? —me preguntó Jong, burlón.

—No llega.

—Nunca llega.

—Creo que cuentan con que colaboremos. —Oía a mango; de repente, la basura olía a mangos quemados.

Jong se había parado.

—Yo creo que esperan que aceptemos su ayuda. —Jong reanudó la marcha—. Nana Choleng fue costurera. Podríamos regalarle algunas telas para los niños.

Desde la cima de la colina, a través del humo, contemplábamos la bahía gris azulada y los hoteles y los edificios de oficinas del bulevar Roxas, todos de un blanco resplandeciente. La embajada de Estados Unidos no era lo suficientemente alta como para que alcanzáramos a verla, pero yo sabía que andaría por allí, por algún sitio, delante del hotel Dutch Inn y detrás del Club de Oficiales de la Marina, lugares en los que habíamos clavado los ojos durante alguna que otra manifestación. Me vino a la cabeza algo que leí sobre una chica americana que se llamaba Sue y que se había pegado un tiro en la boca en un baño del Dutch Inn. ¿Por qué no corrió hasta el otro lado de la calle para pedir ayuda, acaso las embajadas no ayudan a los suyos?, me había preguntado en aquel entonces. Instante de reflexión que pudo producirse en el

mismo segundo en el cual, desde algún lugar de la azotea del hotel Shelborne, un objetivo de cuatrocientos milímetros capturó mi cara, y la de Laurie y otra media docena de caras más. Vería la ampliación en mi expediente y querría tener una copia.

—¿En qué piensas? —me preguntó Jong.

En Sue.

—En tu abuelo —le respondí—. Es tu abuelo, ¿verdad?

—Eso creo, pero puede que no lo sea —me dijo sin lamentarlo—. Siempre ha estado por ahí, desde que tengo memoria. Aunque antes no estaba tan débil. Fue boxeador, cuenta, cuando Magsaysay era el presidente. Luego se hizo taxista, eso fue en la época en la que llegué a la familia, y una vez me llevó hasta Navotas en su *calesa*<sup>[23]</sup>. Podríamos ir allí un día de estos. Podríamos comprar pescado.

Navotas era un puerto cercano de la bahía donde, justo antes del amanecer, las barcas del lugar descargaban su captura. Allí estaban los mayoristas, que empleaban en sus transacciones unas señas sumamente complejas. Al cabo de unos años, en Estados Unidos, imaginaría a los *pitchers* y los *catchers* de un equipo de béisbol cerrando tratos, enfurecidos, por cajas de caballa.

—Pensaba que no íbamos a comprar sardinas.

Jong suspiró.

—Tienes razón.

Y, además, los más pobres de Manila compraban el pescado en los mercados de la ciudad a la hora del cierre, cuando el resto de clientes ya había pasado por allí, o en los puestos del *talipapa*, el mercadillo callejero de pescado, o al vendedor ambulante que iba de puerta en puerta cargado con el pescado de río y las almejas.

—Le diste el paquete de cigarrillos a tu abuelo.

—Es verdad. Llevará semanas enteras sin fumar. Nana Choleng no quiere comprarle tabaco.

—¿Ya no trabaja? ¿Está enfermo?

—Se rompió la espalda. Arriesgó demasiado.

Diez años después de perder su caballo y su silla de montar, el abuelo, Clodualdo, Kid Waldo, se aficionó a rondar por las calles con una botella de Si Hoc Tong, un vino chino barato, negro y hediondo como el lodo del *estero*. Insultaba a los transeúntes, importunaba a los motoristas en los semáforos para que le dieran algo de suelto, escupía a los coches que huían a toda prisa y presidía una corte entera de holgazanes y pordioseros. Kid Waldo era menudo pero ágil; por el modo en que se meneaba entre los *yipnis* y los sedanes que atascaban esas calles adoquinadas de la vieja Manila, podría haber sido un bailarín o incluso un torero.

Era su gruñido lo que los intimidaba: plantaba la cara tan cerca del conductor como podía o, si no, la pegaba al cristal, contraía los labios para dejar a la vista el tajo que tenía por boca, clavaba los ojos en la manga del conductor, de un blanco

impoluto —o, todavía mejor, en el regazo de su esposa o de su hija—, y luego introducía una pezuña gigantesca por la ranura o daba golpecitos en la ventana mientras con la otra mano se agarraba a la manilla. Exigía el precio de sus esfuerzos. «Un peso», siseaba, cogía la moneda de veinticinco *centavos* con el mismo desprecio con el que se la habían arrojado y seguía martilleando con más fuerza si cabe para que le dieran el resto. Era invisible a todo agente de tráfico que estuviera de servicio; al final del día, el agente se reunía con el pedigüeño en el restaurante de la esquina, y los dos se repartían los beneficios, mitad y mitad.

Pero con el tiempo, hasta su amenaza se apagó y sus *paseos*<sup>[24]</sup> se diluyeron convertidos en un burdo aleteo de brazos dedicado a los coches que aceleraban mientras pasaban por su lado rebasando el semáforo, impunes. Sin más recurso que su astucia, al Kid se le ocurrió un plan increíble para volver a poner en práctica su temeridad. Y lo cierto es que un par de veces funcionó.

Él se escondía en un callejón que daba a una calle de único sentido; un lugar solitario de poco tráfico que, en las noches de mucho trajín, era un breve y negro remanso de paz. De paz siempre y cuando no fueras uno de los escogidos de Waldo. Alertado por un oteador, Waldo irrumpía en la vía desde el callejón cruzándose en tu camino, y a ti solo te daba tiempo a pegar un frenazo tan brusco que terminabas con un anciano aplastado a los pies de las ruedas delanteras, enteramente a tu merced. Claro que al rey de los trucos no se le habían olvidado sus mañas: parecía fuera de combate, pero lo que hacía, entretanto, era calcular su botín de guerra. El oteador salía corriendo en su ayuda para testificar y llamar a gritos a la policía; Waldo, por su parte, suplicaba que lo llevaran al hospital. Se montaban todos en el coche, Waldo trataba de aliviar sus numerosas fracturas llamando la atención sobre un dolor aquí y otro allá, mientras su compinche se trabajaba el asunto hasta que en la boca del oteador o en la del pobre primo terminaba insinuándose la simple genialidad de un acuerdo rápido y limpio. Y el Kid Waldo y su amigo se llevaban varios cientos de pesos que gastar en Si Hoc Tong y mermolina.

Todo eso lo sabía Jong: había hecho de oteador en dos ocasiones. En la tercera, el abuelo hizo una abolladura del tamaño de un cubo en el capó del Volkswagen de un cabo de la policía que estaba fuera de servicio; el cabo se bajó del coche y, para terminar de arreglarlo, le dio a Waldo unas buenas patadas en las costillas. Si Jong no hubiera aparecido en escena, habría seguido vapuleándolo. Pero Jong le dio al cabo todo lo que Waldo llevaba en los bolsillos —sus últimos veinte pesos—, y Waldo pasó una noche larga, difícil y sin vino a la que le siguió una temporada todavía más dolorosa hasta que los ligamentos se le recompusieron solos.

Mientras las explosiones reducían Tambalean a cenizas, el Kid Waldo seguía tumbado boca arriba. Nunca llegó a levantarse, y en su esquina nadie lo lloró.

\*

Pasamos cuarenta y cinco minutos en el Happy-Q-Mart esperando a que Benny apareciera. Para regocijo y alivio general, llegamos a casa con algunas sardinas y repetimos esa misma rutina al día siguiente. Esa vez compramos una lata de dulce de guayaba que despertó el mismo entusiasmo. Cuando al tercer día Benny tampoco se presentó, dejamos de fingir que salíamos de compras, y nuestra llegada a casa fue recibida con consternación.

—Pura —le dijo Nana Choleng a su hija mayor—, tendrías que subir a rastrillar la montaña y traer un poco de azúcar. —Luego salió al baño; siempre lo hacía para evitar las réplicas a sus órdenes.

—Jong —dije cuando Nana Choleng se hubo marchado—, creo que deberíamos retomar la actividad política aquí mismo.

—Adelante, el encargado de la propaganda eres tú.

Jong y yo habíamos discutido la posibilidad de confesarle a su familia cuál era nuestra auténtica situación, pero Jong no había querido ni oír hablar del asunto: temía que su abuelo nos entregara —que me entregara a mí, por lo menos— por un cartón de Champions. Pero Jong le había hecho algunas confidencias a Pura, su prima, quien, aunque no había pasado de segundo en el colegio, no había perdido la esperanza de ser maestra o enfermera. Oí que le hablaba de su vida en la cárcel y de nuestra vida en el cuartel general, y de la paz que lo había invadido al darse cuenta de que sus miserias no eran culpa de su madre ni de su abuelo, simple víctima de una avaricia despiadada, sino de los demonios extranjeros y de sus agentes locales. Jong les tocó a Pura y a sus hermanos una canción revolucionaria con la guitarra, el más balsámico de todos nuestros himnos a la derrota, y hasta yo canté con él mientras me preguntaba por qué resultaba tan relajante una canción sobre un camarada que ya no estaba: «*Oh, noche abatida, la más oscura/ Él dio su vida/ por vosotros, su pueblo...*». La habíamos cantado por última vez en la marcha por Delfín Lavares, cuyo halo tan bien había ilustrado Benny en su cartel.

Y ahora también teníamos que preocuparnos por Benny, que andaba por allí afuera, en aquella ciudad que mudaba de piel. Siempre había parecido de paso más seguro y de mente más ágil que Jong o que yo, y para tranquilizarnos se nos ocurrió que se habría reunido con Laurie y se habría casado con ella en uno de esos rituales furtivos que solo conocíamos de oídas, que habría huido con ella a algún refugio en el campo desde donde, en compañía de su vanguardista prole, cercarían la ciudad y nos liberarían de nuestro llanto, pobres huérfanos. Mejor ahora, mientras puedas, Benny. En las calles, los vendedores de periódicos aprendían nuevos gritos y volvían a conformar su garganta para que en ella cupieran las cabeceras de los periódicos autorizados por el régimen —*Tiiimes Journaaal!*, *Bulletin Todaay!*—; empezaba a calar una especie de satisfacción, parecía que la gente hallaba alivio en la quietud de las cosas y en la elasticidad de la columna vertebral de la nación, que podía ir dando bandazos como ya hiciera en los «años japoneses», la hora de gloria de Mandoy Imoy. Así que tal vez Benny estuviera a salvo después de haberse forjado nuevas

máscaras y de haber encontrado rutas seguras para abandonar su escondrijo.

Al cabo de mucho tiempo, Benny contaría que lo que más lo había horrorizado de aquellos años fue descubrirse imaginando, justo en el momento en que los servicios de inteligencia echaban abajo la puerta del apartamento que habíamos desalojado, que Laurie nos había delatado. Tenía el revólver en la mano y apuntaba hacia la puerta, y de repente pensó: ¿Y si Laurie estuviera detrás de la redada? Habría querido una explicación, y por esa explicación habría estado dispuesto a vivir un poco más, así que dejó que el agente oculto tras un pañuelo blanco (así evitaban las confusiones durante la redada) le disparara en el hombro.

\*

Vi a Benny en el Wah Fung. Era la semana después de Navidades, y a pesar de todas las advertencias de Jong, había vuelto a casa para ver a mi familia durante unas horas. Mi padre parecía aliviado, mi madre lloraba, Jimmy había salido a jugar al billar y mi hermana Thea —que había nacido cuando Marcos llevaba dos años de presidente— no notó nada distinto en mí, aunque apenas si me conocía. Había ido a casa y ya me disponía a marcharme cuando los abrazos y los susurros fueron subiendo de tono hasta convertirse en una discusión; me fui cuando todavía estábamos lo bastante aturridos como para no imponer en el otro la lógica de la familia —nos perteneces, ahora tengo una familia más grande, no pueden quererte tanto como te queremos, no se trata de amor sino de la guerra popular, nosotros también somos el pueblo—, que familia es lo que éramos; y por eso me había arriesgado para ir a verlos, para empezar. Eso pensaba yo mientras cruzaba la avenida Epifanio de los Santos y luego el bulevar Aurora, calles familiares y pasos que los subterfugios necesarios convertían en algo extraño. Serían las seis pasadas, las luces acababan de encenderse. En el Araneta Coliseum llevaban diecisiete años seguidos con un espectáculo extranjero de patinaje sobre hielo; el Araneta había llegado a ser el coliseo más grande del mundo, testigo del campeonato mundial juvenil de los pesos ligeros, de los conciertos de Harry Belafonte y Herman's Hermits, y del concurso «Beatles de Filipinas '66».

El hielo me había fascinado desde niño, desde el momento en que vi las máquinas pulidoras sobre la misma cancha en la que se jugaban partidos de baloncesto de exhibición. El hielo resplandecía bajo los focos, y cuando los patinadores se deslizaban en columnas que se dividían en su mitad formando volutas y bucles simétricos y estelas como plumas, nos sentíamos transportados al hemisferio de nuestras más bellas ensoñaciones, donde el aire era fresco y los movimientos, ligeros, y la ropa de diario llevaba lentejuelas, un mundo que se agitaba al son de la música de Disney y que se retiraba tras las cortinas seguido de un animado aplauso. Cuando

salimos del coliseo solo se veían los faroles humeantes de los vendedores de *siopao* y *balut*<sup>[25]</sup>, y nuestros pies regresaron a los papeles que envolvían las bolitas y a las cáscaras de huevo de pato. Y de repente sentí la necesidad imperiosa de comprar una entrada para el espectáculo, de volver a ver a los patinadores —un gesto romántico, por supuesto, que sin duda terminaría frustrado—, pero tenía que reunirme con Jong a una hora y decidí que no debía perder más tiempo en sentimientos descabellados. Bajé por el bulevar rumbo al Wah Fung.

En la ciudad había muchos otros restaurantes de fideos chinos, y mucho mejores, pero el Wah Fung era el que contaba con la clientela más fija: vendedores de seguros y agentes inmobiliarios, esposas que habían salido de compras, estudiantes de ingeniería, policías fuera de servicio, prestamistas y visitantes médicos. Era un sitio barato y sólido con sillas de madera de respaldo duro dispuestas alrededor de funcionales mesas cuadradas con sobres de vidrio fáciles de limpiar. Ingentes provisiones de servilletas de papel rosas y amarillas metidas en cajitas de aluminio; las de más arriba formaban un remolino para poder tirar de ellas más fácilmente. Los platos y los platitos de café de rayas verdes tenían un grosor de más de medio centímetro, igual que las tazas y los vasos, vasos en los que, al prensarlos, habían quedado atrapadas grandes burbujas de aire.

Los clientes y los camareros se movían entre una neblina verde perpetua, hecha de la débil luz de los fluorescentes, del vapor de las cubas de caldo de pollo, del humo de cigarrillo, del sudor animal, de la palidez de las paredes y del exudado del hambre de los comensales, que unos ventiladores de techo de aspas muy delgadas que se elevaban treinta centímetros sobre las cabezas de la gente iban mezclando en los fideos. Los camareros llevaban camisa blanca con pajarita roja, pero el cocinero que preparaba los fideos los cortaba con unas tijeras de podar.

A pesar de todo, el Wah Fung le sacaba mucho provecho a la popularidad de su *mami*: fideos de huevo con cebolla y tiras de pollo o ternera, todo en un caldo transparente y caliente. El *mami* del Wah Fung carecía de los extravagantes adornos de otros restaurantes de fideos menos veteranos —había abierto poco después de la guerra— pero, por el fundamentalismo de su decoración y sus recetas, había inspirado leyendas. Según la más duradera de todas, el Wah Fung se abastecía bajo mano de gato y de otras carnes de segunda, y en sus cubos de basura se habían encontrado apéndices felinos de todos los tipos y todas las razas. Lo cierto es que en el Wah Fung no tenían esa exposición de patos laqueados y al vapor colgados del cuello tan típica de los escaparates de los restaurantes chinos. Y como mi madre daba crédito a la leyenda, llevaba años negándose a poner un pie en el Wah Fung; solo cedió cuando, un día que yo había salido de la cárcel con un permiso, le pedí que me llevara allí.

Según otra historia mucho más creíble, los dueños del Wah Fung habrían

convertido sus fideos en un imperio multimillonario al que se le atribuía una mansión en Corinthian Gardens con puertas de hierro forjado de casi cinco metros de altura, una granja de pollos (o de gatos) en Bulacán, una flota de camiones «que cubría todos los puntos de Luzón» y estudios en una escuela de señoritas en Suiza para las más jóvenes de la familia.

«Feliz Año Nuevo», nos decía el Wah Fung con letras rojas de espumillón colgadas en la ventana. Era un año nuevo de pega para los del restaurante chino, ellos celebrarían el auténtico el mes siguiente regalando pedazos de pastel de luna a sus clientes.

—Noel. Estoy aquí, Noel.

Me pareció oír esas palabras, las decía desde detrás de las letras alguien a quien no podía identificar, daba golpecitos en el cristal, una cara en una mesa llena de desconocidos. Entré en el restaurante sin mirar más y vi a Benny al lado de la ventana.

Benny estaba sentado en el extremo más alejado de dos mesas unidas en compañía de otros tres hombres; tenía el ventanal a la izquierda y los hombres a la derecha, igual que pretendientes sirviendo a su musa. Con los fideos delante, se reían de una broma que uno había hecho antes de que yo llegara; ya estaban en la resaca del chiste, cuando la gente se acuerda de momentos de su vida todavía más divertidos que se funden con el que acaba de pasar.

—No puede ser tan grave como esa vez que...

—Benny.

Me sonreía, pero daba la impresión de que un antiguo trauma le hubiera apagado los ojos, y cuando levantó la mano para saludar, solo logró mover tres dedos, igual que un *boy scout* o un Jesús. Pensé que quería hablar, aunque no parecía saber qué decir. En su boca se formó un «Aah».

—¿Quién es? ¿Lo conoces? —le preguntó el hombre que tenía más cerca.

Lo cogió por el brazo, más arriba del codo; eso es lo que mejor recuerdo, el modo en que el tipo agarró a Benny de improviso mientras el «Aah» se desvanecía. Las risas que rodeaban a Benny iban apagándose, aunque el hombre de en medio seguía con su chiste. Rondaría los cuarenta, llevaba un corte de pelo militar y tenía un lunar peludo en la mejilla que no dejaba de toquetear mientras hablaba. Era grandullón, para poder apoyar el codo en la mesa había tenido que mover la silla hacia atrás. La camisa no alcanzaba a cerrarle en la cintura, y justo encima del cinturón resplandecía una banda ancha de grasa de un marrón intenso. El hombre que me quedaba más cerca era mucho más joven que yo y parecía el recadero de un mercader chino: las mejillas pálidas, el pelo largo, los ojos que me clavó, pequeños y vivos, y unos labios carnosos por los que echaba humo a la mesa mientras se volvía hacia mí.

—... Sarge y yo nos levantamos a la nena en Cebú, era una masajista del Finlandia que no quería...

—¿Quién es?

—¿Quién?

—Agárralo, Gimo...

—... Hacernos una mamada. ¿Qué? ¿Quién? —El hombretón se llevó la mano a la cintura como si fuera a rascarse.

—¡Ese! —Ahora agarraba con más fuerza el brazo de Benny, que se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Benny apartó la mirada de mí y apoyó la palma de la mano en el ventanal contra las letras de papel de plata. Se miró la mano y el hombre le tiró del otro brazo para apartársela del cristal.

—¿Quién es? Gimo, ve a por él, sí, ¡el tipo que acaba de entrar por la puerta!

Gimo se levantó, yo di un paso atrás y el hombretón sacó una pistola con el ceño fruncido, como si lamentara la interrupción de su anécdota.

—No lo conozco, no es nadie, me he confundido...

—Te ha llamado por tu nombre.

—Quién...

Cuando Benny soltó su grito yo ya tenía un pie al otro lado de la puerta; me choqué contra un sacerdote que entraba, le di en el pecho con el hombro y retrocedió tambaleándose. Pensé que lo habría dejado tirado en la acera, pero volverme a mirar era algo que no podía permitirme. Noté una mano en la camisa y, con el paso a medio dar, me detuve un instante fugacísimo que bastó para que la tela quedara holgada y, de un tirón brusco, pudiera soltarme. Vi al sacerdote, que ahora me agarraba mirándome con ojos maníacos y triunfales, también vi a Gimo a mis espaldas, a un paso. Le di una patada al sacerdote en el muslo y él aflojó la mano con una facilidad sorprendente. Corrí hacia el bulevar. Gente, coches, gente, coches. Vendedor ambulante, policía, conductor, hombre, todos irán por mí pensando que soy un ladrón. Disparo, disparo, ¡cogedlo! No, ese Gimo es rápido, no tardará en pillarme. Ante mí se alzaba una isleta contra la que me lancé saltando al otro lado de la barandilla de un buen brinco, como una estrella de cine. Igual que en las películas, pero esto no es una película, es la vida real, la muerte real, Dios, Dios, cuáles eran mis probabilidades de despertarme a la mañana siguiente en casa y contento, o con Jong o en una montaña desde la que lo divisaría todo, todo, me he hecho daño en las manos, me habré arañado con algo, con la barandilla de la isleta, y de repente todo me parece extraño. Un Volkswagen escarabajo pasó por mi lado resoplando para llegar al semáforo y, cuando lo tuvo a unos metros, dio un frenazo; se detuvieron más coches y más *jeeps*, la vía se volvía más densa. Al otro lado del bulevar, los cines de Cubao; confié en poder perderme en uno. Robert Redford, salvaje, *Jeremiah Johnson*, cuerpos de pieles roja en la nieve, entrada general, los patinadores de Holiday on Ice, tan veloces, tan excepcionales, las manos me escocían. Mis pies tocaron el bordillo del otro lado y a punto estuve de resbalar en el agua que escapaba a la calle desde algún restaurante. Unas luces de neón que no podía identificar despedían ardientes rayos de color rosa que nadaban en la acera; me puse a saltar entre ellos, rebotando contra la gente para no perder el equilibrio, para llegar al vestíbulo y a Jeremiah y al

foso de la orquesta y a una puerta trasera y a un callejón y a laberintos más profundos, oscuros y maravillosos.

—Eh.

—Detenedlo.

—Lo cubro, Gimo, ve a buscar a Sarge.

—Lo siento...

Disparos. Cristales que se hacen añicos muy cerca, un grito que me llega desde la taquilla, el vestíbulo centellea con trocitos de cristal y, cuando lo miro desde las escaleras mecánicas, me recuerda a un anochecer de verano en Kangleong, cuando juré que había podido ver las nubes de Magallanes a simple vista, y aguanto la respiración y sé, antes de que haga falta otro disparo, que Benny y Jong y Laurie y Nina y Estoy y todos los demás, madre, padre, hermano, hermana, Robert Redford, son nombres muertos.

—No te muevas.

## 4. Pasando el rato en un país cálido

No, Jong, a ti nunca te delaté, ni a Benny ni a nadie, solo me delaté a mí mismo. Y eso no se debió a una valentía extraordinaria. No había mucho que decir, eso fue todo, ellos solo necesitaban que yo aceptara lo que ya sabían, puedes verlo en sus expedientes, en sus caras. Tuve suerte y vosotros también la tuvisteis; de momento, al menos. De mi remesa de «detenidos», yo fui el último al que llamaron; hacíamos fila en el centro de detención, delante de una sala especial de nombre «zona de exclusión», y cuando más corta se hacía la fila, más nos desesperaban los golpes secos y los gritos que se derramaban en ese ambiente ya de por sí inquietante. Nadie salía por donde había entrado, porque tenían otra salida que daba a otro pasillo o a un hospital o a una morgue o a un crematorio, por aquel entonces eso no podíamos saberlo, para que los tejidos exhaustos fueran eliminados a la mayor brevedad. Cuando llegó mi turno, yo ya tenía los nervios destrozados, pero ellos estaban hechos polvo. Con «ellos» me refiero a un oficial del servicio de inteligencia calvo que estaba sentado detrás de una mesa con una pila de informes a sus pies, a su ayudante, un soldado con camiseta y pantalón de campaña, y a un ordenanza que fregaba el suelo; todos sudaban a pesar de la grisura de finales de diciembre, y cuando entré después de que me llamaran por mi nombre, vi al oficial dándole unos golpecitos a un paquete de tabaco para depositar un cigarrillo en la mano que el soldado tenía extendida.

El ordenanza salió de la habitación y volvió con una botella de Coca-Cola para el jefe; hacía tan poco que la había abierto que cuando el ordenanza la dejó sobre la mesa, al lado de mi expediente, por la boca de la botella seguía elevándose el gas. Me ignoraron durante otro minuto mientras se bañaban en ese humo dulzón y, entonces, el oficial me preguntó, pregunta superflua pero precisa, cuál era mi nombre completo. Y yo contesté (todavía de pie delante de él, porque no tenían silla para el entrevistado): «Noel Bulaong», y él levantó la vista y se limitó a responder: «¿Y?». Yo lo miré y detecté en sus turbios globos oculares la necesidad de sueño, pero me equivocaba, porque lo que hizo fue dar un golpe en la mesa con la palma de la mano y volver a preguntar: «¿Y?». Entonces caí en la cuenta de que al preguntarme por mi nombre, lo había hecho en el más completo y formal de los sentidos, en una especie de elegante vuelta a nuestros modales españoles: con ese «¿Y?» se interesaba por la identidad de mi abuelo materno. «Ilustre», respondí con voz ronca. Noel Bulaong e Ilustre. «¿Alias?» Alias-Por-Quienquiera-Que-Me-Tomes, pensé; para ocultarme tan solo tenía el *Ka* honorífico que anteponíamos a nuestro nombre de pila cuando nos dirigíamos los unos a los otros con ademán solemne: «*Ka* Noel», camarada Noel.

Responde por ti, camarada Noel.

Y llegados a ese punto, y esto lo juro por Dios, no recuerdo exactamente ni lo que me preguntaron ni lo que respondí: solo sé que debí de contarles todo lo que querían saber sobre mí, porque parecían satisfechos, amables incluso, mientras me empujaban a reconocer que era un cuadro del Partido Comunista, como se desprendía de sus informaciones y sus fotografías, y yo debí de decir: bueno, yo habría querido ser un cuadro, pero me apresaron antes de que pudiera realizar progreso alguno en pos de algo así como una apoteosis (aunque no habría usado esa expresión, claro está, por aquel entonces no la conocía); en otras palabras: yo no era más que alguien de poca monta, material estrictamente periférico, tan intrascendente como para no recibir siquiera la confianza fortuita del nombre de un camarada de mayor rango. Y entonces me quedé sin respiración y luego me puse a mirar el techo lleno de moho, y mientras el soldado me agarraba con fuerza, tuve la impresión de que mi cabello echaba raíces en el suelo. Noté unos dedos fríos y delgados que se introducían en mis fosas nasales, que se introducían en mis pulmones, y sentí la fuerza y el aguijón de las burbujas que elevaban mi cerebro mientras me inundaba de Coca-Cola.

Nunca te lo conté, Jong, pero a ti también te descubrieron, idiota, tendrías que haberte ido de Tambakan al ver que yo no volvía. ¿Sentías acaso un amor demasiado profundo por aquel lugar? ¿O el concepto que tenías de mí era tan bajo que ya sabías que, en cuanto pasaran las Navidades, no volvería a aparecer, que toda esa basura achicharrada me empujaría hacia mi auténtica naturaleza?

A veces usan hielo. Arrastran un bloque hasta la sala —del mismo tamaño que los bloques que los camiones repartían por las tiendas de barrio antes de que se inventaran las bolsas de plástico llenas de cubitos— y lo dejan en el suelo mientras en otra habitación le vendan los ojos al detenido o a la detenida. Le quitan la ropa y, a pesar de sus lloros y de sus gimoteos y de los insultos encendidos que escupe por la boca magullada, circunstancia esta última que para el torturador supone tanto una sorpresa como un desafío, lo conducen a la sala del bloque de hielo y, sin que tenga la más remota idea de lo que le espera, lo obligan a permanecer de pie, le hablan, le dan golpes entre las piernas durante cosa de una hora hasta que las rodillas le ceden del cansancio y del frío que llega del fondo de la habitación, y luego, al advertir el temblor que delata al cuerpo, chascan la lengua, comprensivos, y se dirigen meneos de cabeza y uno de ellos, el jefe mismo, tal vez, chasca los dedos, se acerca al detenido y dice algo así como «Vaya anfitriones más malos que somos, Santiago, mira lo cansada que está esta persona, trae una silla de donde sea, sí, esa misma servirá». Y luego hacen que el detenido o la detenida se sienten sobre el hielo, se tumben sobre el hielo durante quince minutos o una hora, durante todo el tiempo que

haga falta para que el hielo, o la persona, se derrita del todo.

Esa era la historia que Jong me contó cuando volvimos a vernos en el campo de prisioneros Sunflower. Lo sometieron a muchas otras cosas, pero viniendo de un lugar tan cálido, de lo que más se acordaba era del hielo. Entonces no vimos a Benny, no volvimos a verlo hasta después de salir de la cárcel, cuando ya habíamos perdido el contacto.

\*

Al cabo de trece años llegó a mi buzón de Elmyra una carta de Laurie en la que, sujeta con un clip, había una página doblada del *Philippine Daily Inquirer*, otro periódico nuevo en otra era nueva. Marcos había sido derrocado y vivía en Hawái, adonde se había llevado a mi viceministro; yo contemplaba la muchedumbre de la avenida Epifanio de los Santos y del parque Luneta en dos docenas de pantallas de Trinitrons de Sony, estaba en la tienda de electrónica del centro comercial y me preguntaba si llegaría a distinguir alguna cara conocida: seguía la lógica del agente en el tejado, pero vi a abuelas y hasta niños en fila delante de los tanques, y también vi las inmensas pilas de informes que iban a necesitar y la enormidad del momento — del poder, de la distancia, del recuerdo, de la salvación—, y decidí que, en cuanto pudiera, volaría para participar de la bendición y del efervescente júbilo del momento. En la oficina recibí las felicitaciones de todos; me compré tres camisetas amarillas<sup>[26]</sup>, me daba igual que no combinaran con los pantalones, y busqué fiestas a las que asistir para honrarlas con la presencia de un filipino espabilado. Estas Navidades, me dije; y le escribí a nanay: volveré. Aquí está el libro de obras alemanas que buscabas, Laurie, el de Esslin, lo encontré en un mercadillo benéfico, dentro de una caja llena de cartuchos de ocho pistas y jerséis de lana, ¿te lo puedes creer?, es tuyo, pero puedes invitarme a *búlalo*<sup>[27]</sup>, si insistes, si todavía puedes.

*En Manila, un equipo integrado por 50 soldados del Comando Regional de la Capital (Capcom), 50 agentes del servicio de inteligencia, 100 efectivos de las fuerzas aéreas y 100 agentes de policía han llevado a cabo redadas simultáneas en las zonas ocupadas de Mañeaban, Pasay, y el complejo CAA cercano al aeropuerto. Se cree que en estas dos barriadas tienen su guarida las guerrillas urbanas comunistas y los sindicatos del crimen. El general de brigada Alexander Aguirre, jefe del Capcom, ha informado a los reporteros de que la exhaustiva operación de cuatro horas se han llevado a cabo «para sacar de su escondrijo a terroristas y criminales» después de que los rebeldes comunistas hayan efectuado ataques escalonados en la*

capital.

*Los hombres han sido capturados en sus chabolas y conducidos al complejo de correos de Pasay City. Según las fuentes del Inquirer, al menos tres antiguos rebeldes del Nuevo Ejército Popular ocultos tras pasamontañas han identificado a supuestos comunistas en el grupo. Nuestras fuentes han afirmado que los informantes —a los que la policía se refiere como «observadores»— han reconocido a presuntos «gorriones»<sup>[28]</sup> por los lunares que llevan tatuados en la cara.*

*El Coronel Jesús García, jefe de policía de Pasay City, ha declarado que un lunar en la barbilla identifica a los instructores comunistas; en el centro de la frente, a los mensajeros; en la frente, justo encima de la ceja izquierda, a los agentes de los servicios secretos de los gorriones; dos lunares en la mejilla izquierda y en la derecha y uno en la frente corresponden a los liquidadores, y dos lunares en la mejilla derecha y uno en la izquierda, a los generales.*

*Según el Capcom, responsable de la coordinación del operativo, en la redada han sido detenidos 800 hombres para controles de identificación y a 53 se los ha retenido para someterlos a un «interrogatorio en profundidad». El general de brigada Alfredo S. Lim, jefe de policía de Manila, ha declarado que las redadas se han llevado a cabo para «librar a Manila de esta amenaza». «Bastante estragos han causado —ha afirmado—. Han traído anarquía y disensión. Ya es hora de que restituyamos la ley y el orden en la ciudad de Manila».*

El campo de prisioneros Sunflower consistía en los barracones remodelados de unas instalaciones militares de las afueras de la ciudad. Lo habían construido para albergar a cuarenta personas, pero a mediados de marzo ya éramos cien; habíamos ido llegando en el transcurso de varios meses, nos conducían en camiones desde varios centros de detención de la región de la capital. Dormíamos en literas, uno arriba y

otro abajo. Poco después de su llegada, Jong cogió la cama de debajo de la mía. Algunas noches lo oía murmurar, y cuando en una ocasión le pregunté por el asunto, me dijo que rezaba.

Yo también rezaba, aunque en silencio: por un sueño tranquilo y para que a la mañana siguiente se produjera un milagro. De vez en cuando pasaba alguno durante el toque de diana, después de los ejercicios de gimnasia. El comandante, un capitán a quien le gustaba alardear de lo mucho que despreciaba su misión, le ordenaba al sargento Quiones que nos tuviera en formación mientras él barajaba nuestros papeles en su oficina del cuartel y dejaba que el crujido viajara por megafonía y llegara a esa única oreja en la que, tras fusionarnos, nos habíamos convertido todos nosotros. El corazón nos latía con fuerza mientras tratábamos de recuperarnos de los abdominales y los saltos. Y luego, con el sudor recubriéndonos como una costra, el comandante leía nuestros nombres con un gemido desganado —Peneyra, Gaffud, Dimalanta— y los elegidos dejaban escapar gritos y chillidos mientras un pánico frío y confuso nos invadía a los demás o, por lo menos, a los que todavía no querían creer que la cárcel, sin juicio y sin sentencia, era lo que por naturaleza la vida debía depararnos a los dieciocho.

Al anoecer, nos sentábamos en filas en los largos bancos orientados hacia el oeste, hacia la ciudad, y por la alambrada contemplábamos el cielo que se llenaba de motas de color rosa y naranja y púrpura. Nos dábamos palmadas en los muslos y los hombros, canjeábamos cigarrillos por caramelos, intercambiábamos confidencias y pasábamos las noticias del día por el cedazo inevitablemente irregular de nuestras opiniones. Recreábamos la sociedad que habíamos conocido, imitábamos sus ruidos mientras esperábamos que la oscuridad se posara y el letrero de neón rojo de Marlboro se encendiera en algún lugar de Guadalupe y parpadeara como la más confiada y leal de las luciérnagas. Y luego, como si lo hubiéramos acordado de antemano, la charla se apagaba aunque eran pocos los que se habían levantado de su asiento, y tanto los hombres como los chicos permanecíamos en silencio, con los ojos en el letrero y las palmas en el canto; el alma ya hacía tiempo que había desaparecido más allá de la alambrada. Y entonces ya no podíamos más. Alguien soltaba una broma. Se rompía el hechizo y todos volvíamos adentro a cenar y a jugar al ajedrez.

Siempre había algún torneo de ajedrez en danza. Los organizadores habían diseñado un complejo sistema para separar a los maestros de los novatos, y yo pertenecía a los últimos, para los que el ajedrez todavía era algo divertido. Admirábamos la táctica, hacíamos sacrificios temerarios, discutíamos sobre la regla de dama tocada, dama jugada, nos inclinábamos por la excentricidad. Nos habíamos enamorado de la idea de apresar reinas, acorralar reyes, torturar caballos y aniquilar peones. Sin gran cosa que hacer después de la cena excepto hablar, el ajedrez se convirtió en nuestro pasatiempo favorito.

A veces, descubriendo un tema que nos resultaba nuevo a todos o que, como había quedado en el olvido, nos parecía casi nuevo, renunciábamos al ajedrez por el

placer de la conversación. Casi todo lo importante, por supuesto, era un recuerdo, algo que cada uno llevaba en su interior. Solo era cuestión de rebuscar en el cerebro y de aplicarle un barniz elegante a nuestra historia antes de servirla.

Las historias que más apreciábamos eran las de los recién llegados, que nos hablaban de la red de resistencia al régimen marcial que iba creciendo en el exterior y que operaba en habitaciones de alquiler, en sótanos, en trastiendas y en rincones de casas amigas. De vez en cuando los ciudadanos de bien de este o de ese otro barrio se despertaban y se encontraban con que unas pintadas rojas invadían sus paredes. «¡Combatid la ley marcial con la guerra popular!» «¡Abajo la dictadura USA-Marcos!» «¡Larga vida a la revolución democrática nacional!» Casi todos esos ciudadanos meneaban la cabeza y se disponían a limpiar las consignas antes de que llegaran los gendarmes. De vez en cuando, en el parque, un grupo de paseantes unía los brazos exhortando a la revolución. «¡Atreveos a luchar, conquistad el miedo!» E insistían, sobresaltando a los transeúntes para que reconocieran su miseria, hasta que llegaban los agentes de seguridad blandiendo sus pistolas del calibre 45, soltando maldiciones y mezclándose entre el gentío. Y llegaban las persecuciones: saltar setos y cruzar avenidas y enfilear callejones rumbo a las tinieblas de las tripas de la ciudad.

Y llegaban las capturas, las traiciones, las rendiciones, las represalias: cuando un corredor se tropezaba, cuando un padre se venía abajo o cuando, por algún milagro tácito, una comunidad se ponía en pie de un salto para cercar a los suyos. Incluso entonces, echando mano de una táctica de guerra de la *kempeitai*<sup>[29]</sup>, los soldados y la policía ponían en marcha redadas en las zonas sospechosas. Siempre de noche, para sacar a los hombres de la cama y llevarlos hasta la calle, tambaleantes y en calzoncillos, y determinar su virilidad por su peso, su pedigrí por los tatuajes y su ideología por algún oscuro e infalible código fisionómico.

Al parecer, un comandante del departamento de inteligencia habría afirmado que los comunistas llevaban una careta hecha de culpa, depravación y peligro absoluto fruto, sin duda, del ateísmo, la drogadicción, la moral relajada y las ansias de poder. El comentario había llegado al campo de prisioneros, y quienes habíamos podido conservar el humor o lo habíamos recuperado pasábamos el rato tomando medidas de proporciones nasales y confirmando la existencia de una rara depresión en el surco nasolabial en los presos culpables de sus cargos. Nos enteramos de que esas observaciones animaban las mañanas en los cafés de Manila, donde no tardó en correr el rumor de que el comandante había presentado su teoría a la Facultad Nacional de Defensa como tesis de máster, de que la facultad la había recibido con elogios y de que, por consiguiente, el especialista, hasta la fecha un mediocre ambicioso, había recibido un ascenso por su extraordinaria sagacidad.

Pero aun así, el régimen, atendiendo a razones más sensatas aprendidas en bases militares como Fort Bragg y Leavenworth, montó su operativo. No lo hizo con calibrador ni con gráficos para identificar los lunares (eso llegaría mucho más tarde, cuando las teorías del comandante, para entonces, general de brigada, despertaran un renovado interés) sino con M-16 y obuses al frente, con melódicas invitaciones que, desde la radio, animaban a la ciudadanía a participar de ese nuevo entusiasmo marcial. «¡Un nuevo Sol nace, una nueva vida, una nueva fuerza, un nuevo honor en la Nueva Sociedad!» Un padre con voz de bajo y una madre con voz de contralto, el uno autoritario y la otra confiada, entonaban el precio que había que pagar para tan maravillosas novedades: «Para el progreso nacional: ¡disciplina!».

Después de recibir tan amable castigo, muchos hijos pródigos lloraron y recibieron su perdón. De entre los nuestros, fueron varios los que terminaron aceptando que la hora de la revolución había pasado; que, a pesar del clamor y la algarabía, la libertad civil había fracasado estrepitosamente, incapaz de construir carreteras, poner freno a la criminalidad, alimentar a los pobres y satisfacer a los ricos; que, por tanto, convenía dar una oportunidad a la autodisciplina nacional y a la subordinación. Con tan estimulante panorama, la familia de la Nueva Filipinas podría caminar de noche por calles limpias sin miedo a los ataques de los perversos y los indigentes, quienes, a su vez, estaban aprendiendo las virtudes de la obliteración en la cárcel, en los campos y en las fábricas. El empresario de la Nueva Filipinas podría escoger al mejor socio para invertir en complejos turísticos —o en tabaco o en la producción de pelotas de tenis o en plantas de montaje de automóviles o, todavía mejor, en bancos que financiaran esas iniciativas tan oportunas— seguro de que terminaría cosechando la justa recompensa de una paz industrial garantizada. El lector de la Nueva Filipinas podría dar por sentado que se tomaría el café de la mañana con alguno de los nuevos periódicos autorizados por el gobierno y, tras solazarse en su optimismo, saldría rumbo al trabajo con la reconfortante certeza de que, con lo terribles y agobiantes que eran las vicisitudes del mundo exterior, en ningún lugar de la Tierra iba a estar mejor que en Filipinas, entre sus siete mil cien islas bendecidas por el sol.

Para muchos, esos fueron tiempos de felicidad y esperanza en los que se compraron futuros y se decidieron matrimonios gracias a los precios récord que la copra alcanzaba en la bolsa de Londres, gracias a carreras incipientes en gestión del desarrollo y en administración de la seguridad nacional, carreras financiadas con obsequiosos fondos del Banco Mundial, el USAID, los japoneses y un montón de benefactores menos encumbrados, todos ansiosos por abrazar la causa del progreso nacional por la disciplina. La inyección masiva de inversiones al más alto nivel, decretaron los gurúes, descendería hasta las masas a su debido tiempo por la simple lógica de la gravedad: solo era cuestión de tiempo. (Y, con el tiempo, yo terminaría

creyéndomelo.)

Pero había otros, obstinados en sus infelices abstracciones, que se resistieron a toda conversión. Algunos se quedaron donde estaban y se contentaron con darles vueltas a sus consignas en la boca, como talismanes, entre dientes. Muchos metieron sus jóvenes vidas en una bolsa o las resumieron en notas, nunca adecuadas, a padres, amantes y amigos, y desaparecieron sin dejar rastro perdiéndose en algún estado transcendental —«arriba», en palabras de los iniciados— en el que los ángeles llevaban kaláshnikovs y lanzaban rayos contra el opresor.

Eso siempre que quedara algún kaláshnikov: las armerías de la policía estaban llenas de un formidable arsenal entregado o confiscado a la población desarmada. *Sumpaks* y *paltiks*<sup>[30]</sup> caseros, Colts, Smith & Wessons, Brownings, Armalites, lanzagranadas, rifles de asalto israelíes y checoslovacos. El mero rumor de que la policía estaba empleando detectores de metal hipersensibles en sus ofensivas conseguía sacar a la luz armas de fuego escondidas en cajones, armarios y alijos subterráneos; si no lo conseguían los rumores, lo conseguía la multa anunciada de veinte años de trabajos forzados por la posesión ilegal de todo lo que pasara de una escopeta de perdigones. Echando mano de las impresionantes cifras de armas recuperadas escritas en tiza en una pizarra y exhibiendo al jefe de una tribu al que flanqueaban, los jefes de la policía y de los gendarmes declararon en las noticias que, después de trescientos años de combatir una cosa o la otra, la sociedad filipina se libraba por fin del sufrimiento. Una «ley marcial con una sonrisa», así describieron los periódicos la cara pública del decreto presidencial n.º 1081. La sonrisa de la disciplina se posó hábilmente en los labios de la nación. El pelo largo estaba prohibido. El toque de queda a medianoche devolvió a los vagabundos a sus casas. Se encalaron todas las paredes y se desbrozaron todos los jardines que quedaban entre el parque Forbes y el campo de prisioneros Sunflower.

Una tarde hablábamos de películas, de Bruce Lee en *Puños de furia*, de Bruce Lee en *El juego de la muerte*. Con tanto kung-fu se nos secaba la garganta, porque nuestros miembros querían acción y la imaginaban: patadas voladoras, casi siempre, con un chop-chop de propina. Jong nos suplicó que interrumpiéramos la conversación mientras él iba corriendo a la hielera y traía unos cubitos para hacer naranjada. Me detuve con la pierna de Bruce Lee en pleno vuelo, a un par de centímetros de la garganta de Chuck Norris, y metí la mano en la bolsa para coger la botella de Sunquick. Jong echó los cubitos en un tarro grande de Nescafé, lo llenó de agua del grifo, vertió un poco de Sunquick, lo justo para que el agua quedara teñida de naranja, cerró la tapa y empezó a agitar, chaca-chaca-chac. En verano, cuando el calor arreciaba sobre los tejados de uralita y subía serpenteando por las literas y por la mangas de la camisa, día y noche, el chaca-chaca-chac era el ruido de todos los que preparaban las naranjadas como lo hacía Jong. La bebida nos la pasábamos sin usar ni

vasos ni tazas: en cuanto estaba bien fría, bebíamos del tarro mismo como si fuera una pócima tribal. Echábamos tragos por turnos y nos acordábamos de Django, de Goldfinger y de Rossana Podestà.

La noche que hablamos de películas me costó dormir. Pensé en todas las que había visto y en todas las que no vería nunca. Cuando cerré los ojos, vi a Ingrid Bergman ardiendo en la hoguera y la lista de pasajeros del *Titanic* a los que ya nadie podría salvar en el Joy Theater de Pasay City, caos eterno, tumulto perpetuo, incesante, una vez y otra más, implacables rollos de película por el mundo entero.

Solo moriría una vez y sería una muerte poco memorable. Pensé que tal vez fuera en prisión, de una mordedura de rata, de disentería, de una mala caída de la litera en el paroxismo de una pesadilla. Pero había suertes peores, sin duda, como las que nuestros camaradas sufrían en su sagrada instrucción: con las uñas arrancadas, el pubis quemado, los ojos fuera, la cabeza en un poste de prácticas de tiro. Esas historias las había oído; cuando dormíamos, el horror zumbaba a nuestro alrededor como una nube de tábanos.

Con la lucidez de la mañana decidí que, para hacerle un favor a mi cordura, solicitaría un permiso de un día. Era una de las mejores oportunidades de esparcimiento que ofrecía el campo, aunque tan cara que pocos podían aprovecharla. Le costaría a mi madre una botella de whisky americano para el sargento Quiones, que estaba al cargo de un mercado ilegal muy organizado. Sería factible, pero un permiso era también una clarísima rendición al privilegio siempre que no estuvieras visiblemente maltrecho y tuviera que visitarte un médico más ducho que los matasanos del Ejército que nos tomaban la tensión y nos recetaban aspirinas para todos nuestros males. Jong cumplía todos los requisitos para que lo enviaran al dentista, pero no tenía a nadie afuera trabajando para él. («Dale el whisky a mi padre —decía—, quédate al lado de la ventana, espera cinco minutos y agáchate cuando la botella salga volando.») Cuando esa mañana saqué el tema del permiso de salida, él se limitó a encogerse de hombros y a decir: «¿Y qué hay que ver?».

Yo sí que sabía qué había que ver. En Manila daban *El Padrino*; había leído el libro a escondidas, entre Mao y Cornelius Ryan. Me acordé de que Sonny Corleone y Lucy Mancini, en un arrebato, habían hecho el amor apoyados contra una puerta. Me acordé de Nina, que había rozado mi brazo con el suyo cuando le cogí la mano, que había respirado el mismo aire que yo en un armario oscuro.

Cuando mi madre vino a verme, le hablé del permiso y esa misma semana lo tuvo todo dispuesto. La botella costaba cien pesos y el día propiamente dicho costaría otros cien. Era casi la mitad del salario mensual de mi madre en correos, pero las expectativas habían purgado la culpa de mi sistema. Haría de espía en el exterior para todos los demás, me dije; adivinaría, clarividente, la forma y la magnitud del sentir ciudadano ante el régimen y ante los que sufríamos por ellos. Y disfrutaría de mi permiso, ya puestos, por lo mucho que se había esforzado mi madre. Y para eso estaban las madres: liberaban a sus hijos con gracias que sacaban de un monedero

secreto; ese favor que me hacía le serviría para satisfacer su naturaleza maternal. Por supuesto, respondió cuando se lo sugerí, tendríamos que haberlo pensado antes; planearíamos el día, ella se encargaría de todos los detalles. Mi padre estaba en Tigbauan trabajando para el gobernador (para conseguir que me liberaran pronto, susurró mi madre, tratando con las personas adecuadas), pero ella haría todo lo que estuviera en su mano, y sería como cuando era un niño y me llevaba al muelle y me compraba palomitas de maíz y globos en forma de conejo para darme un capricho.

La víspera de mi permiso me planché una camisa Oxford fucsia y un par de pantalones de poliéster de color beis, las últimas prendas que me había hecho a medida en lo que ahora consideraba mi vida de «civil». Me limpié los zapatos frotando las arrugas con cera y me los probé. Me apretaban: la falta de uso había endurecido la piel.

Jong y los demás sabían qué me traía entre manos, pero estaban esperando a que fuera yo quien les contara lo del permiso.

—Bonitos zapatos —dijo Jong. Yo estaba sentado en su cama.

—Mañana salgo de paseo —dije sin levantar la vista—. Mi madre me ha conseguido un permiso.

—Qué bien —respondió Jong—. Espero que no haya pasado nada.

—No, todo va bien.

—¿Y adónde iréis?

—A ver una película. *El Padrino*, ¿la conoces? Con Marlon Brando. Era un libro...

—No me suena, pero debe de ser buena.

—Mucha acción —le dije, animándome—. Gánsteres, contrabandistas, peleas callejeras.

—Cuéntanosla cuando vuelvas.

—Ya os la contaré.

—Si es que vuelves.

Aquello no era más que una broma, pero claro que me lo había planteado. Todos nos lo habíamos planteado, pero nunca había sucedido. Preferíamos sentarnos en sillas tratando de adivinar cuáles serían los nombres que pronunciarían a la mañana siguiente.

—Volveré. —Iba a decir «Nunca os abandonaré», pero estaba demasiado débil para andar haciendo promesas.

—¿Qué título decías que tenía? —preguntó Jong.

—*El Padrino*. Es una historia de la mafia.

—Es una porquería —dijo el profesor Malixi al pasar—. Una porquería de novela pop sobre la decadencia capitalista y el romanticismo feudal.

Calvo, de unos cincuenta años, barba desaliñada, gafas de montura metálica y una pipa muy mordida, Malixi era todo aquello que no era Jong y también era todo aquello en lo que Estoy podría llegar a convertirse con el paso de los años. Había

hecho su doctorado en Historia en Alemania y reclamaba para sí la distinción, muy poco discutible, de ser el único filipino que había leído *Das Kapital* en su idioma original. Cada vez que lograba reunir a un puñado de novatos, les daba una clase sobre su tema preferido: las bondades de la variante de la defensa siciliana de Paul Keres.

—Es interesante, de todos modos —respondí sin convicción.

—Seguro. Nunca dije que no lo fuera —dijo el profesor sin mirarme. Estaba raspando la pipa para limpiarla y el ruido se me clavaba en las costillas.

—¿Así que también la has leído? —Quería que pareciera una acusación.

—Ajá —dijo metiéndose la pipa en la boca. Volvió a sacársela para que pudiera oírlo mejor—. La leí hace dos años, en Nueva York, en cuanto salió.

—En el idioma original, supongo. —Me reí de mi broma y, para empeorar las cosas, Jong se rio conmigo.

Malixi me miró fijamente y, antes de seguir su camino, me dijo:

—Vas a malgastar el dinero de tu madre.

Malixi ya había salido de permiso para ir de pícnic con su familia. Tenía dos hijas pequeñas que debían de rondar los tres y los cinco años. Al cabo de un tiempo, el escolta que lo había acompañado hizo correr una historia, decía que el profesor había pasado el viaje de vuelta al campo llorando. Malixi no había solicitado un permiso desde entonces, aunque su mujer, que trabajaba de supervisora de un hospital, parecía disponer de medios suficientes. Malixi se había vuelto más bronco y más arrogante, más malicioso ante todo lo que le resultara mediocre o poco meditado. «Ese es el problema de la revolución —lo oíamos mascullar—, cabezas a medio hacer, mentes vagas, cualquiera diría que todo se reduce a gritar.» Pero él también gritaba.

Unos domingos atrás lo habíamos oído gritándoles a su mujer y a sus niñas; para poder ver la escena, habíamos ido subiéndonos a hombros, los unos a los otros, por turnos. La niña mayor estaba cogida a su madre y la pequeña berreaba. Daba la impresión de que la mujer trataba de hacerlo entrar en razón. No lográbamos oír las palabras exactas. Estaban de pie, lejos, al lado de la valla, en un rincón lleno de hierba en el que las familias solían tender las esteras, un parque de pega de uso exclusivamente dominical. Tony Grajo, que estaba lo bastante cerca como para oírlos, nos contó más tarde que Malixi le había ordenado a su familia que no volvieran a visitarlo nunca más. En ese momento, vio que un guarda se acercaba directo al jaleo. Malixi lo señaló con el dedo como debía de haber señalado a algún estudiante impertinente de su clase. Podíamos adivinar lo que decía: mantente al margen, estas son cosas de familia. Atónito ante tanta majestad, el guarda se retiró y volvió al cuartel. Al cabo de un instante, oímos al sargento Quiones anunciar por megafonía que, por la autoridad que tenía, daba por concluido el horario de visitas, aunque solo eran las tres. Las familias y las parejas salieron para confirmar lo que habían oído dejando escapar silbidos y quejas. Pero los guardas actuaron con celeridad: una pareja de soldados que avanzaba a paso rápido abrió las puertas y un destacamento se

encargó de conducir a la gente afuera. Como la familia de Malixi no quería marcharse, él les dio la espalda y fue directo a su litera. Al poco, todos se habían ido, el patio estaba desierto y las puertas cerradas. Esa noche hasta a los compañeros de mesa habituales de Malixi les costó hablar con él, pero cuando empezaron las partidas de ajedrez y él hubo escogido a su desgraciado contrincante, todo pareció volver a la normalidad.

El domingo siguiente la mujer de Malixi apareció sin las niñas, pero él se negó a verla y, para alivio de todos, Tony logró convencerla de que se marchara. Al parecer, ella habría insistido en que no tenían ningún problema, en que su matrimonio era el mejor del mundo. Y sí que lo era, concedió el profesor más tarde reflexionando mientras pensaba muy concentrado en un jaque mate, y las niñas también, pero él no quería verlas, eso era todo. Y así siguieron las cosas semana tras semana. Su mujer se quedaba en la puerta, Tony salía para convencerla de que el profesor estaba bien, y luego ella se iba y Tony le decía a Malixi que la familia estaba bien. Malixi mascullaba unas palabras de agradecimiento y se entretenía con la pipa y sus problemas de ajedrez. Era un arreglo curioso, pero él parecía satisfecho. Bromeaba con nosotros, cada vez se mostraba más pendenciero. Escogía sus insultos con jubilosa precisión y al final terminaba irritándonos como solía.

Y un buen día, un domingo, pareció lo bastante relajado como para reunirse con su esposa en la valla. Ella podría haber cruzado la puerta, podría haberse pegado a él, pero se controlaba, extremaba la atención para no perder la compostura. Él se quedó con las manos a la espalda y se puso a hablar en voz baja. Daba la impresión de que ella no sabía dónde poner las manos, pero se la veía contenta. Tendría unos treinta y ocho, cuarenta. Se habían casado tarde, evidentemente. La cosa habría ido así: un noviazgo muy difícil, lleno de inseguridades y síes atropellados. Y de repente, mientras todos mirábamos, la reunión terminó. Malixi dio media vuelta y volvió a cruzar el patio mientras maldecía a los mirones más desvergonzados.

El domingo de mi permiso me levanté más temprano que de costumbre, me apliqué a mis ejercicios de gimnasia con un brío agotador, me duché, me lavé los dientes y me vestí. Le había pedido a mi madre que viniera a las ocho, después de misa. Iba a misa de domingo para complacer al Señor y a las psicólogas del Ejército —dos mujeres recién salidas de la academia de trenzas largas y una afabilidad despiadada—, que aparecían de vez en cuando para evaluar los progresos de nuestra rehabilitación. La misa la oíamos en el comedor, la decía un capellán del Ejército que nos instaba, infatigable, a dar la espalda a la impiedad... y precisamente eso era lo que hacíamos, pensábamos todos. Creíamos en Marx, eso huelga decirlo, como huelga decir que también creíamos en Dios. Éramos filipinos y teníamos una tremenda capacidad para la fe. Tal vez eso fue lo que le complicó la vida al profesor Malixi: sus años en Europa, el frío, la masonería, ese idioma recio y gélido de malos de películas

bélicas... todo aquello había congelado una parte vital de su ser. Malixi no iba nunca a misa. El capellán era un idiota, eso para empezar, decía, y ese ni siquiera era un argumento filosófico sino su mera opinión personal.

De modo que allí estaba yo, en el comedor, muy cerca de la puerta, cantando aleluyas y meciéndome sobre los talones para ablandar el cuero, vigilando por si mi madre decidía sorprenderme y llegar antes. Recé por que lo hiciera, que lo hiciera, que lo hiciera. Cuando dieron la comunión, aún no había llegado. No es que estuviera muy preocupado, pero me mantenía alerta ante cualquier movimiento. Miré hacia la puerta y allí estaba la señora Malixi acompañada por las niñas. Las cosas iban cada vez mejor para esa familia, recuerdo que pensé, y allí estaba el profesor en persona, ¡con su polo *barong*, sus zapatos y su sombrero de fieltro! Conque también le habían dado permiso de salida al cabrón paternalista; debían de haberlo apañado durante la semana. Yo me alegraba por ellos, pero estaba impaciente. Malixi se puso el sombrero, apretó la mano de su esposa, levantó a sus hijas como si fueran pollos, una en cada brazo, y avanzó por el camino de asfalto en dirección al cuartel. Lo seguía su escolta armado de un M-16, el mismo soldado a quien, en otros tiempos, tan rotundamente hubiera intimidado. El cargo de escolta era un privilegio para estos campesinos trasplantados: les valía un buen almuerzo gratis y un día fuera del campo de prisioneros. Quiones les asignaba las tareas y era su amo y señor, sobre todo los domingos, cuando el comandante iba a jugar al golf y lo dejaba encargado de la marcha general del lugar. Desaparecieron por un recodo y dejé de pensar en ellos. Podéis ir en paz, demos gracias al Señor.

Mi madre llegó a las ocho y cuarenta. Habían desviado el tráfico por un incendio en la ciudad. Firmamos el registro en el cuartel y nos asignaron a nuestro escolta. Su insignia rezaba «Soria»; yo ya lo había visto antes en la cuadrilla de recolección de basura. Era un soldado raso, un recluta probablemente, como casi todos los soldados. Todavía eran más jóvenes que nosotros, y todos se parecían: curtidos por el sol, musculosos, simiescos, con un permanente destello de nerviosismo en los ojos. Tenían órdenes de no confraternizar con nosotros, pero tampoco habrían querido hacerlo. Nos tenían miedo. No se trataba de un miedo físico, no, sino de algo vuduesco, como si en nuestras manos estuviera la capacidad de subvertir su bondad básica. Eramos si no malignos, sí distintos. Casi todos disfrutábamos de mejor posición que ellos, sin duda: nosotros éramos los que habíamos estudiado, los que habíamos tenido buenos trabajos, los que recibíamos visitas de novias y esposas bellas y de tez blanca (incluso de una estrella de cine en ciernes, ese era el caso del Cholo Retizos, que había heredado una franquicia de cosméticos y solía andar acompañado de zorriones), mientras que a ellos les tocaba tirar nuestra basura y levantarse aún más temprano para asegurarse de que dormíamos y de que al cabo de poco recibiríamos la comida. Ellos tenían su propio campo: la imagen especular, del otro lado del camino asfaltado, de los descomunales barracones metálicos de cubierta semicilíndrica en los que ahora consistía nuestra nueva dirección temporal. Para

distinguir unos barracones de los otros, en la entrada de los suyos se leía la inscripción «Kampo Kap. Gerónimo Guillén», homenaje a un oficial del Ejército que, en las campañas de los años cincuenta, ejecutó él solo a un escuadrón de simpatizantes comunistas. La faz esmaltada de Guillén observaba fijamente la mancha color amarillo anémona que, desde el otro lado de la calle, lo tenía hipnotizado. Por lo demás, a los soldados no les sorprendería nada de lo que había de nuestro lado: ellos también tenían su propia cancha de baloncesto, su propia huerta, su propia cerca de alambre.

—Debes estar de vuelta a las diecisiete horas —dijo Quiones cuando firmé el registro.

Junto a mi nombre habían garabateado: «chequeo médico». En el suelo, junto al escritorio del sargento, había una botella abierta de J&B. Cuando fue a cogerla, noté que había perdido la uña del meñique derecho; él me descubrió mirándolo y el dedito se escabulló bajo la palma cual cangrejo ermitaño. Volví a clavar la vista en el registro: la salida de Malixi también se debía a razones médicas.

—¿Qué pasa? —preguntó el sargento con una sonrisa burlona—. Se me están enfermando todos. Tú lo que necesitas es un trago fuerte. —Me ofreció su vaso y yo le dije que gracias pero que no bebía—. Ah, tu madre está aquí —dijo, como si ella no estuviera allí—. Soria, asegúrate de que se comporta.

Era una mañana azul y fresca, el olor a hierba recién cortada me picaba en la nariz. Teníamos que caminar hasta el portón principal para coger allí el transporte. Unas deportivas habrían sido más cómodas, pero desafiando las afiladas aristas de la libertad me había enfundado alegremente mis zapatos de cordones.

—¿Cómo te llamas? —La pregunta de mi madre me sorprendió; luego me di cuenta de que era a Soria a quien le hablaba. Tardó un rato en responder, como si tuviese que revelar un secreto vergonzoso.

—Soria —respondió él entre dientes. Mi madre se rio y, todavía más avergonzado, el soldado se aferró con fuerza a su M-16.

—¿Y cómo te llaman tus amigos?

—Diego.

Tenía diecisiete años. Diego era de Camalaniugan, un pueblo del norte, bien arriba. Ser soldado era mejor que pelar cocos. Eso fue todo lo que dijo.

—Vamos a ver una película —anuncié.

Una chispa surcó los ojos y el cuerpo del soldado y sus nervios se distendieron. «Yo te conozco —pensé, triunfal, mientras él recuperaba la compostura—, pero tú no me conoces, no puedes conocerme.» Mis pasos se hicieron más largos y rápidos y, al poco, Soria avanzaba al trote detrás de mí, junto a mi madre, con el rifle al hombro como si fuera un extraño apéndice. Mi madre no paraba de sonreír, pero sus sonrisas no me las dirigía solamente a mí: parecía transportada por esa dicha que solemos asociar a la imagen de la familia reunida más que a la de cada uno de sus miembros en particular.

—Tus hermanos pasan el fin de semana donde Pacing —dijo, refiriéndose a mi tía—. Estoy segura de que quieren verte, pero pensé que podrían visitarte en otra ocasión, y como eso ya solemos hacerlo, he decidido reservarte este día solo para ti. Iremos a donde quieras y haremos lo que quieras.

De hecho, ya teníamos el día planeado: almuerzo y luego una película. Había decidido darme un banquete en el Wah Fung.

Fuimos a Cubao en un *yipni*. Yo me senté detrás del chófer, Soria, conforme con el reglamento de los escoltas, iba a mi lado, y mi madre, al frente de los dos. Los pasajeros no apartaban los ojos del M-16. Soria tenía los ojos clavados en el suelo, y cuando levantó la cabeza, todos dirigieron la vista hacia las fábricas y los talleres y los apartamentos baratos que flanqueaban la autopista. Fue un recorrido muy tranquilo por una ciudad que parecía que acababan de blanquear y desinfectar antes de haber retocado las partes más apagadas pintándola de verde fosforescente, un verde indigesto que revestía todos los faroles e isletas, todas aquellas superficies de metal y de cemento susceptibles de ser pintadas. En los cruces, a lo largo de las diagonales, unas vallas inmensas ensalzaban la disciplina nacional en llamativas letras de molde dispuestas bajo un retrato de Marcos. Mirada al frente, detrás de su cabeza ondeaba una bandera movida por una brisa cuidadosa que dejaba a la vista el sol y las estrellas: el artista había adornado al presidente con un halo o una corona.

Pasamos junto a un trecho al borde del camino lleno de maleza donde unos cinco o seis hombres trabajaban con guadañas y cizallas. Los soldados de un *jeep* aparcado allí los vigilaban. Soria se rio entre dientes y los otros pasajeros lo imitaron, esperando ansiosos un motivo para relajarse. El chófer levantó la vista para mirarnos por el retrovisor y se pasó una mano llena de hollín por la nuca.

—¡Mejor cortar el pelo que cortar la hierba! —dijo.

Una mujer que rondaría los cuarenta, con vestido de lunares rojos y zapatos de tacón de plástico blanco, se tocó los rizos tiesos y le hizo un guiño fugaz a Soria.

—Pues esa es la parte de la ley marcial con la que más de acuerdo estoy —le dijo—, y no es que no esté de acuerdo con las otras, digo, pero es que con esta prohibición de llevar el pelo largo, nuestros hombres se ven mucho mejor, se ven como... a ver... ¡como hombres!

Un hombre mucho mayor que ella que estaba repantingado sobre el asiento acolchado más cercano a la salida despertó de su sopor y le respondió.

—Lo único que tiene que hacer es echarle un buen vistazo a lo que hay debajo de todo ese pelo. Bien puede palparlo con su propia mano.

Me reí, pero Soria parecía perplejo; mi madre seguía con su sonrisa radiante.

—Qué bien que te hayan dejado acompañarme —le dije a Soria.

—El sargento es un buen tipo —dijo—. Somos de la misma provincia.

—¿Te gusta ver películas?

Asintió.

—En mi pueblo... —empezó, pero luego se calló.

Imaginé a la perfección el cine de su pueblo: un antiguo depósito con un tejado que se pandearía en la estación de los tifones, con chinchas posadas en las sillas de respaldo tieso y el suelo resbaloso por los mocos y las pieles de mango; en la pantalla y en los ojos de Soria, sin embargo, el delicado centelleo del valor marcial y platillos volantes. Me pregunté qué imagen en particular lo habría llevado de Camalaniugan a Manila.

—Vamos a ver *El Padrino* —le dije—. ¿Sabes cuál es?

Negó con la cabeza.

—*Barilan*. —Lo informé sobre el género: película de tiros.

Sonrió.

—¿Has estado en un tiroteo alguna vez? —le pregunté, animado.

—No —dijo—, todavía no, no en uno de verdad.

—Tienes suerte —le dije—, no te han mandado ni a Joló ni a Isabela ni a un sitio de esos donde dicen que hay mucha acción.

Trampas mortales para las tropas del gobierno, los carabaos y los cerdos, para cualquier ser vivo que atravesara el fuego cruzado; en realidad, tenía muchísima suerte.

—Soy un buen soldado. Y el sargento es un buen tipo —dijo enderezándose.

El Wah Fung estaba igual que la última vez que lo había visto, aunque la mesa a la que Benny se había sentado con los agentes ahora estaba ocupada por una familia numerosa, bullanguera y sentada de manera poco elegante, que se peleaba por los fideos y las empanaditas al vapor: abuelo, abuela, tíos, sobrinos, un bebé en brazos de su hermana y el padre rascándose la piel áspera del codo. Escogí una mesa al fondo del restaurante, cerca de la cocina y lo más lejos posible de la puerta. Al ver el rifle de Soria, un camarero se apresuró a atendernos; debió de suponer que yo era un pez gordo con guardaespaldas, y no hice nada para disipar su impresión. Pedí fideos, rollitos de primavera, empanaditas de cerdo (pedí un par de más para llevárselas a Jong) y arroz frito con gambas. Me deleité con el vapor que despedían los fideos y mi madre se encargó de llenarme el plato con un buen montón de arroz.

—Tendrías que comer más, te estás quedando muy delgado.

—Si llego a estar muy delgado, podré escabullirme por la cerca.

—No, por favor —dijo Soria, que estaba mordisqueando una empanadita, imitándome con un refinamiento considerable—. Te pegarían un tiro.

—Era una broma. Pero no es mala idea, ¿no?

Soria se alejó del plato y mi madre le sirvió arroz.

—Basta ya de hablar de tiros. Toma, que tienes cara de ser de buen comer. Come, come. La película será larga.

Mientras comíamos, la familia de la mesa grande se marchó. No tardó en ocupar su lugar un hombre alto y corpulento de unos cincuenta y pico acompañado de una mujer muy guapa de veintitantos. Aun en la hora de la mayor afluencia, tenían toda la mesa para ellos solos; se sentaron en una punta retirada y se pusieron a hablar en voz

muy baja, y cada tanto el hombre dirigía la mirada hacia el enorme rubí de su dedo corazón, hasta cuando fingía estar escuchándola a ella. Durante unos instantes pensé que podría ser su hija, pero entonces miré hacia abajo y vi que con la otra mano le acariciaba la rodilla, y la empanadita se me quedó atravesada en la garganta.

Llegó su pedido: pato asado, verduras chinas, fideos, cerveza. Diestra en el uso de los palillos, ella iba dándole al hombre tajadas de pato y guisantes sueltos entre bocado y bocado mientras él acariciaba la botella color marrón oscuro con la mano enjoyada. Su otra mano no llegó a tocar la comida. Miré a Soria y a mi madre y supe que ellos también habían estado observándolos, pero nadie dijo una sola palabra sobre la pareja. Terminamos y nos fuimos.

La sala estaba abarrotada, todos estábamos de pie en el pasillo. Cuando un hombre se levantó y se fue, el gentío se abalanzó hacia la silla vacía, pero Soria levantó el rifle del suelo, un poco solo, para que los demás lo vieran, y le hizo señas a mi madre.

—Tome asiento, por favor.

Ella se sentó y le dio las gracias.

James Caan lo hizo con la dama de honor contra la puerta del dormitorio, tal como el libro había predicho. Yo había estado esperando aquel momento culminante, pero entonces, en presencia de mi madre y de Soria, me entró vergüenza. Mierda, pensé, fantasea después, en la libertad de tu litera. A mi espalda, el soldado soltó una risita y me pregunté si su inglés sería bueno, pero cuando Apollonia volvió a salir en la película, los dos la miramos con la respiración entrecortada.

—¿Te gustaría ir a casa? —preguntó mi madre de sopetón.

—¿A casa?

Era una posibilidad que había contemplado, pero no estaba seguro de que nos diera tiempo. Llevaba seis meses sin ir, pero parecía que hubiera pasado mucho más tiempo.

—¿Podríamos ir un rato a casa, Diego?

Me molestó que tuviera que pedirle permiso.

—Vamos —respondí antes de que Soria, que seguía rebosando buena voluntad, pudiera oponerse. Ya habíamos salido del cine y los llevé a la parada del autobús. Tardaríamos treinta minutos en llegar a casa; esa vez Soria se sentó detrás de nosotros.

—Te he preparado *guinatan*. Está en la nevera, pero podemos calentarlo si quieres.

—Gracias —dije con brusquedad.

Me pasó el brazo por los hombros y yo me estremecí, pero al cabo de un rato ya me sentía mejor.

—¿Te tratan bien?

Asentí; después me recosté sobre ella y me quedé dormido.

La cabezadita me debilitó. Las piernas me temblaban al entrar por la puerta y encontrar las cosas tal y como estaban cuando me había ido: el televisor Zenith de madera, los álbumes de fotografías en la mesa del rincón, las fotografías de boda en la pared.

Mi madre nos sirvió el *guinatan*. Sabía que yo echaría de menos esas densas gachas de mandioca bañadas en leche de coco y panapén que solía devorar por las tardes. Se habría pasado la mitad de la noche amasando la harina de mandioca para dar forma a aquellas bolitas pequeñas como canicas. Estaba, de verdad, en casa. Me levanté, tazón en mano, para ir a mi cuarto. Soria dejó el plato en la mesa para seguirme, pero mi madre, encantadora, lo contuvo diciéndole:

—Ay, Diego, no va a irse a ninguna parte, y si se escapa puedes pegarme un tiro a mí. ¿Quieres un poco más?

Me senté en la cama y, por la ventana abierta, contemplé los tejados de los vecinos. Daban a callejuelas, canales, puentes, autopistas. Habría sido muy fácil. Tal vez ella lo tuviera todo planeado, pero ¿para qué?, pensé, ¿para qué? La cárcel daba miedo, pero la libertad daba más miedo todavía. La cárcel podía ser un lugar cálido y tranquilo, allí lo único que tenías que hacer era pasar el rato. Oí a mi madre riéndose en la otra habitación y a Soria hablando con su tono uniforme y vacilante. Suerte tenía él también de poder estar pasando el rato en el campo de prisioneros: ni selva ni emboscadas ni malaria, tan solo un día tras otro, a salvo y en la civilización. Si me escapaba, todo eso cambiaría, cambiaría para todos los hombres de aquel campo, pero si nos comportábamos, tal vez llegaran a declarar una amnistía general, quién sabe, y nos dejaran en libertad para formar parte de la sociedad nueva y moderada que estaba construyéndose a nuestro alrededor.

—Y él nunca —mi madre calló al verme: sorpresa: consternación: alivio, y continuó— me dio guerra en el colegio, siempre hacía lo que le pedía.

Soria contemplaba mis fotografías de primaria con la mirada vacía.

—Es hora de irnos —dije.

Soria soltó un eructo al ponerse de pie y se rio. Mi madre se levantó más despacio, cerró el álbum y volvió a dejarlo en el estante.

—No tienes que acompañarnos, encontraremos el camino —le dije.

—¿Estás seguro? —No había perdido la esperanza.

Soria recogió el rifle, que yacía en el sofá.

—Muchas gracias por todo, señora.

—Un placer —dijo mi madre sin apartar de mí la mirada—. Hasta la semana que viene.

Asentí. Soria estaba entretenido con su rifle. Mi madre me dio un poco de dinero para el viaje y una bolsa de plástico con las empanaditas para Jong y un tarro de *guinatan*. Le di un beso en la mejilla y nos fuimos. Una tropa de niños, hipnotizados por el arma, nos siguió hasta la parada del autobús entonando una canción marcial.

Ni Soria ni yo abrimos la boca durante el viaje de regreso en autobús, no hablamos hasta que empezamos a recorrer a pie la calle que llevaba al campo desde el portón principal.

—Y entonces, ¿te gustó la película?

Él asintió, pero algo lo inquietaba.

—¿Era...?

—Creo que sí, hace mucho tiempo. En América.

Pensamos en América un rato. Según personas como Malixi, un país en los estertores de sus propios excesos.

Mazola Cadillac V8 Pepsodent te preguntará adónde habrá ido a parar el amarillo cuando te laves los dientes con el *Reader's Digest* y todo ese humor uniforme y esa risa medicinal de personajes inolvidables que llevan vidas reales y dramáticas en Pleasantville. Y sí que vale la pena enriquecer tu vocabulario, muchacho, no estarías aquí si no, en Elmyra, entreteniéndolos a los nativos con tus pintorescos discursos, explicándoles cómo es que conoces las galochas y las chaquetas de leñador, cuando tú la nieve no la tocaste hasta que fuiste adulto, un adulto extranjero que, como mucho, debería despachar en una tienda de comestibles en vez de andar diciéndoles por qué la película que tanto odiaban era, al fin y al cabo, la que había que ver, eso en caso de que supieran a qué tenían que estar atentos, por lo menos.

«¿Qué te trae por aquí?», te preguntan, y tú respondes «Mazola», cita citable por derecho propio y verdad de la buena. Por así decirlo.

La primera vez que volé hasta allí, en el séquito del VM, tuve que pedirle a mi compañero de asiento que se echara hacia atrás mientras yo pegaba la cara a la ventanilla para que mis ojos contemplaran por primera vez los Estados Unidos de América, su imperialista majestad. A nuestros pies se extendía la generosa musculatura de la costa californiana, pero en lo único que podía pensar era en el obsolescente participio del verbo «verificar»: «verificado».

Iba silbando la melodía de *El Padrino* cuando el campo de prisioneros apareció ante nuestra vista. Sicilia, pensé, y allí estaba yo, Michael Corleone, me habían sacado a pastar. El sol se ocultaba y ya se habrían ido todos los visitantes, nos cruzamos con algunos que cargaban sus cestas vacías por la carretera. Llegábamos veinte minutos tarde, pero qué más daba, el sargento era un buen tipo.

Cuando cruzamos el portón de la entrada oímos risas. La gente se divertía en un domingo perfecto. Yo firmaría la entrada, me reuniría con los chicos y les contaría la enmarañada historia de los Corleone; nada de ajedrez esa noche.

—Llegas tarde —dijo el sargento Quiones cuando entré en el cuartel seguido de Soria. Apeataba a licor y tenía la camiseta manchada de sudor y salpicaduras. Había

otros cinco o seis soldados alrededor de su escritorio tomando whisky servido en frascos de café que usaban como vasos. Sobre el alféizar se extendían varias botellas vacías del licor local barato. El sargento tenía una de Johnnie Walker toda para él además de otras dos importadas que ya se había soplado. Los soldados me miraron fijamente, entusiasmados. Me pareció que uno le daba patadas a la pared que tenía detrás y otro más soltaba gemidos gatunos en una especie de juego.

—Lo siento —dije.

—Dice que lo siente, muchachos. ¿Os parece que lo siente realmente? —Risitas—. ¿Qué hay en la bolsa? —Me arrancó la bolsa y volcó el contenido en el escritorio. El tarro de *quinatan* salió rodando y se habría caído al suelo de no ser por Soria, que estiró la mano y alcanzó a agarrarlo justo a tiempo. El sargento les lanzó las empanaditas a los soldados y ellos se las lanzaron entre sí antes de probarlas.

—Dame eso, Soria.

—No es nada, señor...

—He dicho que me lo des.

Soria puso el tarro en la mesa. Quiones lo cogió y trató de desenroscar la tapa pero estaba demasiado débil. Soria se apresuró a ayudarlo. Quiones se volvió hacia mí y me dijo:

—Arrodíllate. —Permanecí inmóvil—. ¡Arrodíllate! —Me agarró del pelo y me puso de rodillas a la fuerza—. Lo sientes, ya veremos cuánto lo...

Soria se acercó al sargento y le dijo algo con voz apremiante en su dialecto del norte y el sargento le respondió en ese mismo dialecto, pero cuando Soria lo cogió del brazo, él se zafó a la fuerza y le dio una bofetada con la mano libre. Los otros soldados se rieron. Uno de ellos le pasó un trago a Soria, pero este se apartó.

—El problema con la gente como vosotros —dijo Quiones mientras el *quinatan* me chorreaba por la frente y se solidificaba en mi camiseta— es que os creéis muy listos, pero con vuestra educación y todo olvidáis que en esta universidad ¡el profesor soy yo! —Imitó a Malixi fumando su pipa y todos menos Soria soltaron una carcajada—. ¡Aguas, ya basta! Tráelo.

Oí el ruido de una cisterna seguido de un forcejeo y un gemido. Malixi salió por una puerta tambaleándose, desnudo y brillando hasta la cintura. Tenía el lado izquierdo del rostro hinchado y de un tajo en el labio le manaba sangre fresca. Sin las gafas parecía más accesible pero distraído. Luego apareció su escolta, Aguas, retorciendo una camiseta mojada para formar una gruesa cuerda.

—Estúpido, estúpido —dijo el sargento. Aguas le dio un porrazo a Malixi en la cabeza y el profesor cayó hacia delante. Quiones le cogió la camiseta al soldado y me la lanzó—. Límpiate. Tienes una pinta asquerosa.

Me limpié el pegote y me entraron arcadas: la camiseta estaba empapada en orines.

—Hazlo o le diré a nuestro profesor que se encargue de él. Parece hambriento.

Me limpié la masa pegajosa de la frente y las mejillas.

—A ver, Soria, que te quede muy claro: no se puede confiar en esta gente, ellos no son ni como tú ni como yo. Y nos buscan problemas a todos. Nosotros tratamos de manejar bien las cosas, les concedemos privilegios, privilegios razonables, ¿y qué hacen ellos? —Volvió a tapar el tarro—. Abusan de nosotros. Y pueden llegar a ser muy estúpidos, no te lo creerías, con esos aires que se dan. —Le dio una palmadita a Soria en el hombro, como un tío feliz—. Eres un buen muchacho, Soria. Has llegado tarde pero lo cierto es que lo has traído de vuelta.

—Sí, señor —oí decir a Soria—. Puede confiar en mí, no le quité los ojos de encima.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Malixi mientras le ayudaba a regresar a nuestros barracones.

—Me di a la fuga, justo delante del portón principal. Fue un arrebato... No quería volver a entrar.

—Pero ¿por qué?

—¡Por qué! ¿Cómo puedes preguntarme por qué?

—¿Cómo pudiste ser tan estúpido?

Yo estaba furioso: nos había perjudicado a todos.

—¡No lo sé! ¡Tal vez lleve muchos años siéndolo! —Estaba llorando—. Tendría que haberme casado y haber tenido hijos hace treinta años, entonces o nunca. —Me cogió de los hombros—: Pero tú eres más idiota todavía, porque eres más joven que yo y tienes los pies más rápidos, y hete aquí, tan imbécil como yo, soportando esto.

Nos rodeó la muchedumbre y Malixi se alejó entre un velo de brazos y voces. Jong me atrajo hacia sí.

Ese fue, por supuesto, el fin del sistema de permisos; hasta que un nuevo coronel tomó el mando imponiendo otras argucias. Las visitas quedaron suspendidas durante un mes y muchos empezamos a dedicarle a Malixi miradas muy duras; él se encerró aún más en sí mismo y cambió el ajedrez por la jardinería.

En agosto de ese mismo año, poco después de mi liberación y durante un tifón muy violento, siete hombres —entre los que se contaban Malixi y Jong— lograron atravesar la cerca y protagonizaron la primera fuga del campo. Malixi y su familia emprendieron un largo viaje en barco hasta Borneo vía Zamboanga, y en Malasia les concedieron el estatus internacional de refugiados. Eso le permitió viajar a Canadá, y lo último que supe fue que daba clases de Historia y de Alemán en la Universidad de Vancouver.

\*

Cuando volví a ver a Laurie estábamos en plena canícula y la hierba del campus había quedado reducida a un rastrojo pardusco. El VM había pronunciado un discurso

sobre el nuevo programa de viviendas del gobierno ante un auditorio lleno de estudiantes de Economía y Ciencias Políticas; un discurso, como todos, generosamente salpicado de palabras como «mandato», «avance», «iniciativa», «igualdad» y «significativo». Yo me había quedado rezagado con la excusa de convencer a unos tipos de Ciencias de la Comunicación de que nos buscaran a gente con dotes para la escritura. Con todos los discursos, los folletos, las ruedas de prensa y los informes que había que redactar cada vez que en la oficina se les ocurría una nueva orden, un nuevo avance o una nueva iniciativa, el departamento de relaciones públicas no paraba de crecer, y la universidad seguía siendo el mejor sitio para contratar asistentes. Llegó un momento en que pareció que el régimen tenía en nómina a la mitad de la facultad, todos encargados de asesorías de eso y de lo de más allá —escritores, historiadores, antropólogos, sociólogos, psicólogos y, claro está, economistas y politólogos—, todos con rutilantes diplomas de universidades como Cornell, Michigan y UCLA. Y no eran pocos los que venían de Fuerte Bonifacio y del Campo Crame o se habían librado de la reclusión por los pelos.

Así que me entretuve interpretando el papel de ayuda de cámara del VM y cerrándole la puerta del Mercedes-Benz después de haberlo defendido cortésmente del acoso de profesores y jefes universitarios decididos a darle la lata. El VM había estado charlando brevemente con un compañero de promoción de Stanford, añadiendo un chisme aquí y otro allá para deleite del profesor, pero yo estaba seguro de que se había alegrado cuando le hice señas al coche para que se acercara. El profesor me fulminó con la mirada por mi impertinencia, pero yo me limité a encogerme de hombros. Que se pudran tú y tus diplomas y tus libros y tu mierda macroeconómica, pensé, apuesto a que el bueno de Freddie está más al tanto de dónde está escondido el dinero en este país que tú.

Ese día hacía calor, y cuando se marchó el VM me aflojé un poco la corbata, lo justo para dar a entender que no estaba de servicio. Subí al Toyota Corolla color azul pastel, un modelo del 76 con el volante a la derecha que el departamento me había adjudicado después de sacárselo a los de Aduanas. El juguete abandonado de algún pelele, tal vez, que había empezado a oxidarse y descascarillarse entre los Jaguares, Mercedes, Lancias y Volvos incautados porque nadie iba a tomarse la molestia de pagar las tasas de un error estúpido. El asunto se despachó con un JR, un justificante de recibo, de departamento a departamento, y el coche quedó al servicio de otra «iniciativa» del gobierno: la mía. Me sentía como un potentado, circulando por la ciudad en un modelo de importación —de cuatro años pero totalmente original— y, además, con matrícula oficial, poco me importaba parecer un chiflado por ir sentado en el lado que no tocaba. Estaba aprendiendo a conducir, de todos modos, y la adaptación fue rápida y casi indolora; ellos también tendrían que adaptarse a mí, los conductores de yipni y las jefas de supermercado que me miraban con ojos

desorbitados y a quienes me divertía atemorizar cuando, con mucho estruendo, me acercaba en un coche que parecía no llevar nadie al volante. Otra ventaja que se me ocurría era que siempre me mantenía apartado de la parte central del tráfico, del lado del posible choque, y que estaba más cerca del borde de la calle. Conducir un coche con el volante a la derecha cuando el tráfico circulaba por la derecha me daba más margen de seguridad, excepto cuando había que girar a la izquierda, claro está.

Circulé por el campus durante un rato pensando en una nueva excusa para posponer mi misión de reclutamiento. No es que al VM fuera a importarle: teníamos bastante libertad para organizar nuestro horario laboral siempre y cuando se ajustara a la agenda del VM. En cierto modo, al no tener horario trabajábamos a todas horas: las horas de póquer eran horas de trabajo, y viceversa. Hasta había terminado aprendiendo a jugar y todo, y de tanto observar al cuarteto del VM desde todos los ángulos, creía que los tenía bien calados: tics, ruidos, silencios, todo. Y esa vez que el VM tuvo que ausentarse para asistir con su mujer a la presentación en sociedad de una sobrina, cuando ya nos habían dado la prima de mitad de año y a mí me faltaban unos mil pesos para poder comprarme ese estéreo que tanto deseaba, me sentí perfectamente preparado para el privilegio de compartir mesa con el diputado, el general y Freddie. Gané las primeras manos, sencillísimo. Freddie se retiraba casi siempre alabando la fortuna y la habilidad de los demás; nunca perdía más de quinientos o seiscientos, pero todos lo adoraban, y yo también, y nos reíamos de esos chistes patéticos en los que tan mal quedaba, sobre todo del chiste de ese día en que pisó una caca y fue arrastrándola hasta la oficina de prensa de Malacañang.

Pero el general no tardó en perder su buen humor y subió su apuesta a mil con un par de jotas contra mi escalera, y yo tuve las agallas de igualársela y subir cien más. Entonces él subió de nuevo otros mil y así seguimos hasta que incluso el diputado se retiró fulminándome con la mirada y yo pestañeé mientras una oleada de frío se apoderaba de mí, entonces me retiré y lo perdí todo salvo sus afectos, y ellos dieron rienda suelta a su alivio con una carcajada. No juegues nunca una partida sin límite con un general, me dijo Freddie entre dientes mientras me servía el Chivas Regal del diputado. Ajá, ajá, ajá, dije inclinándome para pegarle al general en la espinilla en medio del barullo de una revolución, pero, claro, nunca lo hice. El general me dio mil de propina antes de irse, por buen perdedor, y yo me lo gasté todo en Donna, una chica de alterne en Timog que fingía ser quien aparentaba ser: una fraternal y cotizada estrella de cine que parecía disfrutar de la vida sin la menor promesa de coito.

Naturalmente, Donna sabía todo lo que había que saber, y pasadas las cuatro de la madrugada, despojado de mi dinero, de mi semen y de las buenas intenciones con las que había convertido sus miserias en espuma, la dejé y regresé a mi coche renqueando y soltando maldiciones en cuanto descubrí que había dejado las luces traseras encendidas. Me escabullí del motel. Ella dormía con la boca abierta, se le veían las hebras de pollo entre los dientes y tenía el pintalabios todo corrido porque

mis prisas le habían impedido darse una ducha. Su aspecto y su olor eran atroces esa mañana, y es probable que los míos también lo fueran, pero no había nadie para decírmelo.

Ahora vivía solo en un piso cerca de la avenida V. Luna; mi madre me visitaba de vez en cuando para reabastecer la nevera y repasarme la ropa en busca de rotos para remendar; yo protestaba un poco, agradecido, le pasaba algo de dinero por el favor, y ella también protestaba, pero terminaba aceptando el dinero y entonces se acordaba de alguna matrícula exorbitante de los estudios de Thea o de algún suplemento alimenticio que mi padre necesitaba para atenuar el efecto de la nicotina en sus pulmones.

Como no los veía casi nunca, me ahorraba sus quejas insustanciales y cotidianas, pagaba la mitad del alquiler del piso en Novaliches al que se habían mudado y agradecía el espacioso silencio que, con la ligereza del polvo y la sombra, se había posado entre nosotros. La mejor manera de quererlos, me dije a mí mismo un domingo por la mañana, era siendo el mejor Bulaong del mundo, y mi madre, que por amor todo lo aceptaba, empapeló las paredes con fotografías mías: yo en mi extraño coche, yo con el VM en una misión a Davao, yo pronunciando un discurso en nombre del VM en la delegación de la JCI<sup>[31]</sup> en Guiguinto y yo, por supuesto, sonriendo de oreja a oreja en Estados Unidos, en amarillas colinas otoñales. Es un buen chico, podía oírlo diciéndoselo a los vecinos, durante una temporada casi lo perdimos, eso fue hace mucho tiempo, pero hay que ver adónde ha llegado, solo le falta una esposa.

Al cabo de un tiempo dejamos nuestros apartamentos y volvimos a vivir en familia; luego regresé a Estados Unidos y los álbumes de mi madre volvieron a engordar.

Vi a Laurie de pie en la parada del autobús de la facultad, con una bolsa de libros en una mano y un paraguas de color naranja brillante en la otra. Hacía tres semanas que me había preguntado por Benny. Yo le había comentado el asunto al general Nieves durante la recepción que había seguido a un desfile de veteranos (mejor, pensé, así él sentiría el poder que emanaba de su uniforme de gala), y él me había pedido que escribiera el nombre completo de Benny en el reverso de mi tarjeta, pero no había vuelto a saber nada de él desde entonces. La verdad es que empezaba a preocuparme un poco que, en vez de buscar a Benny, los muchachos de Nieves actualizaran mi expediente con aquella consulta insignificante y utilizaran mi tarjeta como prueba, incluso con mi nombre deletreado correctamente.

En cuanto Laurie se subió al coche, le pedí disculpas; durante unos instantes, había contemplado la idea de pasar de largo para ahorrarnos la vergüenza de su pregunta y de mi fracaso, pero aquel día duro y oscuro ya había escurrido el bulto

demasiadas veces. Cuando sonrió a la ventanilla abierta y se rio al ver que tenía que rodear el coche hasta el otro lado, me alegré de haber querido quedar rezagado. No había sido el campus lo que me había retenido; es más, después de mi liberación y mi rehabilitación en el seno del personal del VM, la universidad —esa Universidad— me parecía una zona ajena que tan solo me resultaba familiar por la presencia de los hombres de seguridad, con sus polos blancos, y de los controles de seguridad que había por todas partes. Una mañana, mientras recorría el campus en coche, vi la furia recién pintada en las paredes: MARCOS HITLER DIK.<sup>[32]</sup> alguien se había quedado sin pintura o sin tiempo. O sin voz: fue el silencio de los corredores lo que me expulsó de allí la primera vez que volví al lugar, el chirrido odiosamente regular de la tiza en la pizarra, los rostros de mirada bovina, demasiado parecidos al mío. No tenía excusa para marcharme, pero tampoco un motivo para quedarme. Y tal vez el error que cometí fuera ese: haber identificado la Revolución con los discursos y los gritos y las canciones, con rostros particulares, con un sueño febril de bosques, con una libertad que, en realidad, todavía estaba por ganarse, y cuando todo se esfumó o quedó aplastado, no sentí la urgencia imperiosa de parar y terminar de escribir TADOR TUTA.

Pero me detuve por Laurie. Sentía curiosidad por cómo habría conseguido recomponerse, recuperar una pasión nueva del naufragio.

—Gracias, sabía que me ayudarías —dijo mientras tiraba sus cosas en el asiento trasero—. Yo sé que está vivo. Y mientras ellos sigan buscando, tú has hecho lo que podías.

—Preguntaré mañana.

—Bien. Es muy amable de tu parte.

—No puedo prometerte nada...

—Y no te lo he pedido. No pasa nada, en serio. ¿Podemos hablar de otras cosas? ¿Qué te trae por aquí?

Le hablé del discurso del VM.

—Claro —dijo ella, distraída.

Iba mirando por la ventanilla y se me ocurrió que ir sentada en el asiento delantero de un coche con el volante a la derecha debía de parecerle raro. La última vez había insistido en coger un taxi después de darme su teléfono, que yo no había marcado todavía.

—¿Adónde te llevo? —pregunté dirigiéndome a Katipunan Road.

—Debes de estar muy ocupado.

—No, hoy no. Voy a tomarme la tarde libre.

—¿Por qué? —Soltó una risa un poco extraña. Si le hubiera dicho: «Sí, voy rumbo al aeropuerto para coger un avión a Dublín», se habría reído igual, de la misma manera.

—Porque sí. Porque puedo permitírmelo. El jefe lo sabe. ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Que adónde ibas.

—Pues el caso es que no lo sabía muy bien. Estaba jugando a un juego. Me dije que cogería el primer autobús o yipni que pasara y daría vueltas un rato, tal vez iría a ver una película y después a casa, pero entonces llegaste tú.

—¿Y por qué lo haces? —Esquivé bruscamente un rebaño de cabras que habían salido de los arbustos hacia la calle.

—Porque así descubro cosas distintas, algo nuevo. —Se revolvió en el asiento y alargó la mano para coger el bolso—. ¿Te molesta que fume?

—No.

Me ofreció un Winston y yo lo rechacé sonriendo.

—Lo dejé hace tres años.

—Suelta el sermón, entonces —dijo.

—Cuando doy sermones me los pagan.

—Estoy sin blanca. —Dio una calada profunda e hizo un esfuerzo enorme pero inútil por echar todo el humo por la ventana.

—Pensaba que Eurípides era apasionante —dije. ¿Qué estudiaba? ¿Economía? ¿Teatro?

—Lo es. Pero yo no. Me siento... usada. Y vieja. Incluso fea.

Me tocaba reírme a mí. Como Laurie se había recogido el pelo en una cola de caballo, su frente parecía más grande de lo normal, y una delicada arruga empezaba a formarse a ambos lados de su boca, pero no podía pasar de los veintiocho o los veintinueve años, y con un poco de maquillaje y una pizca de pintalabios la habrían confundido con una estudiante recién licenciada en busca de su primer trabajo. Se lo dije.

—¿Maquillaje? ¿Para qué?

—Para verte mejor...

—¿Y para qué?

—Pues por Benny. Cuando lo encuentren y lo traigan...

—Estoy segura de que tampoco él se verá muy atractivo —dijo Laurie.

Se quedó mirando hacia fuera, hacia la extensión vallada del Ateneo: otro campus, otro tiempo en el tiempo y, más allá, las crestas encaladas y cegadoras de Marikina y San Mateo. Si caminabas en línea recta a través de esas montañas, llegabas a Quezón y, más lejos todavía, al Pacífico, frío y profundo, donde los peces loro recorren los cascos descompuestos de los galeones, ajenos a todo salvo a los fríos dedos de la anémona. Laurie se rascó la mejilla con el dorso de la mano; en el regazo le cayó un poco de ceniza que centelleó en el azul oscuro de su falda, pero ella no se dio cuenta o no le importó.

—En realidad no quiero verlo —continuó—, es decir, no quiero que me vea... No sabría qué hacer. Pero aun así, quiero encontrarlo.

—¿Por qué? ¿Puedo preguntar por qué?

—Las cosas han cambiado.

—¿Cómo?

Giré a la derecha, hacia el bulevar Aurora, y quedamos encajados entre un enjambre de yipnis. Aunque no sabía muy bien adónde íbamos, sí sabía que quería pasar más tiempo con ella.

—¿Cómo? Mírate —dijo. Tiró el cigarrillo por la ventanilla y me miró a la cara—. No tengo intención de criticarte. Lo habría hecho hace años, pero ya no puedo y no lo haré. No te preocupes, somos amigos. —Me dio un golpecito en el muslo. Un camión de reparto se metió delante de nosotros, iba hasta arriba de pollos que miraban hacia todas partes con la boca abierta de par en par y los párpados temblorosos.

—Tú ya sabes lo que me pasó... —dije lentamente—. No sé qué decir. No quería morir.

Cuando me liberaron, sabía que no quería morir. Era más fácil creer que me había equivocado y que adolecía de un infantilismo fácil de perdonar que creer que estaba en lo cierto y que, por tanto, debía perseverar, ser un héroe a pesar de mi edad, de mi clase, de mis débiles ansias de una débil vejez gimoteando frente al videocasete por una película de los setenta. «Si no es ahora, ¿cuándo? Otra vez será. Si no actuamos nosotros, ¿quién lo hará? Otros los harán».

Había otros que sabían más, que eran más fuertes, que tenían razones más firmes que las mías para acechar al enemigo, razones santificadas por la sangre. Que lo hicieran ellos. Esa era mi excusa: yo no era nadie. Yo no era nadie y no iba a formar parte de la gloriosa carnicería, del distinguido tren de ataúdes que encendía las capillas y, por todo el mundo, mantenía a los portadores de féretros ocupados, de Belfast a Beirut, a Soweto, a Buenos Aires, a Dilimán, con su estela de flores, madres, prometidas, diplomas, novelas sin terminar, ajo chisporroteando en la sartén, cepillos, alfilerazos y las plañideras lluvias de agosto. Si había otros que luchaban era porque ellos también se resistían a morir o, al menos, a llevar unas vidas que los obligaban a no ser ellos mismos, pero yo no tenía esos escrúpulos; yo podía ser, y sería, otro, pero viviría; podía vivir con mi culpa, eso sí que podía hacerlo, y dejar a los otros la bondad con todas sus penas. No es que deseara sumarme a las causas de sus sufrimientos —sabía que así sería—, pero como no podía aliviarlos, escogí el camino seguro y trillado del olvido y de las amarguras menores (ser ese al que le escupen, ser ese al que olvidan; no importaba).

Descubrí que podía vender mis palabras, mis palabras, que eran baratas pero también eran muchas, agotadas únicamente por mi necesidad de dormir. Una mañana, en casa de mi padre, cogí el crucigrama que él había empezado (2.6 vertical: Catedral de Francia: CHARTRES. 35 horizontal: Zorro africano: FENEC) y lo terminé, y en la misma página encontré el anuncio de una revista llamada *Fresco* que buscaba escritores.

Y fue así como conocí a Freddie Sanz, quien me hizo la prueba enviándome a la

plaza Santa Cruz para que escribiera un breve sobre los artículos sexuales que vendían delante del Teatro Savoy —vibradores, bolas, cantáridas y otros afrodisíacos—, y debió de causarle muy buena impresión que empezara con una ironía obvia, observando que esos vendedores pregonaban sus mercancías a muy pocos pasos del Monte de Piedad, el banco más antiguo del país, y que el Savoy me llevara a Italia y a los Borgia y que de ellos llegara al coito. De hecho, en *Fresco* todo llevaba al coito, cuanto antes mejor, sobre el papel y en la oficina de una acera de la calle de la Escolta, en un edificio donde, según Freddie, una puta mestiza había matado a tiros a su amante inglés en 1936, se había tirado por la ventana y había quedado empalada en los adornos de una farola. En lo que hacía las veces de biblioteca había montañas de *Playboys*, *Esquires*, *Coronéis* y *True Detectives* de las que solíamos afanar artículos y chistes verdes; el mismo Freddie tenía un estante especial de libros de Grove y Olympia Press, y polvorientas ediciones de bolsillo de Petronio, Boccaccio, Sade y Krafft-Ebing. Por las noches, Freddie cruzaba el puente Jones rumbo al bar del Club de Prensa Nacional para jugar a los dados y recoger chismes para la columna política con la que se excusaba por referirse a *Fresco* como «El manual perfecto», y yo lo seguía pisándole los talones, impaciente por adquirir un nuevo sentido de perfección.

Freddie, según me dijo, había estudiado para cura, por eso se sabía todos los himnos en latín de memoria. Solía cantar *O Salutaris Ostia* en el camino de regreso, mientras cruzaba el Pásig, antes de agarrarse a la baranda y arrojar su vómito blanco al río negro alquitrán maldiciendo a Jesús y a la Virgen María y a su propia madre. En el Club de Prensa Nacional empezaron a llamarme «el chico de Freddie», lo que me fastidiaba infinitamente, pero aprendí a soportarlo como una suerte de penitencia menor, y he de reconocer que nunca trató de meterme mano ni de llevarme al club Copa en Malate, donde, según contaban, se fundió el presupuesto de publicidad de todo un año por andar detrás de un tipo llamado Morley.

Freddie, y eso era raro en él, había llegado a publicar un poema en la última página; las primeras letras de cada verso formaban el nombre de Morley: «Mi copa está vacía / Oh, la felicidad, oh, tú. / Río, señor», etcétera. Freddie era un hábil prosista cuando se lo proponía, pero el poema era espantoso, y se lo hice saber cuando ya habían cerrado el bar y no quedaba cerveza. Él se enfureció y no me habló durante días. Cuando volvió a dirigirme la palabra fue para convocarme a su oficina y mostrarme una falta de ortografía en un artículo mío sobre los Juegos Olímpicos: esa vez el molesto fui yo por el error que me habían pillado, pero él me devolvió el texto mecanografiado y suspiró:

—Escribes bien. Escribes mejor que yo. Debería reservarte. Tiene que haber algo para lo que deba reservarte.

Cuando el nuevo viceministro de Bienestar Social, otrora sujeto de un especial de *Fresco* sobre «Los hombres que importan», se llevó a Freddie Sanz a su equipo —no para que escribiera sino para que susurrara—, a mí también me incluyeron en aquella

reserva.

Me la llevé a casa y a la cama. No había otro lugar al que ir ni otra cosa que hacer en el vacío de esa tarde seca y soporífera.

En el coche, Laurie se había quedado en silencio. Había tratado de encender otro cigarrillo, pero como las manos le temblaban, lo dejó en salpicadero.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, sigue conduciendo, por favor —respondió, y apoyó las dos manos sobre el regazo como una colegiala bien educada.

Giré hacia Anonas Extensión. Llegamos a otro tapón de yipnis y triciclos y puse el freno de mano para que mi pie descansara. En el puentecito que estábamos a punto de cruzar, un hombre con el torso desnudo y brillante de sudor dirigía el tráfico mientras trataba de desencajar un camión maderero cuyo guardabarros se había enganchado en la baranda de cemento. El hombre insultó a un conductor de triciclo que intentó colarse furtivamente por un espacio que las maniobras del camión acababan de abrir. Cuando miré a Laurie, estaba llorando.

—¿Qué estamos buscando?

Casi no la oía.

—Solo estoy esperando a que el tráfico avance —dije.

—No me refiero a eso —dijo—. A ti, Noel, ¿qué te hace feliz?

—¿En serio? La seguridad. La comodidad. El placer. La capacidad de poder disfrutar de todo esto. Hacer cosas yo solo.

—¿Y los otros?

—No puedo preocuparme por todos. Todos corremos nuestros riesgos. —Las palabras se escaparon de mi boca, indoloras. Me lo había repetido una vez y otra más hasta que la angustia desapareció, hasta que la culpa se condensó formando una especie de muro en el que hasta podía apoyarme. Fórmulas fáciles y astutas que guardaba en la recámara: lo que es bueno para ti debe de serlo también para la gente; sirve a la gente, sírvete a ti mismo.

—En Dumaguete... —comenzó, pero yo acababa de arrancar. Ante nosotros se abría un hueco, el camión había empezado a moverse.

—¿Sí?

—Nunca hubo ningún trabajo, ningún banco. Ningún hombre. Había pasado a la clandestinidad, pero un buen día los dejé, ya no aguantaba más, y me vine aquí. Creo que ni siquiera saben dónde estoy. —Se secó la mejilla con los dedos—. Te mentí, lo siento.

—Pero ¿por qué inventar una historia como esa? —Me entraron ganas de reír. Me acordé de Mandoy Imoy y de sus invenciones geniales.

—Porque esas eran las cosas que yo quería.

No dijimos nada más. La hice pasar a mi apartamento. Ella se sentó en el sofá

mientras yo iba a la cocina y servía un poco de Coca-Cola. Pasamos un rato sentados uno al lado del otro, bebiendo y respirando. Hasta que ella dejó el vaso, sin terminar, y trató de sacudirse la mancha gris de la falda. Le cogí la mano, la mano que se movía.

—Subamos —le dije. Ella asintió. Yo me levanté.

Hasta con las persianas cerradas entraba bastante luz. Mis sábanas eran de color azul cielo. Estábamos frente a frente, en la cama, y mi dedo le acarició la frente, la nariz, los labios. Ella me cogió la mano, me besó la palma abierta y después la puso sobre su seno. Su palidez relucía; mis dedos extendidos eran como un sol. Ella respiró profundamente y luego se tumbó de espaldas y su oscuridad se movió y mi mano fue describiendo ochos cada vez más grandes sobre su piel cada vez más oscura. Toqué en mojado y su boca se abrió. Tenía los ojos cerrados. No nos habíamos besado. Me incorporé apoyándome en el codo y posé mis labios sobre el duro hueso de su clavícula y luego en sus labios, inhalando su respiración entrecortada. Nadamos.

Con las dos manos debajo de su cuerpo, di con la cicatriz fruncida y endurecida de su herida de metralla. Ella empujó más y yo me aparté, pero ella seguía, ya no podía abandonarla, y la perseguí por el arco de sus luminosos temblores descendientes y la pillé pillándome.

Volvió a repetir que cogería un taxi o un *yipni* para volver a su casa y yo no discutí. Cuando se fue, todavía no había anochecido, y eso que habíamos pasado horas tumbados, medio dormidos y medio entregados a pensamientos turbios. Le ofrecí un poco de dinero; le ofrecí un trabajo. No aceptó ni el uno ni el otro.

—Tú encuentra a Benny —dijo.

—Pero ¿por qué no quieres verlo? —pregunté. Si no le has hecho nada malo, estuve a punto de añadir.

—En realidad, no quiero ver a nadie del movimiento en este momento —dijo.

—Me has visto a mí...

Se rio.

—Tú no cuentas. Es decir... Tú ya lo has dejado. Tú lo entenderías, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—¿Entonces tú también lo has dejado del todo?

Cogió su bolsa de libros; una edición enorme de la *Odisea* se asomó por un lado.

—Tengo demasiadas cosas que hacer. Mis estudios, mi trabajo de media jornada... Ahora esa es la verdad. —Levantó un pie para ajustarse la tira del zapato—. Me gustaría terminar dando clases. Creo que, en realidad, lo que quiero hacer es eso, tiene su lógica. Me mantendría ocupada y seguiría aprendiendo cosas. Eso es lo que dicen.

—¿Y en cuanto al dinero y un hombre? —Cogí el vaso de Coca-Cola caliente y

sin gas que ella había dejado sobre la mesita y me lo bebí.

—Dinero manchado de sangre y un macho fascista. —Se rio secamente—. Eso es lo que me tocará, con eso tendré que lidiar al final, estoy segura. Y me lo merezco.

—Sigues conservando tus ideales, ¿no?

Se puso a abrir y cerrar el paraguas con mucho teatro para revisar el funcionamiento del resorte.

—Ni siquiera sé por qué lo he traído. —Entonces me miró y estuvo a punto de venirse abajo—. No volveré a verte. Al menos no por un tiempo. Yo... yo no puedo... no podemos permitir que...

—Sí —dije—. Lo sé.

\*

Y heme aquí, «Noel Ilustre Bulaong»: lo he visto tantas veces en una página impresa que se diría que tiene una existencia propia, independiente de la mía. Mis lectores lo conocen por la impunidad con la que reparte o retiene estrellas en la *Guía de Cine de Elmyra*, un nombre con la sofisticación que se le supone a lo desconocido pero también con su falibilidad: No-wail, No-well, Ill-luster, Ill-astray, Bull-y, Boo-lay, Beulah Wong, Billy Young. Llevo ya cuatro años en Elmyra y sigo siendo Billy Young, entrecerrando los ojos haga o no haga sol, a la orilla del lago, en el bosque, en esos bosques americanos de robles, hayas y sasafrás, en el verano de otro calendario, con doce horas de diferencia en el huso horario.

Al cabo de cuatro días de luz inagotable, el día que me fui cayó sobre Elmyra un aguacero muy de buena mañana; los árboles que rodeaban la ciudad se alzaban frescos y verdes bajo la suave lluvia, y a la maleza se le pegó olor a mofeta. Algunas cosas enmudecieron, otras gritaron, la estación y el día y el verano se daban un último abrazo lánguido antes del torrente del otoño.

La película del avión es una comedia de cuatro estrellas que ya he visto sobre una pareja sin hijos que roba uno de los bebés de una familia de quintillizos, quizá el más cercano a la ventana, pero no he querido coger los auriculares y tengo que asentir y sonreír cada vez que Larry Weiskopf se desternilla de la risa. Tengo que sonreír para que pueda olvidarse de mi padre muerto y divertirse, pero la cortesía se vuelve tediosa y cierro los ojos. Vuelvo a caminar por el bosque, pensando en qué decir sobre *Las hermanas Makioka*, pronto visitaré el Orpheum art-decó de Elmyra, pero entonces me pongo a pensar en Nina, en Laurie y en Jenny cruzando un puente de arco iris a lo lejos, jugueteando con unas sombrillas de bambú de colores entre la llovizna y la niebla que se espesa. Mi mente se ha convertido en una pantalla de cine, en una lámina reflectora, y las escenas que se deslizan sobre ella son débiles en su forma, ligeras al tacto, algo que atrapar entre parpadeos, entre labios o uñas, y

sostenerlo allí. Y algo más me impulsa a despertarme antes de perderlo todo por ese absurdo romance con brumas templadas, porque yo, Noel Ilustre Bulaong, soy tan hijo de Elmyra como las Makioka, con las que no tendré nada que ver (no soy ni japonés ni chino ni tahitiano; Oriente es grande y sus esquinas provechosamente escrutables) mientras recopilo mi propia historia, recupero mi nombre, niego otoños y veranos, tomo instantáneas de manzanos y varas de oro, y las imprimo en papel mojado sobre mangos y carrizales.

Me gusta este lugar, eso sin duda. Para ser una ciudad del medio oeste, a Elmyra no le falta ninguna de las cosas que el nativo puede echar de menos al mudarse a Nueva York o al unirse a los Cuerpos de Paz en Nauru: casas de postal navideña con tejados puntiagudos, truchas en el pequeño lago, un río flanqueado de cedros, vías de tren que se pierden en la llanura, un Burger King, un outlet, un centro comercial en las afueras, dos calles principales, dos iglesias católicas y cuatro protestantes, una librería para adultos en un barrio rojo que ocupaba una zona de tres manzanas, una universidad estatal famosa por sus investigaciones en las aplicaciones agrícolas de la tecnología nuclear (cuyo departamento de Inglés, no tan famoso, siente cierta debilidad por escritores exóticos que andan necesitados de un puesto de profesor adjunto) y, por motivos achacables a un fenómeno de los años de la Depresión, cinco cines de rentabilidad entre mínima y moderada, cada uno enfocado a grupos de espectadores distintos (entre ellos, habitantes de fuera del estado: Ohio queda a unos escasos veinte minutos en coche), y es probable que yo sea la única persona —el mío es un trabajo para extranjeros, eso nadie lo discutirá— que puede ver todas las películas, desde *Amarcord* hasta *Surf Nazis Must Die* y el inevitable reestreno de *Lo que el viento se llevó*, a diez dólares por breve de tres párrafos.

Puedo recorrer las calles de Elmyra seguro de que lo peor que podría pasarme sería recibir algún insulto racista siseado desde alguna puerta o ventana («Ni me va ni me viene», he aprendido a decirme a mí mismo imaginando el placer de girar sobre mis talones y lanzarles a mis torturadores un par de preguntas solo para confundirlos: «Rápido, ¿Kinshasa y Vaduz son las capitales de qué países?» o «¿Cuál es la diferencia entre “azur” y “cerúleo”?» o, más directamente «¿Y tú qué coño sabes, a quién le importa lo que pienses?», pero me resisto: ellos podrían devolvérmela, y después de tanto tiempo todavía me encojo ante las acusaciones, por más torpemente que sean formuladas, y menos en el bosque ya sé andar deprisa). Voy atento a todas las señales de tráfico y las respeto y pago los cargos de la visa religiosamente.

Pero quién sabe, un buen día todo esto podría cambiar. Podría ganar diez millones de dólares en las apuestas o casarme o, en un momento de confusión terminal (o de lucidez repentina), hacer la maleta y volar a mi país desde Detroit o Chicago para no volver jamás, al país del falso Bali Hai y el falso Vietnam, al país donde saben pronunciar nombres conservados en expedientes oficiales.

Pero ¿qué podría decirle a Jong? ¿O a Laurie? En cierto momento de nuestra juventud, Laurie habría sabido comprender esta existencia de otros placeres igualmente puros, como una vez también la entendió Jong: «*Oooh, it makes me wonder*». Podría decirle: «Hice lo que pude», o preguntarle: «¿Qué más puedo hacer?», pero ahora él sabe mejor que yo lo que hay que hacer: contarme cuánto ha empeorado la suerte de los oprimidos desde la última vez que miré, cuánto cuesta ahora un kilo de arroz, decirme cómo se explota en las fábricas de las que salen las pelotas de tenis que lanzo por ahí y terminan en zanjas y entre gorriones.

Pero Jong, «Nosotros no somos más que las pelotas de tenis de las estrellas», dijo el hombre, mi hombre nuevo, y aun así seguías repitiendo, como si acabaras de aprender a leer, que «Una revolución no es una fiesta, las masas son los verdaderos héroes, atrévete a luchar, atrévete a ganar, sirve al pueblo, en tiempos difíciles no debemos perder de vista nuestros logros, debemos ver el futuro brillante y armarnos de valor, servir al pueblo, Noel», servirlo tal como solías hacerlo, incluso más, porque ni todas las palabras de la lengua inglesa podrán salvarte allí donde estés. ¿Y qué le diría entonces? «¿Batiburrillos?» ¿Que coman batiburrillos?

Algo sí que hice, amigos: tiré de algunos hilos y conseguí que liberaran a Benny; al cabo de todos esos años, lo encontré en un campo de prisioneros del sur donde lo tenían como si fuera una especie de ordenanza, casi una mascota. Podría haberse largado, pensé, pero entre las drogas y el resto de arsenal habían conseguido que quedara completamente destrozado, tanto que temblaba al pie del avión del Ejército y le costó un buen rato reconocermelo, como si quisiera asegurarse de que ya le estaba permitido hacerlo, preguntándose, quizá, por qué estaba yo allí, un civil entre uniformados que no me llevaban prisionero. Fue el toque maestro del general Nieves lo que nos transportó hasta allí a los dos, por supuesto, pero al ver a Benny casi llegué a pensar que todo era cosa mía.

Marqué el teléfono de Laurie de inmediato; hacía semanas que lo tenía en la agenda, pero no la había llamado, ni siquiera después de aquel día que pasamos en mi piso. Había reprimido el impulso de llamarla. ¿Qué podía decirle? Ella, esforzándose por mantener la compostura, parecía todavía más confundida de lo que yo lo había llegado a estar en mi vida; yo entendía el proceso y no iba a permitir que sus vacilaciones se volvieran mías. Ella se haría profesora, entregaría su futuro a las angustias prestadas de los libros. Que así fuera.

Pero ahora tenía que contarle una noticia, tenía que enseñarle a Benny: Benny, esperando en el mismo piso, recobrando sus sentidos, cortando col para la cena. Tal vez ella cambiara de opinión y corriera a verlo, y me miraría durante unos instantes y sabría que yo no diría nada, que no me importaría, y los dejaría solos, les dejaría el

cuarto de arriba mientras salía a dar una vuelta en coche hasta Timog o hasta las afueras de la ciudad para perderme entre personas a las que no conocía y a las que ni quería ni podía amar.

Benny me había preguntado por ella, por supuesto, y yo le había contado lo que podía. Cuando le dije que andaba por ahí pareció aliviado. Luego se interesó por mí y yo le dije abiertamente que ya no pensaba lo mismo que antes y que si me rechazaba lo entendería.

—No seas tonto —dijo—. No soy tu juez. Esas cosas pasan.

—A ti no.

—Les serví, ¿no es cierto? Les serví las comidas en el cuartel, les limpié las botas. ¡Algunos incluso me daban sus armas para que se las limpiara! —Benny se rio entre dientes—. Tendría que haberlos envenenado, haberles metido barro en los cañones, al menos. Pero no lo hice. Yo era de fiar. De lo contrario, no me habrían soltado tan fácilmente. ¿Los trocitos están bien así?

—Sabes, Benny, yo podría conseguirte un trabajo... El departamento en el que trabajo es grande. Es probable que haya algo...

—Gracias, pero no quiero que tengas que cargar conmigo. Te agradezco todo esto, de verdad, pero cuando hayan pasado unos días me vendrá bien valerme por mí mismo. Tengo muchas cosas pendientes, las pequeñas cosas...

—Entiendo. Si puedo ayudarte de algún modo...

—Laurie. Me gustaría ver a Laurie.

—Volveré a marcar su número.

Pero Laurie no estaba en casa o le había pedido a alguien que dijera que no estaba. Era una residencia de señoritas: se oía un televisor encendido y risas de mujeres. Le dejé un mensaje. Ella no devolvió la llamada, y cuando volví a marcar su número a la mañana siguiente, temprano, un martes, me dijeron que había cogido el primer autobús a Baguio.

Le conté a Benny la historia de Baguio y al cabo de dos días él dejó de hacer preguntas, y al verlo planchar su ropa y reparar una grieta que había empezado a abrirse en el suelo del baño, tuve la impresión de que ya iba habituándose a las tareas lúcidas y seguras de la vida.

Al cabo de tres semanas, Benny estaba muerto. Lo encontraron flotando en el Pásig con los ojos reventados y los dedos rotos. Cuando vi al general Nieves el viernes siguiente no mencioné el asunto, pero él sí lo hizo. Me llevó a un lado con la débil angustia de los acongojados.

—Tendría que habértelo dicho antes, Noel, pero no me habrías creído. Tu amigo... En el instante mismo en que lo liberamos ya estaba muerto, Noel. Lo habían sentenciado a muerte..., los comunistas, por supuesto. Ya no podían confiar en él. —Nieves me miró para ver cómo estaba tomándomelo, luego continuó—: Lo soltamos

un lunes, recuérdalo. Para el jueves ya estaba de nuevo en una reunión con tus otros amigos..., tus antiguos amigos, Noel. No puede uno fiarse de esa gente. No me extraña que no puedan confiar el uno en el otro, no deberían hacerlo, nunca.

El día que enterramos a Benny bien podíamos haberlo pasado en la playa. El cielo estaba azul y la grava nos hacía cosquillas. Un grupo de jóvenes, no conocíamos a ninguno, cantó canciones de los viejos tiempos con el orgullo de los que todavía no se han corrompido, mientras que los pocos que conocíamos a Benny de la época en que esas canciones eran nuevas nos mantuvimos lejos del centro del cortejo fúnebre, todos menos Jong, que seguía siendo un fugitivo y que bien podía estar muerto, que yo supiera. Cogí a Laurie de la mano. «Oh, noche abatida, la más oscura...».

Íbamos preparados para que nos embargara la solemnidad de la pérdida y el horror de los detalles de la muerte de Benny: ahora estaba entre los «recuperados», el nombre con el que, con una pirueta lógica, los redactores de la policía de Manila se referían a aquellos que eran mutilados por los escuadrones de la muerte y arrojados a los ríos. Dejamos el trabajo por amor a Benny. En el velatorio, intercambiamos recuerdos con resuelta irreverencia y tratamos de reparar los hilos que nos unían los unos con los otros y con Benny, el caído, tratando de ahuyentar como fuera una pesadumbre que no tenía nada que ver con la muerte.

Pero cuando salí del funeral estaba más pagado de mí mismo que después de ver el cadáver atrozmente hinchado. No deberías haber permitido que sucediera, Benny, pensé mientras un pánico que venía de mis recuerdos me invadía, tú eras el que tenía que salvarnos, nosotros cumplimos contigo.

Acompañé a Laurie a la residencia. Todas las lágrimas ya las había derramado los días y las noches anteriores, durante el velatorio, en mi piso. Se quedó a dormir en casa una noche y, para terminar de consumir nuestra miseria y sinrazón, tratamos de hacer el amor otra vez, pero fracasamos. Con la bondad perdida entre luces trémulas y sombras, lo único que nos quedaría sería una culpa todavía mayor.

Y, una vez más, Jong volvió a sacarme de mis sueños, pero en esa ocasión no soñé con lagartos sino con caballos. Como el golpeteo se hizo mucho más suave al despertar, me levanté, me asomé por la ventana, y ahí estaba, con la vista levantada, mirándome con una cara que me pareció mucho más redonda que la última vez. Más redonda porque estaba más viejo: del campo Sunflower ya habían pasado siete años. Yo no tenía duda alguna: los había contado y revivido todos cada vez que había tenido un minuto que perder. Y también había pensado en ese momento, pero no sabía muy bien si debía volver a ver Jong, sobre todo después de la muerte de Benny. Pasada una semana de duelo, había vuelto ya a mi nuevo ser y estaba despertando de una resaca que me había ganado en el Zuri Inn. Y acababa de descubrir que era el rey

de la colina, el primero de la lista, el blues del trotamundos iba desvaneciéndose... [33]

—Pasa.

Me pregunté si debía darle un abrazo. Vaya si había crecido.

Jong entró y yo encendí la lámpara del rincón. Él no sonreía como yo, al menos, y para romper el hielo me ofrecí a preparar un café, lo que solo pareció empeorar las cosas.

—No te preocupes, no me quedaré mucho —dijo.

—Pues de todos modos voy a hacer un poco. Para mí —aclaré.

—Sí, para ti —respondió él, y entonces supe por qué había venido.

Me fui a hacer café. Del instantáneo, nada de cafetera Melitta. Jong se quedó en el salón, sentado muy tieso cerca de la puerta.

—Me alegro de que hayas dado con mi dirección —le dije.

—Tu padre me dijo dónde estabas.

No creía que mi padre conociera o recordara a Jong, pero por lo que a él respectaba, yo ya no tenía nada que ocultar, y de vez en cuando venía a mi piso para traerme oca o tomates que cultivaba en el jardín trasero a cambio de café importado y mis números atrasados del Time. Pasé vergüenza una vez, cuando me preguntó si podía pedirle al VM que le buscara un trabajito administrativo en la sucursal de Tigbauan y yo tuve que decirle que el trabajo de oficina acabaría con su ojo bueno, pero lo comprendió y nunca volvió a pedirme esa clase de favores, e incluso al cabo de muchos años, cuando le enviaba paquetes desde Estados Unidos, me escribía para darme las gracias y decirme que había plantado una nueva hilera de esa verdura o de aquella otra y que cuando volviera ya me las daría para compensarme.

—¿Cómo está tu familia?

—Está bien. Lolo Waldo murió en aquel incendio, en Tambalean...

—Sí, me acuerdo de Tambalean —dije con verdadero afecto.

—¿Y de qué te acuerdas? —preguntó Jong con una franqueza poco habitual.

—Lo difícil que era la vida... el cerdo... la basura...

—Para algunos de nosotros, eso no ha cambiado.

—Tienes un aspecto diferente y hablas de un modo distinto. Estoy seguro de que has aprendido mucho en tu categoría actual. —Eso lo dije en un tono demasiado severo. Ahora estaba seguro de que Jong se había mantenido en la clandestinidad y había ascendido dentro de la jerarquía, había elevado su «nivel de conciencia», como solíamos decir: ahora podía hablarme con superioridad y dictar sentencia.

—Un par de cosas, pero nunca bastante.

—Cuéntame algunas —dije, agrandando la brecha—. Cuéntame una.

—Todavía puedes estar con nosotros, Noel, si quieres...

Lo dijo amablemente, y, al hacerlo, la furia de su interior pareció disiparse y sus miembros se relajaron. Yo podría haberle salido con un chiste y nuestras risas habrían borrado esos siete años de distanciamiento, al menos un par, pero respondí con humildad y asombro:

—No creo que pueda.

—¿Por qué? ¿Es que crees en lo que haces?

—No. Un poco, tal vez. No me queda más remedio. Tengo que encontrarle algo de sentido.

Un *jeep* pasó con mucho estruendo y yo debí de sobresaltarme, porque Jong me preguntó:

—¿De qué tienes miedo?

—De ti.

—¿Qué crees que voy a hacerte? ¿Cortarte el pescuezo? ¿Robarte la tele? ¿Quemarte la casa?

Me quedé mirándolo: el odio había vuelto a apoderarse de todo su cuerpo. Se levantó de un brinco como si quisiera agarrarme y, al echarme hacia atrás, le di un golpe a la lámpara, que se tambaleó un instante, pero alcancé a cogerla y pensé que tal vez, en caso de necesitarlo, podría tirársela, y sentí asco de aquella idea y de la presencia constante de Jong.

—No, eso no bastaría, ¿verdad?

—No —respondió él por fin sin alterarse; cuando volvió a mirarme, estaba llorando—. Sálvate, Noel, y no me refiero a lo que hiciste antes, eso es lo que necesitaba decirte. No he venido para hablar de política, tú siempre fuiste más inteligente que yo para esas cosas, aunque algunas veces, Noel, *Ka Noel*, creo que no te dabas cuenta de todo lo que sabías. Tenías todas las palabras para *mis* problemas, *mis* pérdidas...

—¡Yo también perdí a Benny!

—Lo perdiste por todos nosotros.

—Así es —dije—. Lo siento, lo siento mucho, pero ya está hecho.

Y deseé con todas mis fuerzas que esa Coca-Cola volviera a inundar mis capilares hasta los dedos de los pies, que me saliera por las uñas para poder sentir un dolor más agudo, para mostrarle, mostrarle a Jong, de qué se trataba, si es que todavía no lo sabía. Pero sí que lo sabía, y lo entendía, y era por eso que estaba allí, para echar fuera la mala sangre.

Poco después de la visita de Jong, renuncié a mi trabajo en el Ministerio, dejé mi piso y, con el dinero de la indemnización, pagué el depósito del bungalow de dos habitaciones al lado del de mis padres en Marikina. Encontraría a una mujer y me casaría, pensé, y allí viviríamos, allí aprendería a asumir unas responsabilidades nuevas: hacer de hijo, de hermano, de padre; hacer penitencia y alcanzar la virtud a su debido tiempo. Entretanto, regresé a mi antigua universidad y empecé mis estudios de posgrado en Cine, y entonces, un día en la biblioteca, cuando me topé con los pesados catálogos archivados de las universidades americanas y me puse a hojearlos, oí la tierra de Sanford Wood, el chisporroteo del beicon por la mañana y la

intensidad de la sidra... y Marikina fue descascarillándose como tantas pinturas baratas. Adorné mis solicitudes, redacté cartas de recomendación para que las firmaran el VM y sus pesos pesados, puse a mi madre a rezar novenas, tuve gestos cariñosos con Jimmy y Thea, pasé el TOEFL sin despeinarme, sudé la gota gorda con el GRE y doblé mis corbatas. Y me fui a Estados Unidos buscando la distancia y la diferencia y la antítesis, ¿o acaso no había sido siempre esa mi tesis particular? Cuánto tiempo me quedaría, entonces no podía saberlo. ¿Qué traicionaría a continuación? ¿Cuándo empezaría a odiar aquello en lo que podía convertirme?

\*

Deberíamos aterrizar en Manila dentro de treinta minutos, y los tintineos de la música inundan el avión. Me quedo mirando fijamente los patrones irregulares del tapizado del avión, iguales que las interferencias de un televisor, y agradezco la simpleza neutral de esas manchas borrosas. Mis compatriotas emiten sus ruidos de regreso a la patria: se oye una ráfaga de expectativas, las últimas oportunidades para tomar café y comprar una baraja de recuerdo, un eructo, el golpe seco de algo que cae del compartimiento de equipajes, la palabrota crepitante, el tin-tin-tin de más llamadas a la azafata, una multitud de acentos nativos a todo volumen, ansiosos por poner pie en tierra. Son lo que parecen: empáticos y sinceros; adoran a los LAKERS y a BENETTON y vienen, dicen sus camisetas, de ILLINOIS O DISNEYLAND, adonde regresarán al cabo de esta visita triunfal, de esta ofrenda ritual de prueba del más allá. Larry ronca entre sueños de golf tropical y riquezas incalculables; en la comisura de la boca se le acumulan las babas, y si nuestro avión chocara en este instante con un jet que acaba de despegar o con una de esas gaviotas que tan alto vuelan y cuyas plumas pueden deshonorar hasta a la más intrincada aviónica, es probable que tuviera una muerte feliz y que la compañía de seguros hiciera rica a su viuda.

Pienso en Laurie y en la carta que me escribió, sin remitente y, por tanto, sin posibilidad de responderle, una carta para los muertos que aún respiran:

*Querido Noel sé que ha pasado mucho tiempo pero yo también me he ido y volveré a irme muy pronto estoy en Manila solo de visita y en realidad aquí no estoy demasiado segura no quiero que esta carta te traiga problemas así que quémala cuando la hayas leído sé que estás a más de quince mil kilómetros de distancia y pensarás que estoy paranoica pero no lo estoy tienes que creerme tu hermano Jimmy me dio tu dirección deberías hablar con él en algún momento en serio quizá la próxima vez que vengas y entonces tal vez deberíamos hablar nosotros también porque las cosas han cambiado no para el país pero sí para mí que es lo importante he regresado con los camaradas y adónde si no estoy en una zona liberada en el norte lo siento no puedo decirte dónde pero sabes que podemos llevarte si quieres solo para que veas hasta podrías cambiar de opinión la ciudad no me gusta mucho y a ti tampoco te gustaría si vieras cómo funciona esto funciona de verdad y me pregunto si te llegarán las noticias las noticias auténticas aquí va un recorte que da miedo y risa a la vez ya ves Noel hasta puedo reírme.*

La veo riéndose, solo su cara, y entonces me imagino a una Laurie cargando un rifle por una ladera llena de cogón, en vaqueros y camiseta mientras la cámara se aleja, y entonces el rollo se sale del carrete y, cuando vuelve a rodar, me veo a mí mismo arrojándole una bola de nieve a Laurie que ahora está demasiado lejos.

Me pregunto si habré visto la última nieve de mi vida, y no es que me importe, una vez pasado el primer mes es una auténtica maldición, con tanto charco que hay que aguantar. Pero hay días en los que es bella, fina y crujiente, con bordes cremosos que piden a gritos que alguien los roce, pero entonces se vuelve jabón del barato, y más tarde, papel de periódico, y luego, de la noche a la mañana, antes de que empiece a acumularse en los rincones, ya es lo suficientemente gruesa como para volver a apretarla, y después, un buen día, desaparece. Imposible saber qué nieve será la última. Eso no pasa con la caída de los primeros silicatos sobre el mantillo, que siempre llega a finales de agosto. La primera vez, la primerísima, me sorprendió sobre la hierba, y yo también fui todo hojas secas y ramas, encantado de recibir los agujones. Cinco inviernos allí y las vueltas que da la Tierra todavía me asombran: la nieve parece prolongarse hasta el alborotado cuello de la primavera y, de pronto, desaparece.

Ahora me dispongo a enterrar mi carne en Kangleong, bajo los cocos y la ceiba y la estrecha órbita de los murciélagos. Quizá lea un salmo apropiado sobre su tumba: «Que la lengua se me pegue al paladar si me olvido de ti». Pero todavía me falta encontrar la religión, encontrarla de verdad, aunque quién sabe si no estará en la confesión de los pecados.

Padre, perdóname, porque he pecado.

«Nosotros, los orientales, creamos belleza haciendo sombras en lugares que en sí mismo son insignificantes.»

JUNICHIRO TANIZAKI



JOSE DALISAY nació en Romblón (Filipinas) en 1954. En 1972, tras haber pasado unos meses en prisión durante la dictadura de Ferdinand Marcos, abandonó el instituto para dedicarse a la escritura periodística y literaria. En 1984, se licenció en Inglés en la Universidad de Filipinas, posteriormente realizaría estudios de doctorado en la Universidad de Winsconsin.

Considerado uno de los escritores filipinos más influyentes, Dalisay ha publicado más de veinte obras entre libros de cuentos, obras de teatro y ensayos; ha sido también guionista de cine y televisión, y editor, entre otras obras, de una historia enciclopédica de Filipinas.

Ha ganado varios premios nacionales e internacionales, como el Cervara di Roma y ha sido finalista del Man Asian Literary Prize 2007 por su novela *Soledads Sister*. Actualmente es director del Institute of Creative Writing en la Universidad de Filipinas, donde también imparte clases de Inglés.

Hasta la fecha ha publicado solo dos obras de ficción, las novelas *Pasando el rato en un país cálido* (1992) y *Soledads Sister* (2007).

## Notas

[1] Dulce muy popular en Filipinas que se prepara sumergiendo pulpa rallada de coco (buko) en agua y añadiendo luego azúcar moreno. (N. de la T.) <<

[2] En español en el original. (N. de la T.) <<

[3] En español en el original. (N. de la T.) <<

[4] Pequeños autobuses de transporte público muy populares en Filipinas. Tienen su origen en los antiguos jeeps militares que dejaron en el país los estadounidenses. (N. de la T.) <<

[5] En español en el original. (N. de la T.) <<

[6] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[7] Camisa masculina típica de Filipinas reservada para ocasiones formales que está adornada con bordados y se lleva por fuera del pantalón. (N. de la T.) <<

[8] Centro turístico de Baguio situado en un antiguo complejo de recreo de los oficiales del Ejército de Estados Unidos en Filipinas. (N. de la T.) <<

[9] En español en el original. (N. de la T.) <<

[10] Bola de masa rellena cocida al vapor muy popular en Filipinas. (N. de la T.) <<

[11] En español en el original. (N. de la T.) <<

[12] Augusto Valdez Pangan (1932-1997), conocido como Chiquito, fue un actor cómico filipino muy popular. (N. de la T.) <<

[13] Estrofa de la canción de Led Zeppelin «Stairway to Heaven». (N. de la T.) <<

[14] Juego de palabras; el autor se refiere a «Matilda», la canción en la que Harry Belafonte canta sobre una Matilda que le robó el dinero y huyó a Venezuela, y a «Waltzing Matilda», canción tradicional australiana. (N. de la T.) <<

[15] Palabra formada a partir de la combinación del español periódico y el tagalo dikit, «colgar». Durante la dictadura de Marcos, la oposición pegaba los periódicos del día en paredes, farolas y demás espacios públicos y los usaba de cartel sobre el que escribir sus consignas y denuncias. (N. de la T.) <<

[16] En español en el original. (N. de la T.) <<

[17] En español en el original. (N. de la T.) <<

[18] En español en el original. (N. de la T.) <<

[19] En español en el original. (N. de la T.) <<

[20] En español en el original. (N. de la T.) <<

[21] En español en el original. (N. de la T.) <<

[22] En español en el original. Panecillo para el desayuno muy popular en Filipinas que, a pesar de lo que su nombre da a entender, es dulce. (N. de la T.) <<

[23] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[24] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[25] Huevo fertilizado de pato, que se sirve cocido. Muy popular en Filipinas, se vende en puestos callejeros y se le atribuyen propiedades afrodisíacas. (N. de la T.)

<<

[26] La revolución del Poper Popular hizo del color amarillo su símbolo. (N. de la T.)

<<

[27] Sopa de hueso y médula de vaca. (N. de la T.) <<

[28] Nombre que recibían los comandos de la guerrilla comunista filipina Nuevo Ejército Popular. (N. de la T.) <<

[29] Servicio de inteligencia del Ejército imperial japonés que operó entre 1881 y 1945, famoso por la brutalidad de sus métodos. (N. de la T.) <<

[30] Armas de fuego de fabricación casera. Paltik es el nombre que reciben las pistolas, mientras que el sumpak es un arma más primitiva compuesta por un cañón y un pistón que permite la detonación. (N. de la T.) <<

[31] Joven Cámara Internacional, organización internacional de jóvenes líderes emprendedores. (N. de la T.) <<

[32] La consigna que queda a medio escribir es MARCOS HITLER DIKTADOR TUTA, que significa «Marcos, Hitler, dictador, marioneta». (N. de la T.) <<

[33] La frase alude a la canción «New York, New York» que popularizó Frank Sinatra.  
(N. de la T.) <<